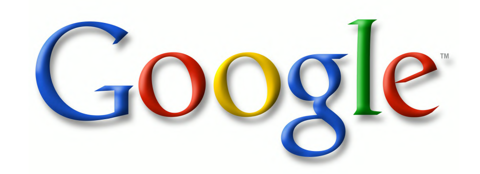




HARVARD COLLEGE LIBRARY

CUBAN COLLECTION



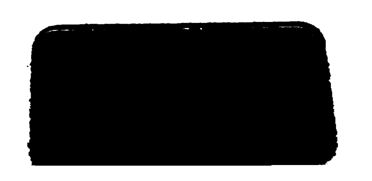
BOUGHT FROM THE FUND
FOR A

**PROFESSORSHIP OF
LATIN AMERICAN HISTORY
AND ECONOMICS**

FROM THE LIBRARY OF

JOSÉ AUGUSTO ESCOTO

OF MATANZAS, CUBA



POESIAS

DE

Ignacio María de Acosta.

(IÑIGO)



NEW YORK.
N. PONCE DE LEON, 40 BROADWAY.
IMP. DE M.M.HERNÁNDEZ, 35 FRANKFORT ST.
1893.

POESIAS

DE

Ignacio María de Acosta.

(IÑIGO)



NEW YORK.
N. PONCE DE LEON, 40 BROADWAY.
IMP. DE M.M.HERNÁNDEZ, 35 FRANKFORT ST.
1893.



IGNACIO MARIA DE ACOSTA

(IÑIGO)

NO es nuestro intento escribir una biografía de este distinguido escritor é inspirado poeta, ni tampoco un juicio crítico de sus obras, sino sólo dar á conocer los datos más importantes acerca de su vida, para evitar se repitan los numerosos errores que hemos visto consignados en varios libros y en artículos de periódicos literarios.

ACOSTA no nació en Matanzas, como repetidamente se ha dicho, sino en la ciudad de la Habana, el día 4 de Octubre de 1814, y brilló en la época más fecunda para Cuba en ilustres poetas y notables prosistas.

Recibió esmerada educación en el Colegio Seminario de San Carlos, donde hizo brillantes estu-

dios de derecho, y en 1833, á los diezinueve años de edad, se trasladó con su padre y demás familia á la ciudad de Matanzas, donde continuó residiendo todo el resto de su vida. Allí se dedicó primero á la literatura, y después á la enseñanza superior, en la cual alcanzó gran distinción por su celo, constancia y excelentes métodos.

Como escritor, colaboró en la *Guirnalda de* Tolón, en *La Aurora del Yumurí*, de Matanzas, y en casi todos los periódicos de la localidad. En 1845, y bajo el título de *Delicias del Corazón*, publicó una colección de versos que fueron muy celebrados, y que confirmaron su ya fundada reputación de distinguido poeta; y en 1856, junto con Emilio Blanchet, editó el *Aguinaldo de* Luisa Molina, noble y desinteresado esfuerzo que hicieron aquellos generosos amigos para aliviar la angustiosa situación de tan distinguida como desgraciada favorita de las Musas.

En la Habana colaboró en *El Artista*, *Las Flores del Siglo*, *La Revista de la Habana*, y en casi todos los periódicos literarios, hasta 1869, siendo siempre muy solicitadas y leídas sus composiciones, tanto por la dulzura de sus versos, cuanto por la belleza de sus descripciones de la naturaleza cubana: razón por la cual fue siempre favorito de las damas.

Como profesor, contribuyó al establecimiento y sostenimiento de los acreditados colegios «Santa Teresa» y «La Empresa», cerrado este último por

disposición del Capitán General de la Isla de Cuba, por considerarlo peligroso para el orden público. También fundó el colegio «El Matancero», y fue profesor de distintos establecimientos de instrucción secundaria.

Como hombre público también se distinguió por su entusiasmo y celo en favor no sólo de la enseñanza, sino de todo lo que pudiera coadyuvar al progreso del país en que nació. Desempeñó con tanta probidad como inteligencia los diferentes cargos para que fue sucesivamente nombrado, de Inspector y Juez Examinador de Instrucción Pública, Secretario del Tribunal de Comercio, y Pagador de Obras Públicas; así como también varios destinos privados, para los cuales su inteligencia y honradez le hicieron ser siempre solicitado.

Víctima de una penosa enfermedad, falleció el 24 de Febrero de 1871 en la misma querida ciudad de su adopción, en Matanzas, en cuyo cementerio descansan sus restos.

La fortuna nunca le sonrió, y limitado á los recursos que le proporcionaba su trabajo personal, murió dejando á sus hijos nada más que un nombre sin mancha y un ejemplo noble que imitar.

En el lecho de muerte, y convencido de cuán pronto tendría que abandonar la tierra, que para él había sido un verdadero valle de lágrimas, el moribundo poeta volvió los ojos al cielo, y dictó

este soneto, que alcanzó grande y merecida popularidad:

Muere el pobre... su losa funeraria
Queda entre el polvo del ingrato olvido,
Porque al pobre en la muerte le ha seguido
Como en la vida, la opinión contraria.

Injusta y poderosa, su adversaria
Se complace en mirarle confundido,
En la vida brindándole un gemido,
Negándole en la muerte una plegaria.

Tal es el hombre en su viciado gusto,
Y tal la ley que señorea al suelo...
El hombre, siempre con el hombre injusto!

Mas queda al bueno el celestial consuelo
Que si la tierra se le niega al justo,
No por ser pobre se le niega el cielo.

Diseminadas sus poesías en efímeros periódicos, un hermano del desgraciado Íñigo (Ricardo Acosta), residente en New York, ha resuelto publicar esta colección de las composiciones que ha podido recoger, tanto con el objeto de perpetuar la memoria de su desgraciado hermano, cuanto por hacer un servicio á la literatura cubana, salvándolas del olvido. Desgraciadamente, sólo malas copias manuscritas ha podido encontrar de la mayor parte de estas poesías; así es que hoy salen á luz sin haber sido escogidas, y ni aun siquiera debidamente corregidas por su autor.

POESÍAS

DE

Don Ignacio M. de Acosta.

MIS CANTARES.

No es el amor con su poder tirano
Quien inspira á mi canto la armonía;
—En el pecho desmiente el alma mía
Lo que en el arpa preludió la mano.

Mi canto es ilusión, es sueño vano
Que fomenta á placer la fantasía,
Cual enfermo febril que desvaría
Con los placeres que gozaba sano.

Mi corazón, ya muerto al sentimiento
De la llama voraz que amor enciende,
Goza tranquilo de envidiable calma;

Y si canta su ardor, es fingimiento
Conque la lira publicar pretende
Las dulces huellas que dejó en el alma.

PLEGARIA.

Ven, manantial fecundo,
Inspiración ardiente,
Ven, lléname la mente
De tu sublime ardor.
Despierta el entusiasmo
Que el tibio pecho ansía,
Despierta el alma mía
Al canto y al amor.

Devuelve á mi instrumento
Cansado y querelloso
La calma y el reposo
Que en vano te imploró,
Cuando marchita el alma,
Sumida en negra pena,
Amarga cantilena
Tan sólo preludió.

Ven ya, que de natura
El misterioso encanto
Pretendo con mi canto
Al cielo levantar;
Y el corazón dormido
No inspira ya la mente;
Angustias sólo siente,
Angustias y afanar.

Ay! de mis verdes años
La plácida alegría
Fatal melancolía
La vino á suceder;
Desde el aciago instante
Que vio mi desventura
La cándida hermosura
De un rostro de mujer.

Desciende á mí, derrama,
Inspiración ardiente,
Tu luz sobre la frente
Marchita de dolor;
Despierta el entusiasmo
Que el tibio pecho ansía,
Despierta el alma mía
Al canto y al amor.

A LA LUNA.

Deidad de los amantes!
Hermosa luna, reina de la noche,
Tu suavísima luz en sus cambiantes
Alegra el valle, y tu brillante coche
Del oriente al ocaso en lento giro
Por campos de zafir triunfante pasa;
Mientras que, triste, mi fortuna escasa
Me roba el bien que cautivar aspiro.
Á tu plácida lumbre
En otros tiempos por mi mal pasados,
Que recuerdo, ay de mí! con pesadumbre,
Cuántos versos de amor por tí inspirados
Solté á los vientos y escuchó mi bellla,
Que á mi lado embriagada de ternura,
Se extasiaba mirando tu hermosura,
Y yo el hechizo que idolatro en ella.
Cuando el *terral* ligero
Del perfume bañado de las flores,
En las noches hermosas del Enero,
Se llegaba á brindarnos sus favores,
Hermosa luna, tu plateada frente
Aumentaba su encanto al vientecillo;

Y el perfume, el *terral* y tu almo brillo
Fueron testigos de mi amor ardiente.
Y dónde, oh clara luna!
Tanta delicia por mi mal se esconde?
Porqué tu faz brillante me importuna
Á que llame el placer, que no responde?
Si la suerte anubló mi amor sencillo,
Envidiosa tal vez de mi ventura,
Déjame, oh luna, con la noche oscura
Llorar las noches que gocé á tu brillo,
Y no tus resplandores,
Astro benigno, muestres bonancibles;
Con ellos me recuerdas mis amores,
Y estos recuerdos se hacen insufribles.
Vela tu faz entre las densas nieblas,
En su opaco crespón, oh luna! oh luna!
Si tu luz no presencia mi fortuna
Déjale á mi dolor, ay! las tinieblas.

PROTESTAS DE AMOR.

Sensible guajirita,
¿Porqué cuando te miro,
Tu lindo rostro de rubor se altera,
Y tu pecho se agita,
Y lanzas un suspiro
De mi vista ocultándote ligera?
¿Esquivas la ternura
De mi pasión ardiente,
Juzgando que impudente
He de burlar tu cándida hermosura
Porque nací en la villa?
Mi alma, inocente, es como tú, sencilla.

Yo gusto, niña hermosa,
Amar á una doncella
Así, inocente como tú, y cuitada,
Que ría candorosa
Cuando la llame bella
Mi labio lleno de pasión sagrada,
Que tierna me replique
Dudando de mi acento,
Y casi sin aliento,
Modesta, su pasión temblando explique;
Que si nací en la villa,
Mi alma, inocente, es como tú, sencilla.

Me gusta en la mañana
Beber la leche pura
De la cabra que amansa mi cuidado;
Ver la fruta temprana
Que crece en la espesura
De las ramas del árbol que he plantado:
Gustar la miel sabrosa
Que labra diestramente
La abeja diligente
Bajo el abrigo de mi agreste choza;
Que si nací en la villa,
Mi alma, inocente, es como tú, sencilla.

Tendremos un cercado
Donde crezcan mil flores
Que embalsamen el aire con su esencia,
Y no muy apartado,
Pues somos labradores,
Un albergue que hará mi diligencia.
Allí los dos unidos,
Del amor envidiados
Y exentos de cuidados,
Correrán nuestros años bendecidos,
Que si nací en la villa,
Mi alma, inocente, es como tú, sencilla.

Ámame, pues, no dudes
De la pasión sincera
Que tu inocencia y tu candor me inspira;
No, hermosa, te demudes
Si elogio en la pradera
Tu hechizo y garbo en ciudadana lira;
De hoy más en lo adelante
Con tiplecillo blando
Mil décimas cantando
Me verás á tu puerta, ciego amante;
Que si nací en la villa,
Mi alma, inocente, es como tú, sencilla.

TRIUNFO DEL AMOR.

Tierna niña: la sonrisa
Que en tus labios blandamente
Se desliza,
Revela la dulce calma
Que goza tranquila el alma
En la aurora del vivir.

Mas cuida, niña inocente,
Que el candor de tu mejilla,
Y tu frente,
No los marchite el veneno
Oculto que lleva el seno
En la aurora del vivir,

Porque el destello que asoma
Á tus ojos amorosos
De paloma,
Es, niña, la ardiente llama
Que la desdicha derrama
En la aurora del vivir.

Esa la llama es de amores
Que cual áspid da la muerte
Entre flores:
Esa la cruda dolencia
Que envejece la existencia
En la aurora del vivir.

Mas el alma se ha turbado,
Mi palabra enmudecido!....
Cuánto agrado!
¡Qué apacible es la belleza
Cuando ostenta su pureza
En la aurora del vivir!

Cuán hermosa! La sonrisa
De tus labios perfumados
Me electriza.
Qué donaire! Qué ternura!
¡Cuán temible es la hermosura
En la aurora del vivir!....

Yo te adoro, virgen pura,
Mis consejos.... son fingidos,
Son locura....
Oh ventura! Yo te adoro!....
El amor es un tesoro
En la aurora del vivir.

A CELIA.

¿Porqué, mi adorada Celia,
Vuelves al pecho anhelante
Una esperanza engañosa
Con tus miradas falaces?
¿No te apiadan los martirios
Ni los bárbaros pesares

Que un lustro sufriera el alma
Pugnando por olvidarte?
¿No ves en mi mustia frente,
En mi pálido semblante,
La desventura y la muerte
Paso á paso adelantarse?
Y este mi llanto abundoso
Que la mejilla, abrasante,
Viene á empapar á tu vista
En amargosos raudales,
¿No te dice, Celia hermosa,
Que tu amor inapagable
Bajo engañosa apariencia
No cesó de alimentarse?
Ay! que las llagas profundas
Que amor en las almas hace,
Ni la razón ni los tiempos
Á curarlas son bastantes!
¿Y hora me brindas, oh Celia!
Tal vez por atormentarme,
Amistad tan solamente,
Cuando fuí dichoso amante?
¿Viste acaso el Oceano
En manso arroyo tornarse,
Ó con la pálida luna
El día tener bastante?
Injusta Celia, tu pecho
No pudo jamás amarme
Ni comprender el hechizo
De un volcán que es insaciable.
¿Quién pudo á su antojo nunca
Al fiero amor indomable
Revestir de aleves formas
Y un curso marcado darle?
Quien hizo tal, imposible
Que pudiera ser amante:

Fué un monstruo sin sentimiento,
Autómata despreciable.
Y yo, que abrigo en el seno
Un corazón que me late
Capaz de sentir sublimes
Sus efectos celestiales,
¿Pudiera cambiar su esencia
Y en *amistad* transformarle?
Imposible, injusta Celia:
¡Tú no supistes amarme!

POR LA TARDE.

La tarde con su brisa embalsamada
Del perfume sutil de varias flores,
Y de gayos matices coronada
Entre luz y vapores,
Al cielo tropical tiende su velo
Bordado de esplendor y azul de cielo.

De la palma el follaje retemblante
Bañado con la luz del sol poniente,
La garzota semeja de un gigante,
De pedrería ardiente,
Que saluda gentil con gallardía
El lecho de oro en que reposa el día.

Mansa desliza su raudal plateado
Entre güines y mangles clara fuente,
En su centro llevando retratado
El cuadro sorprendente
De mil riscos, mil árboles, mil flores,
Sobre un cielo entre nubes de colores.

El himno de la tarde en blando acento
Las aves trinan, y en el bosque hojoso

Queda suspenso de placer el viento
En plácido reposo;
Mientras que aguija el enlutado coche
Por campos de zafir la oscura noche.

Y tú, mi dulce idolatrado dueño,
Astro de luz que en la borrasca sigo,
Tal vez en brazos del profundo sueño,
Olvidas al amigo
Que con delirio sin igual te adora
Y en vano, ay triste! tus rigores llora.

Pasan y vuelven los calmosos días
De punzante dolor llenando el pecho.
Dulces placeres y delicias mías,
Decid, qué os habéis hecho?
?Pasó ya el tiempo de mi amor florido?
¡Una ilusión que me sostenga os pido!

Campos hermosos de placer un día,
Regados hoy de mi continuo llanto,
Quedaos á Dios. De la ventura mía
Murió todo el encanto!
Sólo la tumba á mi aflicción le espera!
Decidlo á Celia... mas después que muera.

A ISELIA.

Son tus labios, Iselia,
Como la miel sabrosos,
Ay! déjame que pruebe
Por veces mil su néctar delicioso.

El corazón marchito,
Sin amor ni reposo,
En tus labios, Iselia,
Halló el alivio que buscaba en ótros.

Huyó la desventura,
Y á mi existir, hermoso
Amor entre delicias
Llegó á brindarle celestial socorro.
Riyéronse los valles,
Y los bosques hojosos,
Las fuentes y las aves
Me fueron bellas porque fuí dichoso.
Las enlutadas cuerdas
De mi rabel quejoso
Al eco de ventura
Cambian en risas los dolientes tonos.
Y la natura entera
Aparece á mis ojos
Con la impresión sublime
Que aquí en el pecho entre delicias gozo.
Amando estoy las flores,
Los árboles frondosos,
Los valles y los ríos,
Mirando en ellos la ilusión que adoro;
Mirando, Iselia mía,
Tu rostro candoroso
Como la hermosa estrella
Que en la borrasca me señala el polo.
Ay! deja que recoja
De tus labios preciosos
El néctar que rendido
Á tu belleza celestial imploro.
Que tus labios, Iselia,
Como la miel sabrosos,
Me tornan, ay! la vida,
La dulce calma y el placer dichosos.

UNA MIRADA.

Niña del rostro amoroso,
De los labios de corales,
De los ojos celestiales,
Del seno túrgido, hermoso:
¿Ese conjunto armonioso
Que puso el amor en tí,
Fué sin duda, niña, dí,
Porque lo adorase yo?
Pues, niña, el amor venció:
Te adoro con frenesí.

Te adoro como la estrella
Que me anuncia la bonanza,
Cual la bienaventuranza
De Dios, que en tu amor destella;
Te adoro como una bella,
Un ángel, un serafín
Que baña el rostro en carmín
Y el alma en pasión secreta;
Te adoro como un poeta,
Niña, con amor sin fin.

Tú en mi sueño de ventura
Me encantas con mil amores;
Tú, mi existencia de flores
Sembrastes y de dulzura;
Tú alejaste la amargura
Que el alma me hirió inclemente.
Me miraste blandamente,
Y esa alma volvió á la vida:
Que ví mi ilusión perdida
Posarse sobre tu frente.

Ven á mi choza, y de allí
Iremos en mi barquilla

Á la hermosísima orilla
Del tranquilo Yumurí:
Allí guardo para tí
Un jazmín fragante y bello,
Tan blanco como tu cuello,
Tan puro como tu frente:
Ven, hermosa, y dulcemente
Colócale en tu cabello.

Ven, y percibe su olor,
Nuncio de castos amores;
Que el perfume de las flores
Es aliento del amor.
Ven, que el soiibio cantor
Nos brinda amor en su nido,
La selva con su gemido,
La tarde con su frescura;
Amor, dice la espesura,
Amor, el valle dormido.

Ven, que mis redes tendidas
Te ofrecen pesca abundante;
El corazón de un amante
Le ofrece al amor mil vidas.
Deja las pompas mentidas
Y oropel de la ciudad,
Y ven á la soledad
Do reinan placeres puros
Y huyen los aires impuros
Que marchitan la beldad.

Allí la naturaleza
Se ostenta hermosa y sencilla;
Allí es donde el ciello brilla
Con más pompa y más belleza;
Allí una montaña besa
Un río que corre lento;

Allí nace un pensamiento
Que alboroza el alma entera:
Ven, hermosa, á la pradera
A calmar mi sufrimiento.

Iremos á la colina
En la tarde silenciosa,
A coger la bella rosa
Y silvestre coralina:
Nos dará la grama fina
Blanda alfombra en que sentados
Nos veremos extasiados
De objetos tan peregrinos:
Yo, de tus ojos divinos
Y tus labios perfumados.

Y si la sed nos fatiga
En sitio tan delicioso,
Un arroyo bullicioso
Nos dará su linfa amiga;
Y prenderemos con liga
Al ligero tomeguín,
Sólo, hermosa, con el fin
De calmar su desconsuelo
Dejándole en libre vuelo
Marchar al otro confín.

Sí, querida: si dichosa
Ha de ser nuestra ternura,
No turbemos la ventura
De un esposo y una esposa.
El alma pura no goza
Sino es del placer sencillo,
Como oír un pajarillo,
Contemplar las mariposas,
Ó llevar lleno de rosas
Con su amante un canastillo.

Navegar un claro río,
Ver una nube distante,
Apreciar como un diamante
Una gota de rocío,
Buscar un sitio sombrío
De alguna selva frondosa,
Y cantar con voz melosa,
Al compás de blanda lira,
Esa emoción que se inspira
En la frente de una hermosa.

De una hermosa, prenda mía,
Como tú, que blandamente
Derramastes en mi frente
Un raudal de poesía,
Un bálsamo, una ambrosía,
Que mi crudo padecer,
Despertándole al placer
Como de sueño de muerte,
Me hiciera feliz en verte
Y en adorarte, mujer....

Mas, qué digo?... En mi contento
Se extravía la razón:
Es mi dicha una ilusión
Que redobla mi tormento,
Es la ilusión de un momento
Que apenas gozar se alcanza....
En nada mi bien afianza,
Cuando fomenta mi gloria
Una mirada ilusoria
Que quizá no fué esperanza!

A UNA TÓRTOLA.

O, tú, paloma quejosa,
Que en la rama solitaria
En tristísima plegaria
Das al viento tu dolor,
Une tu queja sentida
Al pesar que me atormenta,
Y al par de mi voz lamenta
Las desdichas de tu amor.

Por piedad, triste avecilla,
Simpatiza con mi llanto;
Y mis quejas y tu llanto
Se deslicen á la par.
Oye, tórtola, el suspiro
Que el mortal ha rechazado;
Un consuelo el desdichado
En tu voz quiere encontrar.

Mas, ay triste! tú no escuchas
El tormento de mi anhelo,
Y tiendes el raudo vuelo
Huyendo tal vez de mí....
Desgraciado! Con quién hablo?
Ya la tórtola se aleja....
Iselia! cual tú, me deja....
¡Tomó la lección de tí!

Marcha en paz, cruel avecilla,
Marcha al vergel florecido:
Allí te aguarda tu nido
Y te aguarda tu amador.
En tanto con mi amargura
Aquí me deja apenado,
Que no encuentra el desgraciado
Quien le atienda en su dolor.

AL AMANECER.

Ya vuelve el sol en Oriente
A mostrar su disco hermoso
Refulgente;
Y Natura del reposo
Alza entre brumas la frente
Coronada
De esplendor.
¿Y tu choza está cerrada?
Despierta, mi dulce amada,
Que á tu puerta está el amor.

Teñido está de colores
El azul del firmamento;
Y las flores,
Columpiadas por el viento,
Dan esquisitos olores:
La cascada
Su frescor.
¿Y tu choza está cerrada?
Despierta, mi dulce amada,
Que á tu puerta está el amor.

Al nacer el nuevo día
Todo respira su encanto
Y alegría.
El ave nos da su canto,
El arroyo su armonía
Celebrada
Del cantor.
¿Y tu choza está cerrada?
Despierta, mi dulce amada,
Que á tu puerta está el amor.

Ay! te guarda entre beleño
Oculta en sus negras alas
Blando sueño;
Y en vano muestran sus galas
El ave con dulce empeño,
La cascada
Y la flor.
Que tu choza está cerrada....
Y no respondes, mi amada,
Á las voces del amor.

LA SÚPLICA.

Permite, dulce amiga,
Permite, caro objeto,
Que la ilusión del canto
Le dé á mi mal consuelo.
Permite que tu frente,
Tus labios, tus cabellos,
Tu angélica sonrisa,
Y brillantes ojuelos
Á la armoniosa lira
Presenten el objeto
De la ilusión divina
Que ensalzarán mis versos.
Que yo de tus miradas
Evitaré el efecto,
Y haré por contemplarlas
Sin emoción el pecho.
Mas nó: que en el delirio
Del amoroso incendio,
Vendrá á ser imposible
Cumplir lo que prometo.

Y á par de la amargura
Que hoy causa mis tormentos,
Tu desamor, ingrata,
Lastimará mi pecho;
Pero si tierna acaso
A mi ardoroso afecto
En la amorosa llama
Arder tus ojos veo,
Entonces, dulce amiga,
Permite que mis versos
Mi amor y tu hermosura
Levanten hasta el cielo.

EN LA AUSENCIA.

Avecilla que en la noche
Das alegre tus cantares,
Detén el plácido acento
Y no acrecientes mis males.
Esos tus trinos acordes
Guarda para otros lugares,
Y no en la noche sombría
Vengas también á inquietarme.
Tú cantas con blando acento
Mil ternuras á tu amante,
En tanto que yo, infelice,
Lloro de Alexis distante.
En torno á tu caro nido
Das esos trinos al aire,
Sin cuidar que sus cadencias
Son dardos que al alma parten.
Cesa, por Dios, avecilla,
Cesa en tus dulces cantares;

Mis congojas y tormentos
Respeta por un instante.
Deja que llegue la aurora,
Y á par de las otras aves
Celebra su luz divina
En tus cantos matinales.
Y mientras la noche tiende
Éste su negro ropaje,
Detén, detén, avecilla
Tus amorosos cantares.
Que no es bien que donde gime
Un mortal inconsolable,
Alegre tú, en la espesura,
Amor y delicias cantes.
—Así se quejó Celmira
En la ausencia de su amante,
Y hasta la vuelta de Alexis
No volvió á cantar el ave.

EL SOLITARIO.

CANCIÓN ESCRITA EN UN ÁLBUM.

Ay triste! mi esperanza
De amor y de ventura
Fué sólo tu hermosura,
Mi gloria y dulce bien.
Miré en tus negros ojos
La luz conque me heriste;
Hoy, solitario, triste,
Lamento tu desdén.

Lamento, querelloso,
Hermosa, tu inconstancia,

Y en solitaria estancia
Se oculta mi mansión,
Aquí donde la noche
De horror velada habita,
Y al solitario imita
En sombras y aflicción.

Aquí donde el zumbido
Del austro borrascoso
En monte cavernoso
Se quiebra con fragor;
Y es lúgubre el quejido
Del viejo campanario,
Cual es del solitario
La imagen de su amor.

Eterna es mi desdicha,
Eterna, sin ventura:
El cáliz de amargura
Forzoso es apurar.
Mas, ay! escucha, ingrata,
Del solitario amante
La queja que anhelante
Exhala al espirar.

Escucha: ya la muerte
Su velo funerario,
Su gélido sudario
Extiende entre los dos.
Adiós, mi eterna dicha,
Adiós, ángel hermoso....
La tumba es mi reposo....
La tumba.... adiós! adiós!...

LA SONRISA.

Esa sonrisa hermosa
Que entre tus labios juega
Como el ligero soplo
Del aura en la flor bella,
Aquí, en el alma, causa
Una impresión secreta
Que á comprender no alcanza
Mi pobre inteligencia.
Me burlan mis amigos,
Y Clori la discreta
Con sus malignos ojos
También me burla, Iselia,
Si mustio, pensativo,
Absorto en mis quimeras
Sorpréndeme en la choza
Ó bien en la pradera.
Ignoran mi secreto,
Y á mi aflicción extrema
Ni aun el consuelo triste
De compasión le queda.
Pregúntame la causa:
Mas, cielos! ¿quién creyera
Que es tu sonrisa hermosa,
Encantadora Iselia?

A DORILA.

Para cantar amores
Préstame, hermosa niña,
De tus labios las rosas,
De tus ojuelos la expresión divina.

Dale á mi débil canto
La gracia que electriza
En tus formas aéreas,
En tu inocente, candorosa risa.

Y mis versos, hermosa,
Sonarán en la lira
Tan bellos como el numen
Á quien le deben emoción y vida.

Coronadas las sienes
De rosas purpurinas,
En torno revolando
De mi chozuela tropicales brisas,

Con tu amor y mi canto
Colmados de delicias,
Pasaremos las horas
Que antes pasaba lamentando cuitas.

Las flores de los campos,
La voz del avecilla,
El aura de la noche
Y el blando acento de tu voz amiga,

Vendrán á mis cuidados,
Mis penas y fatigas
Á darles el consuelo
Que en vano ansioso á la ciudad pedía.

Mas, qué? ¿tu rostro hermoso
Á las palabras mías
De blancas azucenas
Bello se torna en rojas clavellinas?

Perdona sí mi labio
Te ofende en su osadía,
Pidiéndote insensato
El bien supremo que me niegas, niña.

—Así confuso Alexis.
Le dijo á su Dorila,
Cuando pidió cantase
Tan sólo amor en su armoniosa lira.

IMPRESIONES DE AMOR.

Ay, cielos! qué tengo?
Me siento morir.
—Doncellas del valle,
Doleos de mí.

Ay, Dios! con Alexis,
Que es noble y gentil,
Con otras doncellas
Amigas salí.
Fué bello el paseo,
Y en barca sutil
Bogámos gran trecho
Por el Yumurí.
Ay, cielos! qué tengo?
Me siento morir.
—Doncellas del valle,
Doleos de mí.

Sobre de las ramas
De un mangle advertí
Á dos tojositas
Besarse y gemir.
Al punto mi pecho
Se puso á latir:
Alexis mirome.
Yo me sonreí.

Ay, cielos! qué tengo?
Me siento morir.
—Doncellas del valle,
Doleos de mí.

Hablome de amores
Alexis al fin,
Mas yo, simplecilla,
Su voz no entendí.
Fuí sorda á su ruego
Bañada en carmín.
Instome llorando,
Y díjele:—Sí.
Ay, cielos! qué tengo?
Me siento morir.
—Doncellas del valle,
Doleos de mí.

Mas nó: no lo dije:
Sin duda mentí....
¿Qué sé yo de amores?
¿Y.... dije que—sí?
Alexis es bueno,
No sabe fingir;
Y yo.... simplecilla,
¿Qué iba á decir?
Ay, cielos! qué tengo?
Me siento morir.
—Doncellas del valle,
Doleos de mí.

Alexis sin duda
Recela de mí:
Estamos en Mayo,
Marchose en Abril.
Sin verme siquiera
Se quiso partir,

Dejando en un árbol
Su adiós para mí.
Ay, cielos! qué tengo?
Me siento morir.
—Doncellas del valle,
Doleos de mí.

Yo voy por las tardes
Y me siento allí.
Si llueve y no llego,
No puedo dormir.
Alexis, ingrato!
Porqué lloro así?
—Yo tuve la culpa....
Yo debo sufrir.
Ay, cielos! qué tengo?
Me siento morir.
—Doncellas del valle,
Doleos de mí.

Mas, quién me ha nombrado?
Su choza está allí....
—Alexis! Alexis!....
Ventura sin fin!
Es cierto? Tú vuelves?
—Yo nunca partí.
—Ingrato! —Bien mio!
Tu amor sorprendí.
—Ay, cielos! qué tengo?
Qué pasa por mí?
Alexis me adora....
Con él soy feliz.

QUEJAS.

¿Cómo pudiera el alma,
Ingrata á tus finezas,
Menospreciar, traidora,
Lo que otros tanto anhelan?
Injusta has sido, hermosa,
Injustas tus sospechas
Para el mortal que adora
Tu cándida inocencia.
En más felices días,
De que quizá te acuerdas,
Jamás tan triste giro
Tomaron tus ideas.
¿Y ahora que conoces
Que gimo en tus cadenas,
Desdeñas mis suspiros,
Y mis ansias desdeñas?
¿Me culpas, inhumana,
De amarte con tibieza,
Y que tu amor recibo,
Traidor, por etiqueta,
Cuando tú sóla has sido
Quien diste, la primera,
De veleidad y olvido
Incontrastables pruebas!
Oh, sí! tu alevosía
Bien claro manifiesta
Esa conducta varia
Que con tu amante empleas.
Y á más de tus engaños,
¿Pretende tu imprudencia
Tacharme á mí de olvido,
De infame ligereza?

Oh! nunca; que en mi pecho
El pundonor se alberga,
Y lo que ofrece el labio
El corazón sustenta....
Insensato! ¿Hasta dónde
El frenesí me lleva?
Perdona, dulce amiga,
Si mi dolor me ciega.
Perdona mis delirios,
Perdona mi demencia,
Y culpa á la ternura
Que es causa de mis quejas.
Disipe tu cariño
Las ansias que así aquejan
El alma que idolatra
Tu cándida inocencia.
Mas si se niega esquivo
Tu corazón de piedra
Al bien que te demando,
Acaba mi existencia.

A ELLA.

Cuán dulce y regalada
Tu deliciosa vida
En la pradera pasas,
Idolatrada niña,
Á par de los corderos
Que con tu mano amiga
Solícita y cuidosa
Sustentas y acaricias,
La cándida inocencia,
Aureola divina,

Sobre tu casta frente
Inmaculada brilla.
El ave dulcemente
Entre la selva umbría,
Con cántico de amores
Aumenta tus delicias.
Las brisas regaladas
Refrescan tus mejillas,
Y bañan tus cabellos
De olor las florecillas.
Espejos trasparentes
Las aguas cristalinas
Le dan á la belleza
Que tu semblante anima.
La noche te da estrellas,
Los vientos armonía,
La paz y la inocencia
Tu choza y tu familia.
Felices son tus años,
Mi candorosa niña,
En medio de los bosques
Que solitaria habitas.
Oh! nunca tu inocencia
Lastimen las espinas
De la ambición y el fausto
De la ciudad vecina.
Jamás su impuro aliento,
Sus costumbres inicuas,
Á tu choza se lleguen
Á turbar sus delicias.
No hieran tus oídos
Los cantos de la orgía,
El ruido del banquete,
La voz de la perfidia.
Y en medio de la selva
Hospitalaria, amiga,

Sin penas ni cuidados,
Asechanzas é intrigas,
 Consigas venturosa,
Idolatrada niña,
Cercada de su encanto,
Poder finar tus días.

LAMENTACIÓN.

¡Cuán espléndido el sol en el oriente
La fantástica bruma deshaciendo
 Alza la hermosa frente,
Las altas cumbres con su luz tiñendo!
 Naturaleza osténtase lozana
Al fúlgido esplendor. Visten las flores
Recamadas del llanto matutino,
 Purísimos colores.
 Saludan la mañana
 En cántico divino
Las aves en los bosques apartados
De espesa niebla ante su luz velados.
 La vida y el placer en torno ofrece
Á mi vista turbada
El blando sonreír de la alborada....
¡Yo gimo triste, y mi tormento crece!
 Memoria desdichada!
¿Qué me importan del alba los primores,
 Perdidos mis amores?
—Aquí su tumba está; bajo esa losa
Todo mi bien y mi ilusión reposa!
 Este era el sitio do en mejores días
Me juraba su amor. Aquí, á la sombra
De agrestes cañas y sonantes palmas,

Sobre la verde altombra
De aqueste valle que aun se muestra bella,
La tibia luna y su amorosa estrella
Vieron gozosas de placer dos almas....
  Allí, en las aguas de la clara fuente
Que lentas corren sobre fina arena,
El alabastro de su casta frente
Dibujado miré, y aun me parece,
En el delirio que mi mente inflama,
Mirar su forma, y que su voz me llama!
  Dolorosa ilusión! Con paso incierto
Busco la senda que el sufrir me aparte....
Oh! Elisa siempre aquí! En cualquier parte
El alma ve su bien, y de concierto
Con la voz de mis fúnebres clamores,
Me responden las fuentes y las flores
Que á mi delirio y mi ilusión no ha muerto.
  Tormentoso vivir! En la amargura
De una esperanza que se hundió en la tumba
Y al acerbo dolor de mi quebranto
Voló toda mi edad. Encanecida
Mi cabeza se vio tempranamente.
Surcado el rostro del continuo llanto,
Cerca el ocaso de la triste vida
Que no vio nunca su apacible oriente.
  Bosques que fuísteis de mi amor testigos,
Mis penas contemplad! Lúgubres sauces,
En la fúnebre voz de vuestras hojas
Eternas conservad de mis dolores
        Las hórridas congojas.
Llorad conmigo, lamentad mi suerte
        Y mi estrella enemiga,
Mientras que bajo vuestra sombra amiga
Halle mi lecho funeral de muerte.

LA PRIMAVERA.

Ya torna engalanada
La hermosa primavera,
Sembrando su camino
De flores mil diversas.
El campo entre verdura
Celebra ya su vuelta,
El ave con sus cantos,
La flor con sus esencias.
Los céfiros lascivos
Entre perfumes juegan,
Y triscan los ganados
Y sus pastoras bellas.
El cielo es trasparente,
La brisa oreante, fresca,
Las tardes apacibles,
Y las noches serenas.
En torno de mi choza
La dicha se aposenta,
Y es todo regocijos,
Amor, perfume y fiestas.
¿Qué falta á mi ventura
En estación tan bella?
¿Acaso sus encantos
A mí tan sólo niega!
Ay, triste! la armonía
Que así naturaleza
Ante mis ojos mustios
Magnífica presenta,
No basta á que en el alma
Se aplaque la tormenta
Que bárbara aniquila
La flor de mi existencia.

En vano dan los cielos
Su clara trasparencia,
Las flores sus perfumes,
Su brillo las estrellas.
En vano de esmeraldas
Se visten las praderas,
Los bosques apacibles,
Las llanuras inmensas;
Si el alma entre amargura
Suspira en triste ausencia,
El pago desdeñoso
Que da á su amor Iselia.

POR LA NOCHE.

Ya de la noche umbría
Las sombras enlutadas, pavorosas,
Roban su luz y su esplendor al día;
Y en alas de la noche, vagarosas
Ruedan confusas por la mente mía
Ideas tormentosas
Que me roban el sueño y la alegría.
En tanto que natura
En la calma y las sombras se adormece,
El horror de mi triste desventura
Con nueva forma entre delirios crece:
La férrea mano que me oprime dura
Se ensaña y enfurece
Redoblando su horror y mi amargura.
¿Adónde, o Dios! huyeron
Aquellas horas de bonanza llenas
Que en otros tiempos mis delicias fueron?
¿Dónde las noches plácidas, serenas

Que entre arrullos de amor embellecieron
Mis dulces cantilenas?
Pasaron, ay! y con mi amor murieron!
Hora el insomnio triste
Y la pavura de la noche umbrosa
Con el horror que en sus tinieblas viste,
Es lo que resta al alma pesarosa
Cansada de luchar.... que no resiste
La pena que le acosa,
Y que tú, Iselia, sin razón le diste.
Si á compasión movida,
Á los tormentos que en mi angustia paso,
Vuelves, Iselia dulce, conmovida,
El rostro bello á contemplar acaso,
Tu amor entonce á mi cansada vida
En delicioso lazo
Dará la dicha que lloré perdida.

DOLENCIA DE ISELIA.

Esa inquietud que sin cesar te agita,
Ese tormento que te oprime el pecho,
Y pone abrojos al mullido lecho,
Y tu semblante virginal marchita:
Esa lucha fatal que se concita
Del corazón en el recinto estrecho,
Y le arranca suspiros al despecho
En continua aflicción y amarga cuita;
Ese dulce mirar, tu afecto tierno,
Que revelan un alma candorosa
Que pugna por vencer un mal interno;
Esa delicia, en fin, que misteriosa
Con las penas se mezcla del infierno;
Esa es la llama del amor, hermosa.

LETRILLA.

La mi niña hermosa
Tristecita está:
Si amor no la acosa,
Porqué llorará?

La joven sencilla
Que ayer fué un encanto
Hoy baña de llanto
La casta mejilla.
¿Porqué está amarilla,
Turbada y quejosa?
La joven hermosa
Cuán lánguida está!
Si amor no la acosa,
Porqué llorará?

Con otras doncellas
Ayer fué á la fiesta
Más bella y modesta
Que todas las bellas.
Volviose con ellas
Turbada, enojosa;
Y oculta en la choza
Suspirando está....
Si amor no la acosa,
Porqué llorará?

De sus garzos ojos
Y pulidos labios
Lanzando está agravios,
Desdichas y enojos.
¿Son tristes despojos
De un alma ardorosa,
Sensible, celosa,
Que al dolor se da?....

Si amor no la acosa,
Porqué llorará?

Ay! niña sentida,
Acalma tu pena,
Que es blanda cadena
Quien prende tu vida.
No doble abatida
Tu frente de rosa.
¿Quién mira á la hermosa
De amor cual estás?
Si amor hoy te acosa
Después triunfarás.

SONETO.

Ama el hombre una hermosa, y hechizado
A su aspecto frenético delira;
La mente absorta en su delirio mira
Tan sólo amor en el objeto amado.

La virtud, los talentos, el agrado,
Todo se encuentra en la mujer que admira;
Por ella muere, y tímido suspira,
Lleno de amor ante sus pies postrado.

Obtiene al fin el triunfo que anhelaba
Del ángel bello que adoró rendido
Cuando entre sueños de ilusión vagaba;

Y aquella misma que su encanto ha sido,
Aquella misma, infiel! que idolatraba,
Inconstante en amor la da al olvido.

LETRILLA.

Ayer de tus ojos
Miré la luz bella,
Y el alma entre amores
Quedó prisionera.

Pensé que mi pecho
Jamás ya sintiera
La llama que un tiempo
Le dio tantas penas:
Mas ví tus pupilas
Brillantes y tiernas,
Y el alma entre amores
Quedó prisionera.

Huyose el reposo
Del pecho, y mil quejas
Lloroso y turbado
Lanzó en sus querellas.
Soñé mil delirios,
Pensé mil quimeras,
Y el alma entre amores
Quedó prisionera.

Qué mucho: tus ojos
De agreste gacela,
Tu frente divina,
Tu tez de azucenas,
Bañado de dicha
Miré sin cautela,
Y el alma entre amores
Quedó prisionera.

Mas falsa la dicha
Que el alma enagena,
Mostró en la ventura
Veladas las penas.

¿Porqué de tus ojos
Miré la luz bella,
Si el alma te adora
Y amarte me vedas?

A ISELIA.

Si pretendes, Iselia,
Que sellados mis labios
Tu rigor y desdenes
Sufra tranquilo sin soltar el llanto,
Dale á mi tierno pecho
La dureza del mármol
Y el hielo que alimenta
Tu corazón á mi cariño ingrato.
Quita de tus mejillas
El tinte sonrosado,
La expresión á tus ojos,
El dulce hechizo á tus pulidos labios.
No sueltes la armonía
Del melodioso canto;
Ni tus manos hermosas
Corran, Iselia, el mágico teclado.
Oculta de tu frente
El candor sacrosanto,
De tu talle hechicero
La bella gracia y delicioso garbo.
Arranca de mi seno
El venenoso dardo
Conque el amor sujeta
Á tu hermosura el corazón ligado.
Y si hallas imposible
Cumplir lo que demando,
Permite, dulce Iselia,
Le dé un alivio á mi dolor el llanto.

A MI HERMOSA.

Hermosa, si tu mirada,
Sencilla como inocente,
Viene á quemarme la frente
Marchitada
Por el soplo del dolor;
Por piedad, tus ojos bellos,
No esquiven mis tristes ojos,
Que no es bien que con enojos
Paguen ellos
La ternura de mi amor.

Si tranquilo, indiferente,
Miré tu rostro de armiño,
Así como mira un niño
Inocente,
Los pétalos de una flor;
¿Porqué lanzaste derecho
Ese dardo envenenado,
Que se mantiene clavado
En el pecho
Que no conoció el amor?

Si eres la causa, tirana,
Del tormento que me aqueja;
¿Porqué desoyes la queja,
Inhumana,
Que me arranca tu rigor?
Si á la par de tu hermosura
La piedad no está en tu seno,
Ingrata! me fué veneno
La ternura
Que á tus ojos dio el amor.

EL PASTORCILLO.

De los cabellos
Guarda de Iselia
Un pastorcillo
Las blondas hebras:
Ellas le inspiran,
Ellas le acuerdan
Sus lindos ojos,
Y su inocencia.
En contemplarlos
Pasa las siestas
Bajo la sombra
De añosas ceibas.
Y cuando el alba
Reluce apenas
Robando el brillo
Á las estrellas,
Él los saluda
Con voces tiernas,
Con dulces cantos
Y dicha inmensa.
Luego, afanoso,
De la pradera
Toma las flores
Que son más bellas,
Y entrelazadas
De olientes yerbas
Una guirnalda
Le ofrece á Iselia.
Á par del ave
Que se querella,
Junto á la choza
Donde se alberga,

Del tiplecillo
Pulsa las cuerdas,
Y enagenado
Canta á su prenda.
Oh! Pastorcillo,
Cuán me interesa
Tanta ternura,
Tanta inocencia!
Así mi vida
Dichosa fuera
Con ese encanto
Que tu alma llena.
Encanto dulce
Que es mi quimera,
Mi ensueño de oro,
Mi hermosa idea;
Y que mi suerte
Triste y adversa,
Oh! pastorcillo,
Siempre me niega.

RECONCILIACIÓN.

Ingrata, si la ternura
Que el corazón te profesa
A conmover no es bastante
El tuyo, porque es de piedra,
¿Qué le resta á mi cariño
Poderte ofrecer por prenda
Cuando su anhelo amoroso
Rechazas con tal fiereza?
Doliente el alma y confusa,
De tanta crueldad enferma,

Se siente desfallecida,
Que languidecen sus fuerzas.
Y el tormentoso vacío
Que le acosa, que le aterra,
Al desencanto y la muerte
Abre entre dolor las puertas.
¿Y á qué aguardas, insensata?
En qué piensas? ¿Porqué esperas
Á que en el alma se extinga
La chispa que fué una hoguera?
En un tiempo venturoso
Cuando á mi voz, placenteras
Aumentaban mi cariño
Las muestras de tus finezas,
¡Cuán felice y bendecida
Era en tu amor mi existencia!
¡Cuán puros mis pensamientos!
¡Cuán brillantes mis ideas!
Y ahora.... infelice! olvidado,
Á mis desgracias, qué resta?
El llanto, la desventura,
Los suspiros y las quejas....

Así cantaba Narciso
Rigores de su trigueña
Del pacífico Canímar
En las fecundas riberas.
Oyó la niña el acento:
Conoció que hablaban de ella;
Y amorosa cual la brisa
Que allí entre los lirios juega,
Llegose al cantor cuitado,
Y con sublime manera
—Mi amor, le dijo, bien mío,
Mi amor y constancia eterna

Es lo que queda á tu vida!....
Y entre sus brazos lo estrecha....
La luna veló su disco,
Las flores dieron su esencia;
Y es fama que del Canímar
Las ondas limpias y frescas
Quedaron cual los amantes
También de placer suspensas.

SÚPLICA AMOROSA.

Si ves acaso la dulce niña
Que es toda gracia, toda primor,
Que donde pisa su planta hermosa
Nace aromosa cándida flor,
Dila, pastor:
Que el alma tierna que la idolatra,
La que cautiva con su candor,
Que lleva impresa su imagen bella
Como una estrella la luz del sol,
Le pide amor.
Pero si esquiva se muestra ingrata,
Á mi demanda y mi aflicción;
Si nada escucha, como lo temo,
Que á tal extremo lleva el rigor,
Dila, pastor:
Que tú me dejas lloroso y triste,
Marchito el rostro y el corazón,
Enferma el alma.—Mas, sin embargo
De mi letargo y mi dolor,
Le pido amor.

LETRILLA.

Mentida sombra
De un bien querido,
Si lo he perdido
Huye de mí.
Ay! no acrecientes
Con tu presencia
De mi dolencia
El frenesí.
Pasó mi dicha
Cual pasa el ave,
Y ya no cabe
La reflexión.
Enfermo, triste,
De un mal terrible,
Es insufrible
Mi situación.
Llamo la muerte
Desesperado,
Y á mi llamado
Sorda se está.
Nada á mi suerte
Le da consuelo....
Oh, justo cielo!
Piedad! piedad!
¿Porqué los sueños
Halagadores
De mis amores
Queréis volver,
Si la existencia
Que he recibido
Ya la he perdido
Para el placer?

Ay! no me acoses,
Sombra querida,
Sombra fingida
De lo que fué.
Oh! yo he soñado
Muchos delirios,
Que con martirios
Los compurgué.
Y si el destino
Solo me deja,
Para la queja
Y el frenesí,
Mentida sombra
De un bien querido;
Si lo he perdido,
Huye de mí!

CONSEJOS Á FILENO.

Lloras, Fileno? ¿y de Dorila ausente
Doblas la cuita que tu pecho aqueja,
Porque á los ruegos vislumbrar no deja
Un solo rayo que á tu amor aliente?
¿Quieres que débil, á tu ardor presente
Su altivo pecho á la primera queja,
Cuando el que pide al desamor semeja
Atrás volviendo la cobarde frente?
Calma ese llanto, los pesares calma
Y ese temor que por tu mal mantiene
Turbada la razón, sin fuerza el alma.
Vuelve á Dorila y tu pasión previene,
Pide, insta, ruega, y te dará la palma
Que lleva siempre el que constancia tiene.

A CUPIDO.

Mira, traidor Cupido,
Mira, rapaz aleve,
Ya que mi mal te place
Y atormentarme quieres;
Que no temo los tiros
De las saetas crueles
Con que en el pecho triste
Tan sin piedad me hieres.
Y si gustas burlarte
Y atormentarme siempre,
Hiere también á Elvira,
Y dos cautivos tienes.

SONETO.

Por más que quiere la prudencia mía,
Reflexiva y sumisa á la cordura,
Sujetarse á la ley terrible y dura
Que le impuso á mi amor tu tiranía;
Un oculto poder, la simpatía,
Á que llamas, crüel, fatal locura,
Impide el olvidarte, y su ternura
Será en mi pecho hasta la tumba fría.
Si ofreciera tranquilo obedecerte
En tan duro precepto y tan terrible,
Fuera mi vida prolongada muerte:
Fuera yo entonces como tú, insensible
Al fuego del amor, pues de otra suerte
Ofrecer olvidarte, es imposible.

DESDE LA CHOZA.

Ahora que la tarde
Nublada nos convida,
Con bonancible aspecto
Y embalsamadas brisas,
Y el río mansamente
Sus cristales desliza,
Con curso perezoso,
Hacia la mar vecina;
Á mi choza te acerca,
Idolatrada niña,
Á consolar mis penas,
Y disipar mis cuitas.
Oculta en un remanso
Te aguarda mi barquilla,
Las redes preparadas
Y las velas tendidas.
Á impulso de las auras
Que la corriente rizan,
En plácido abandono
Iremos sin fatiga;
I tú, darás al viento,
Encantadora amiga,
Tus cánticos divinos
Que el mismo amor envidia,
En tanto que la luna
Sobre el oriente brilla,
Velada de vapores
Y blancas nubecillas.
Mas, ay! que no me escuchas,
Ingrata, y te retiras....
—Un año de tormentos
No basta á mis desdichas?

Acércate, no temas;
La tarde nos convida,
Y oculta en un remanso
Te aguarda mi barquilla.

—

Así con el delirio
De la razón perdida,
Á Iselia su adorada
Un pescador convida,
Que, triste, caviloso,
El pasajero mira
Sentado en las riberas
Sombrosas del Canímar.

DELIRIOS.

Dulce, mi amiga, amorosa
Deja sentir tu mirada
En el alma atormentada
De una pasión ardorosa;
Y dichosa
Su martirio
En ventura ha de trocar;
Que tu amor es mi delirio,
Tu belleza mi afanar.

Deja que en plácido acento
El arpa en mélicos sones,
Cante armoniosas canciones
De tu amor y mi tormento.
Un momento
De ventura
Mi dolencia ha de sanar;
Que tu amor es mi locura,
Tu belleza mi afanar.

Cese ya, mi bien querido,
La esquivez de tu porfía,
Y luzca por fin el día
Que premies mi amor rendido.
El olvido
Con su manto
Mi lamento ha de ocultar,
Que tu amor es, ay! mi encanto,
Tu belleza mi afanar.

Entre perfumes de amores
Embriagado en su beleño,
Seré dichoso en el sueño
Divino de tus favores.
Los dolores
En ventura,
Alma mía, he de trocar;
Que tu amor es mi locura,
Tu belleza mi afanar.

ARREPENTIMIENTO.

Perdona mis caprichos,
Sensible Dorotea,
Y ponte tu corpiño
Y vamos á la fiesta.
No bañes tus mejillas
En orientales perlas,
Que ruedan encendidas
Según el alma queman.
Depón el ceño esquivo,
Tus ojos, ay! alegra,
Donde el amor se anida,
Y dardos mil me asesta.

Palabras amorosas
Me da en lugar de quejas,
Y así como eres linda,
Perdona, Dorotea.
El corazón benigno
Es dote de las bellas,
Y siempre está una hermosa
Á perdonar dispuesta.
De hoy más, yo te aseguro
Vivir en paz eterna,
Gozando tus encantos,
Tu amor y tus finezas.
La choza solitaria,
La flor de la pradera,
El canto de las aves,
La sombra de las ceibas,
Serán dulces testigos
(Así tu amor me vuelvas)
Que afirmen mi ternura,
Que afiancen mis protestas.
Depón ya los agravios,
Sensible Dorotea,
Perdona mis caprichos
Y vamos á la fiesta.

Á UNA TRIGUEÑA.

¿Porqué de tu cielo
Anublan las penas,
La luz que idolatra
Mi pecho, trigueña?
Porqué los sollozos?
Porqué tantas quejas?

¿Porqué los desvíos
Que ingrata me muestras?
  La tórtola amiga
Allá en la maleza,
Suspira entre amores
Las dulces querellas.
  Quejosa, afligida,
De angustias inquieta,
Revuela, suspira,
Y á un árbol se llega:
  Momento dichoso!
Allí su pareja
Benigno la acoge
Con mimos y fiestas.
  La angustia, el lamento,
Amor los aleja,
Y envidia del campo
Tranquilos se besan.
  ¿No ves cuán dichosos
Se arrullan, trigueña?
¿Porqué no imitarlos
En dicha y terneza?
  ¿Porqué los momentos
Que amor nos presenta,
Gastarlos en lloros,
Suspiros y quejas?
  No más, dulce amiga,
Te mire yo inquieta,
Marchita y llorosa
Tu faz siempre bella.
  Amor nos ha unido
Con dulces cadenas:
Cumpliendo sus leyes
La dicha es eterna.

A ELLA.

Mil veces he formado
En mi mente, un modelo
Con todos los encantos
Que tiene el bello sexo;
Le puse negros ojos,
Y negros los cabellos,
La frente despejada,
Y los labios risueños.
El cutis como nácar,
Turgente el almo seno,
Estrecha la cintura,
Y tornátil el cuello.
De rosas las mejillas
Que adornan dos hoyuelos,
Mediano, airoso el talle,
El lindo pie pequeño.
La gracia en su semblante,
Amor en sus ojuelos;
Su nombre.... ay, Dios!—qué digo?
No es ella mi modelo.

DESENCANTO.

Huye de mí, fantástica quimera
De amor y de esperanza:
Tú, que robaste de mi edad primera
Las blandas horas de feliz bonanza,
Huye de mí, y en torno de mi frente
Marchita á tus rigores,
Den su perfume al vagaroso ambiente
De la inocencia y juventud las flores.

No más tu sueño de ilusión fingida
Fascine mi existencia,
Á eterno llanto y padecer traída
Por la mano fatal de tu inclemencia.
No más, tirano amor y fementido
La copa emponzoñada
Brinde á mi labio con placer fingido
Cual bebida inocente y regalada;
Y la ventura que lloré perdida
De mis primeros años,
Vuelva, sí, vuelva á embellecer la vida
Que aniquilas, amor, con tus engaños.
Y tú, mi lira desdichada y triste
Que en blandas melodías
Al Empíreo fantástica subiste
Las delicias de amor en otros días;
Muda por siempre á su impresión traidora,
No des tus alabanzas
Á tantos sueños como el alma llora
De perdida ilusión y de esperanzas.

Á ISELIA.

¿Ves, Iselia, deshojada
Esa flor que el alba hermosa
Compitiendo con la rosa
Vio lozana en el jardín?
Pues así las ilusiones
Que en mi mente florecieron,
Hoja por hoja cayeron
Combatidas del esplín.

Y en la tarde de la vida
Donde toca mi existencia,

Sólo una triste apariencia
De mi alborada quedó,
Tal como el cabo desnudo
De esa flor que se consume
Y que daba su perfume
En la aurora en que nació.

Y qué resta, Iselia mía,
Al corazón lastimado,
Marchito, desencantado
Por la experiencia y la edad?
Mustia la frente revela
Lo que en el alma se abriga....
Dulce Iselia, dulce amiga,
Consuéleme tú amistad.

Yo que en la tierra camino
Cual extranjero sin guía,
Que mira acabarse el día
Sin tener do reposar;
Extiendo la débil mano
Cual suplicante mendigo,
Demandándote un abrigo
Bajo el techo de tu hogar.

Mas tú lloras, joven bella,
Conmovida de mi duelo,
Sin poderle dar consuelo
Á mi enfermo corazón!
Sí, que las penas del alma,
Como la flor deshojada,
Alguna sola mirada
Arrancan de compasión.

Que el corazón que padece
Ó la flor que se marchita,
Al que pasa sólo excita
Estéril contemplación.

Y si acaso su mirada
Detiene sobre el doliente,
Sigue, y dice indiferente:
—Pobre enfermo! pobre flor!

INSOMNIO.

¡Cuán regaladamente
Columpia y acaricia
Los tallos de las flores
La perfumada brisa!
Las aves amorosas
Con blando acento pían
En torno de la selva
Que oculta sus guaridas.
Las flores del naranjo
Perfumes mil destilan,
En tanto que la niebla
Sus pétalos salpica.
El trasparente arroyo
Sus cristalinas linfas
Extiende bullicioso
Besando sus orillas,
Cuando en su lecho de oro
Y ardiente pedrería
Del sol en occidente
El disco se reclina.
Á paso perezoso
Llega la noche amiga
Bordando su ropaje
De estrellas que rutilan.
Y el dulce, blando sueño
Que calma las fatigas,

Ceñido de amapolas
Sobre mi frente gira.
  Mas, triste! en su cuidado
El alma está intranquila,
Y en vano con su encanto
La noche me convida.
  Que aquí dentro del pecho
La imagen que me hechiza,
Tormentos por la noche
Me da como en el día.

Á ISELIA TRISTE.

  No así de tus mejillas
Las penas que te acosan
En azucenas cambien
Las purpurinas rosas.
  Que es triste, hermosa mía,
Mirarte entre congojas
Como la flor del valle
Que el huracán deshoja.
  Ó bien, entristecida
Así como la tórtola
Viuda, que lamenta
Su suerte querellosa.
  Arranca de tu pecho
Esa impresión traidora
Que de tus verdes años
Las ilusiones roba.
  Oh! vuelve á la alegría,
Á las risueñas horas,
Á los dorados sueños,
Que de tu mente arrojas.

Enjuga el llanto inútil
Que tu semblante moja,
Y del amor apura
La embalsamada copa;
Y no de tus mejillas,
Las penas que te acosan,
En azucenas cambien
Las purpurinas rosas.

REFLEXIONES.

Cuando ves en ocaso
Hundirse el claro día,
Entre las pardas nubes
Que con su luz perfila;
Y de la oscura noche
La fúnebre cortina
Velar entre sus pliegues
El bosque y las campiñas:
¿No sientes allá dentro
Del corazón, esquiva,
Alguna cosa extraña
Que cruda le lastima?
Pues si me estás atenta
Voy á decirte, niña,
La causa de ese efecto
Que á comprender no atinas.
El cuadro majestuoso
Que así te maravilla
Y el alma te suspende
Con reflexión sombría;
Imagen es que anuncia
De nuestra pobre vida,

El paso que á la tumba
Ligero la encamina;
Las sombras de la muerte
Son ésas que te eclipsan
El verde de los llanos,
Las flores y colinas.
El fúnebre silencio
Que pone espanto y grima,
¿Del cóncavo sepulcro
La soledad no explica?
¿Y á qué gastar las horas
En quejas y rencillas
Si de tal modo pasa
La momentánea vida?
Amémonos, hermosa,
Con la pasión más fina
Antes que á ocaso toque
El sol de nuestro día.

Á MI HERMOSA.

Si en mi blanda lira
Con sencillos versos,
Pretendo del alma
Pintar los afectos,
Y en trova sentida
Me da el instrumento
Tan sólo querellas,
Tan sólo lamentos;
Permíteme, niña,
Mirar tus ojuelos,
Y que ellos me inspiren
Más plácidos metros.

Quizá tus pupilas
Con blandos destellos
La luz que le falta
Le den á mi pecho;
Y en cántico digno
De tanto embeleso,
La voz como el alma
Rebosen contento.
En vez de los ayes,
Serán sus conceptos
Amores y risas,
Festines y juegos.
Y el campo, la aurora,
La flor, el cordero,
Velados de encanto
Sus dulces objetos.
Mas qué, ¿desatiendes,
Ingrata, mis ruegos,
Á tanta amargura
Negando un remedio?
—Ay! déjame niña,
Mirar tus ojuelos,
Y que ellos me inspiren
Más plácidos versos.

Á UNA DESDEÑOSA.

Oh! ¡cuánto enciende el alma
Ese rigor esquivo,
Que aumenta tu belleza,
Tu magia y atractivos!
¡Cuán dulces y extasiantes
Tus negros ojos miro,

Queriendo entre desdenes
Por ellos desmentidos,
  Mis súplicas amantes,
Mi ardor y mis suspiros
Con fiera indiferencia
Pagar entre desvíos!
  Mas el amor te acusa,
Porque es travieso niño,
Y en vano disimulas
Sentir su poderío
  Revélanlo tus ojos,
Tus labios purpurinos,
Tu frente, tu semblante,
Y tus rigores mismos.
  Pero si acaso, errado,
Yo mismo me alucino,
Permíteme, ángel bello,
Vivir con tal capricho.

Á UNA FUENTE SECA.

¿Dónde se oculta, fuentecilla ingrata,
Tu clara linfa murmurante y pura?
¿Porqué en la alfombra de feraz verdura,
  No se dilata?
¿Acaso esquiva á mis continuas penas
Me niegas, triste, tu cristal sonoro,
Que tantas veces arrastró mi lloro
  Por tus arenas?
¿Ó bien, cansada de las quejas mías
Entre las guijas sin piedad te escondes,
Y no á mi llanto y mi dolor respondes
  Como solías?

Ay! no me niegues, fuentecilla hermosa,
De tu corriente el murmurar sentido!
Abre tu seno, á mi dolor dormido,
Fuente amorosa.
Ábrelo, y tiende en la feraz campiña
El blando curso que tener solías;
Y las memorias de más bellos días
Vuelve á mi niña.
Quizá al mirarte retratar las flores
Que un tiempo fueron de su amor testigos,
Llene estos sitios plácidos y amigos
De luz y amores.

MI TEMOR.

No me espanta el rigor ni la porfía
Del secreto poder de adversa suerte,
Ni la cadena que con mano fuerte
En el cuello me ató su tiranía.
No me aterra pensar que llegue el día
Que impasible vendrá la torva muerte,
Y á su voz funeral, en polvo inerte
Caeré deshecho ante su faz sombría.
Avezado á sufrir de mi fortuna
La dura mano y el rigor extremo
Con que oprime mi sér desde la cuna,
Qué puedo yo temer?—Oh, bien supremo!
De la tropa infernal que me importuna,
Iselia, sólo tus enojos temo.

LA BARQUILLA.

Cual suele el navegante
Llevar la vista fija
De la polar estrella
Sobre la luz remisa,
Y en medio de los mares
Regir la frágil quilla,
Por el marcado rumbo
Que el astro fiel le indica;
Así de tus ojuelos
La lumbre que me hechiza,
Encantadora Iselia,
Dirige mi barquilla.
Nublado el horizonte
Por mar embravecida,
Navega contrastada
La pobre nave mía.
Mas del seguro puerto
La hospitalaria orilla,
Velada de ilusiones
De lejos se divisa.
Á su encantado aspecto
Las penas se disipan,
El desaliento cesa,
Y la esperanza brilla.
Y en cánticos de amores
En gritos de alegría,
Se tornan los lamentos,
Se cambia la agonía.
Mas, ay! que son mi norte
Tus ojos, bella niña,
Y si su luz me niegas
Naufraga mi barquilla.

LETRILLA.

Yo ví tus ojuelos
Bañados de amor,
Y el alma ha sentido
Las iras del dios.
Por más que me queje
No habrá compasión,
Que esquiva la ingrata
Es nieve á mi ardor.
Opuse la ausencia
Al fuego de amor;
Y el alma ha sentido
Las iras del dios.
Insomne, en la noche
Invoco su horror,
Pidiéndole alivio
Que niega á mi voz:
Amor es la causa
De tanta aflicción,
Que el alma ha sentido
Las iras del dios.
En triste abandono
Sorpréndeme el sol,
Leyendo una carta
Que Iselia escribió.
Qué dice la ingrata?
Me niega su amor;
Y el alma ha sentido
Las iras del dios.
¿Porqué tu hermosura,
Mi bien, me robó
La calma que un tiempo
Gozó el corazón?

Rendido á tus plantas
Me tiene el amor,
Y el alma ha sentido
Las iras del dios.

Así lamentaba
Sus cuitas Damón,
Que amante, de Iselia
Ansiaba el favor.
Triunfó su constancia,
Iselia le amó,
En glorias trocando
Las iras del dios.

SONETO.

Mustia la rosa, lánguida y marchita
Al soplo de la brisa se deshoja;
Publicando del bosque la congoja
La rama seca que al pasar visita:

Apenada la dulce tortolita
De su seno el dolor cantando arroja,
Á par que el alba la pradera moja
De tierno llanto que el pesar imita.

—¿Porqué tanta aflicción, tal desconsuelo,
El valle todo lúgubre deplora
Con muestras tales de tan triste duelo?

El campo y flor, la tórtola y la aurora,
Si levantan sus quejas hasta el cielo,
Es porque Iselia en su retiro llora.

Á UNA TOJOSITA.

Suspende, avecilla triste,
Ése tu canto sentido,
Mientras descansa dormido
En el sepulcro mi amor.
Suspende la voz turbada
De tu arrullo lastimoso,
Y no turbes el reposo
De mi adorado pastor.
En tí, sólo son querellas
Lo que es canto en otras aves,
Y cuando cantas no sabes
Cuánto padezco por tí.
El corazón, á tus quejas,
Se oprime, se desconsuela,
Porque tu voz me revela
Que sufres cual yo sufrí.
Pobre tórtola: afligida
En la tarde y la mañana,
Te escucho de mi ventana
Suspirar en el jardín.
Allí fue donde tu esposo
Al salir del caro nido,
Le vistes, ay Dios! herido
Espirar sobre un jazmín.
Y tú vienes solitaria
Á llorar tu desventura
Cual lamenta mi amargura
El amante que perdí.
Ese amante idolatrado,
Mi bien, mi amor, mi tesoro,
Que con delirio aún le adoro
Con amante frenesí.

Y la brisa perfumada
Que en torno á nosotras pasa,
De nuestra angustia sin tasa
Lleva el sentido clamor.
Que la tórtola vïuda,
Y la esposa sin esposo,
Lloran perdido el reposo
En la tumba de su amor.
Mezclemos, pues, avecilla,
Mezclemos de hoy más, amigas,
Las angustias, las fatigas
Que sufrimos á la par.
Y en la noche y la mañana
En este sitio sombrío,
Nos mire el valle y el río
Siempre unidas suspirar.

DECLARACIÓN.

Si mis lágrimas amargas
Y prolongados suspiros,
Lo que en el pecho se esconde
Á tus miradas no han dicho;
Hoy que aventura mi labio
Con frenético delirio,
Romper el triste silencio
Que impuso al amor mi sino,
Escucha, dulce trigueña,
Con rostro afable y benigno,
Cuánto mi pecho te adora,
Cuánto sufrí en no decirlo.
El encanto irresistible
De esos tus ojos divinos,

Miré por mi desventura
Tal vez con sobrado ahinco.
  Miré tu talle elegante
Tu pie pequeño y pulido,
La estrechez de tu cintura,
Tu cutis terso y bruñido.
  Y preso en las duras redes
Del ciego y maligno niño,
Perdí la calma y reposo,
De tu belleza cautivo.
  Entonces orné de flores
La puerta de tu retiro,
Canté mi amor á tu reja,
Ceñí mi lira de mirtos.
  Mas tú, sorda á mis lamentos
Muestras el pecho de risco,
Insensible á mis querellas,
Insensible á mis suspiros.
  Depón el rigor, esquiva,
Que así me maltrata impío,
Y en la copa de Citeres
Bebamos con regocijo.
  Ay! que las horas hermosas
De juventud y delirio,
Son flores que el sol marchita
Y que deshoja el ventisco.
  Y ora que el labio se atreve,
Depuesto el temor sombrío,
Á revelar el secreto
Que impuso al amor mi sino;
  Escucha, dulce trigueña,
Con rostro afable y benigno,
Cuánto mi pecho te adora,
Cuánto sufrí en no decirlo.

ILUSIONES.

Hay en la margen
De un claro río,
Un apartado
Sombroso sitio
Donde retozan
Los cefirillos
Entre el perfume
Que dan los lirios.
En tan ameno
Dulce retiro,
Pasa las siestas
El buen Salicio,
Cantando coplas
Al tiplecillo,
Bebiendo tragos
De añejo vino.
El bien supremo
De sus delirios,
La niña hermosa
Que hace su hechizo,
Á veces tierna
Á sus suspiros,
Deja en las ramas
Un canastillo
Lleno de rosas
Y de jacintos,
Como la ofrenda
De amor sencillo.
Dichoso amante!
¡Oh, cuánto envidio
Tus bellas siestas,
Tu agreste sitio!
Yo que he soñado

Cual loco niño,
Tantas florestas
En mis delirios,
Con mi trigueña
Y mis caprichos
En esos campos
Apetecidos,
¡Cuán venturoso
Fuera, tranquilo
Cantando coplas,
Bebiendo vino!....
Mas, ay! mi suerte,
Mi adverso sino,
De las ciudades
Me echó los grillos;
Y mientras lloro
Por el retiro,
Y humilde choza
Que ya he perdido,
De las ciudades
Sordo rüido
Llena la estancia
Donde me aflijo....
Aquí no cantan
Los pajarillos,
Ni hay claras fuentes,
Ni mansos ríos;
El mismo cielo
Apenas miro....
Echo de menos
El tiplecillo;
Y en vez de goces
Y regocijos,
Encuentro sólo
Pena y fastidio.

AMOR BURLADO.

¡Cuán sosegadamente
En más felices días
Gozaba, dulce Iselia,
Tu amor y tus caricias!
¡Cuán venturosas fueron
Las horas de mi vida
En el hermoso sueño
De mi ilusoria dicha!
Entonces los arroyos,
Las fuentes y avecillas,
Los bosques y las flores
Oyeron mi flautilla,
En sus melosos ecos
Cantar la infiel amiga,
Que el labio entre ternuras
Risueño bendecía.
Allí la enhiesta palma
En su corteza lisa,
Grabada por mi mano
Conserva nuestra cifra.
Aun llevan los arbustos
Las bellas florecillas,
Que en premio á mi ternura
Iselia dio á mi lira.
Todo en su sér primero
Ofrécese á mi vista....
Y todo me recuerda
Que ya finó mi dicha.
—Así en sentido canto
Cabe una fuente limpia,
Suspira el triste amante
De Iselia la perfidia.

En tanto que la noche
Ligera se avecina,
Y envuelve entre las sombras
Su pena y su cantiga.

ASTUCIAS DE AMOR.

Por el ameno valle
Sencilla una zagala
Cogiendo va risueña
Las florecillas varias,
Mientras que mansamente
Junto á la fuente clara,
Reposan los corderos
Fiados á su guarda.
La niña embebecida
Sin advertir se aparta
Del campo que su padre
Con el arado labra.
En la pueril tarea
Está tan ocupada,
Que á merced del destino
Dirige sus pisadas.
Cuando improvisamente
Advierte avergonzada
Que está en el mismo prado
Donde Damón descansa.
Damón, zagal hermoso
Que puso sus miradas
En la inocente niña
Habrá media semana.
Damón, que en su flautilla
Su nombre sólo canta,

Y le mandó un cordero
La víspera de pascua.
Damón, que siempre ha visto
Á la doncella ingrata,
Á sus amantes ruegos,
Á sus sentidas ansias.
—¿Qué busca, pues, la niña
Donde Damón descansa?
—Cogiendo va inocente
Las florecillas varias....
Que amor en su embeleso
Le forma artero trampas,
Oculto entre las flores
Que toma la zagala.

Á ISELIA.

Cuando de tus mejillas
El tinte sonrosado
Entre azucenas miran
Mis ojos extasiados;
Cuando el divino acento
Escucho de tus labios,
Y de tus ojos bellos
Advierto los encantos;
Cuando tus manos corren
El mágico teclado,
Y á su emoción divina
Resuenan los aplausos;
Absorto, conmovido,
De admiración y pasmo
El pecho se comprime,
Y en un delirio me hallo.

Olvido la existència
Que entre pesar arrastro,
Y aquí, dentro del pecho
Con la ilusión batallo.
Entonces, á mi lira
Vuelvo á tender la mano,
Y amores y esperanza
Por la belleza canto.

TIMIDEZ.

Allí bajo la ceiba
Que está junto al arroyo,
Cercada de aguinaldos
Y arbustos olorosos:
Allí donde las aves
Con canto melodioso
Detienen al viajero
Estático de asombro;
Es donde Iselia hermosa,
Por darle á Amor enojos,
Sencilla va en la siesta
En busca de reposo.
Los blandos cefirillos
Que triscan bulliciosos
Por entre los ramajes
Espesos y sombrosos,
Entre caricias juegan
Sobre sus labios rojos,
Y besan sus mejillas,
Y sus cabellos blondos.
En tanto que Dalmiro
Oculto entre los troncos,
Ni á levantar se atreve
Los conturbados ojos.

ENVIDIA DEL PASTOR.

Cuando la musa
Dice inspirada
De mi trigueña
Las bellas gracias,
En los momentos
Que al cielo esmalta
De mil colores
La luz del alba,
Los corderillos
De mi manada
Triscan gozosos
Sobre la grama,
Ríen las fuentes,
Las aves cantan,
Y hasta la brisa
Plega sus alas.
Todo es perfume,
Encanto y magia,
En estas sierras
Tan apartadas.
Sólo la hermosa
Que oprime el alma
Con los rigores
Con que me trata,
Se muestra esquiva
Á mis tonadas,
Á mis suspiros
Y ardientes ansias.
Y allá en su lecho
Aletargada,
Pierde las horas
De la mañana.

Ayer la puse
Una guirnalda
Frente á la puerta
De su morada,
Y un cabritillo,
De hermosas manchas,
Con varias cintas
Color de grana.
Ella lo vido,
Y enagenada
Lo puso luego
Sobre la falda;
Y acariciole
Con tanta gracia,
Que yo de verlo
Vertí mil lágrimas.
Á mí tan sólo,
Me dije, ingrata,
Desprecias siempre
Y me maltratas....
Y por la senda
Que va á mi estancia,
Partí afligido
De mi desgracia.

DESVARÍOS.

Si el cielo está trasparente,
Si la flor perfume exhala,
Si el céfiro tiende el ala
Y trisca por el jardín,
Hermosa, entre vagos sueños,
En la ausencia delirante,

Piensa infelice tu amante
Que mira tu rostro allí.
En humo se torna luego
Esa ilusión bendecida,
Y vuelve á quedar la vida
Marchita por el esplín,
Y son espinas las flores,
Y el cielo noche sombría,
Cuando advierto, prenda mía,
Que tú no estabas allí.
En vano la madrugada
Con su aurora y sus colores,
Cuaja de perlas las flores
Y ostenta encanto sin fin.
Que el pecho en su desvarío
No ve su pompa y belleza;
Tu amor y tu gentileza
Presume encontrar allí.
Porque el destino severo
Que persigue mi ventura,
Me anima con tal locura
Burlando tal vez de mí.
Y abatido, sin reposo,
Es mi existencia, ángel mío,
Un continuo desvarío,
Ausente, lejos de tí.
Vuelve la calma á mi pecho,
Déjame ver tu semblante
Siquiera por un instante
Aunque huyas después de mí.
Mas nó: no vengas, hermosa;
Si has de partir al momento,
Solo con mi pensamiento,
Solo, solo, he de morir.

Á UN PAJARILLO.

Tú, que armonioso entre la selva umbría,
Das, pajarillo, tu cantar amante,
Mira que es sólo el venturoso día
Sólo un instante.

Muda el acento de tu voz canora
En hondos ayes de dolor sentidos;
Y á par del triste que al mirarte llora
Da tus gemidos.

Así tu gozo y tu placer refrena,
Tú, que en un tiempo suspiraste amores,
Y en torno viste de mi sien serena
Lucir sus flores.

Ora que el hado en su rigor me oprime,
Á tí el amor te dispensó su encanto;
Tú das al viento cuando el alma gime
Plácido canto.

En torno miras de tu caro nido
Abrir las flores, murmurar el viento,
Y de ternura y de placer henchido
Vives contento.

Pero el destino en que tu suerte fía
Vendrá inclemente á deshacer su encanto,
Y á par entonces de la angustia mía
Darás tu llanto.

Pronto seremos de su injusta mano
Heridos ambos por el mismo tiro,
Tú que hora cantas de placer ufano,
Yo que suspiro.

DESPECHO.

La tirana amiga
Que cautiva el alma,
Aquélla que el labio
Entre amores canta;
La que inspira al numen
Y celebra el arpa,
Con desdén, traidora,
Mi cariño paga.
Á mi fuego ardiente
Se presenta helada,
Á mi voz esquiva,
Á mi pena ingrata.
En tormento eterno
Me consume y mata,
En continuo llanto
Y en continuas ansias.
Burlándome siempre
La paciencia falta,
Y el amante fuego
Su capricho apaga.
Romperé los lazos
Que al amor degradan,
Y daré al olvido
Su hechicera gracia.
Volverán las horas
De apacible calma,
Y mi dulce vida
Pasará ignorada.
Mi cuidado sólo
Será las majadas,
Mi mastín pujante
Compañero y guarda.

Daranme las flores
Süave fragancia,
Frescura las fuentes
En límpidas aguas.
Las aves su canto,
Su alfombra la grama,
La aurora alegría,
La tarde sus auras.
Y en medio del bosque,
Viviendo á mis anchas,
Sin pena y fatiga
Tranquilo en mi estancia;
Daré ya al olvido,
Traidora, inhumana,
La pena que al pecho
Tu amor aun le causa.

MISTERIOS DE AMOR.

Cual tórtola sentida
Que gime inconsolable
En el oculto bosque
Al declinar la tarde,
Te ví llorosa, Iselia,
Turbado tu semblante
Apenas reprimiendo
Los dolorosos ayes!
El alma, dulce amiga,
Sensible á tus pesares,
Lloró también contigo
En vez de consolarte....
¿Recuerdas, dulce Iselia,
Recuerdas ese instante?....

—Mi corazón amigo
Por tus desdichas late.
—¿Acaso poderosas
Serán á arrebatarte
La calma, las delicias,
Que un tiempo disfrutaste?
¿Ó bien en los ensueños
De un alma impresionable
El bien lloras perdido
De una ilusión errante?....
Oh! nó: de tus secretos
No intento apoderarme....
Oculta es tu amargura,
La causa, quién la sabe?
¿La luz de tus pupilas
No dicen lo bastante?
Y á qué indiscreto el labio
Habrá de importunarte?
La juventud florida
Adorna tu semblante,
Y tu alma casta y pura
Es tierna y es amante.
Las dulces ilusiones
Sobre tu frente esparcen
Las orlas misteriosas
Que adornan sus ropajes.
¿Y lloras, dulce Iselia,
Y ocupan tus instantes
Esa inquietud que al alma
Sumerge en los pesares?
¿Y á qué de tus desdichas
Tratar de consolarte?
Oculta es tu amargura,
La causa.... quién la sabe?

CANCIÓN.

Salid, ayes! sentidos.
Del corazón amante,
Dejad por un instante
El pecho reposar.
Salid, y á la hermosura
Que causa mis lamentos,
Contadle mis tormentos,
Mi angustia y afanar.
Quizás á la amargura
De vuestra voz dolida,
Benigna y conmovida,
Verá su sinrazón,
Y de sus bellos ojos
La luz pura y serena
Mitigará la pena
Que oprime el corazón.
Partid, suspiros míos,
En alas de la brisa;
Partid, decidle á Elisa
El fuego de mi amor.
Seréis los mensajeros
De la pasión constante
Que aquí en el pecho amante
Oculta mi dolor.
Mas si irritada Elisa
Os muestra sus desvíos,
Volved, suspiros míos,
Volved al corazón.
Así en la desventura
De mi desgracia impía,
No habrá quién se sonría
Mirando mi aflicción.

LETRILLA.

Si de tus ojos,
Trigueña mía,
Tú no me niegas
La luz benigna,
Poco me importa
Que el mundo diga
Cuanto le plazca
De mi manía.
Yo ciego siempre
De tanta dicha,
Sólo tu encanto
Diré en mi lira;
Sólo tu hechizo
Será mi guía,
Sin que me importe
Que el mundo diga.
¿Á las miradas
De tus pupilas,
Á tus palabras
Que miel destilan,
¿Habrá ninguno
Que se resista?
Ay! yo lo dudo,
Trigueña mía.
Y si me acusan
Y me critican
Porque en tus ojos
Hallé mi dicha;
Nó, no me niegues
Su luz divina,
Y en hora buena
Que el mundo diga.

Á ISELIA.

El mi instrumento
Dulce, sencillo,
Donde cantaba
Amor y vino:
Aquél que un tiempo
Oyó benigno
El bien que adoro,
Y es mi delirio;
Junto á la margen
Del manso río
Abandonado
Yace en olvido.
No ya en las selvas
Los pajarillos
Oyen gozosos
Sus dulces trinos.
Ni los arroyos
Tersos, tranquilos
Que corren lentos
Entre tomillos,
Mezclan sus ecos
Con el rüido
De sus cristales
Y el airecillo.
En vano intentan
Reproducirlos,
Si mi instrumento
Yace en olvido.
Cuando la luna
Con rayos tibios
Baña mi rostro
Triste y marchito,

Las soledades
De aquestos sitios,
Y el pavoroso
Silencio umbrío,
Que en torno cercan
Mi humilde asilo,
Echan de menos
El tiplecillo.
Ay! es en vano
Querer oíllo;
Pues mi trigueña
Con sus desvíos
En vez de amores
Y regocijos
Me da tormentos,
Me da martirios.
Y los instantes
Dulces, tranquilos,
Huyen turbados
Por mis suspiros.
Por eso, Iselia,
Mi tiplecillo
Abandonado
Yace en olvido.

LETRILLA.

Á mi adorada
Dulce trigueña,
La que desdeña
Mi corazón;
La que inclemente
Escucha en calma

Lo que en el alma
Padezco yo;
Vila enojada
Con su jilguero,
Que huyó ligero
De la prisión.
Llamarlo ingrato,
Desconocido,
Que la ha ofendido
Con su traición.
El avecilla
Libre en su vuelo,
Su desconsuelo
Menospreció.
Y mientras llora
La que me encanta,
El ave canta
Con dulce voz.
Yo que miraba
Su faz llorosa,
La dije:—Hermosa,
Toma lección.
Esa avecilla
Hizo á tu pecho
Lo que tú has hecho
Á mi pasión.
La tierna niña
Abochornada
Una mirada
Dulce me dio.
Y desde entonces
La que era esquiva,
Vive cautiva
Del niño Dios.

LA QUEJA DEL PASTOR.

Levántate, alma mía,
Que ya despunta el alba,
Cuajando con su lloro
De aljófares las palmas:
Levántate, que alegres
Las avecillas cantan
Y vuelan y se arrullan
En las flexibles cañas.
Levántate, que llega
Entre zafir y gualda,
Ceñida de jazmines
Risueña la mañana.
Y aquí, junto á tu puerta
Con impacientes ansias,
El corazón en vela
De quien te adora aguarda.
Deja el mullido lecho
Donde feliz descansas,
Y vuelve la alegría
Al valle con tus gracias.
Levántate, sacude
El sueño que te embarga
Y á tus divinos ojos
Roba las luces claras.
Mas, ay! que no me escuchas,
Y en tanto que te llama
Mi voz, el sol naciente
Su clara luz derrama,
Ya miro en las colinas
Las nieblas apiñadas
Formar distintos grupos
De nubecillas blancas.

Ya al son de mis canciones
Los labradores bajan
Desde la opuesta sierra
En pos de sus manadas.
Se cubren las llanuras
De flores y esmeraldas,
Y en el confín se miran
Humeantes las cabañas.
Los jóvenes alegres
Aprestan ya sus cargas,
Y el gallo vigilante
Sobre las ramas canta.
El movimiento crece
Á par que el día avanza,
Y todo es regocijo,
Animación y galas.
Yo solo, entre amargura,
Perdida la esperanza,
Suspiro aquí á la puerta
Que guarda á mi zagala.
Á la zagala esquiva
Que sin razón el alma
Con su desdén esquivo
De angustias la traspasa.
De aquélla, que la noche
De estrellas tachonada,
Ó bien entre perfumes
Alegra la mañana,
Me escucha suspirando,
Con quejas mil llamarla,
Sin que á sus labios deba
Siquiera una palabra....
¿Porqué, zagala mía,
Con tal rigor me tratas?
Ven, que á tu puerta en vela
El corazón te aguarda.

LETRILLA.

Pues que el niño alado
Me lastima así,
Duélete, zagala,
Duélete de mí.
Si cautiva el alma
Me agobió el esplín
Desde aquel momento
En que yo te ví;
Si perdí la calma,
Si lloré infeliz,
Duélete, zagala,
Duélete de mí.
De tus garzos ojos
El poder sentí,
Y en mi triste choza
Me puse á gemir,
Sin que osara el labio
Siquiera decir:
Duélete, zagala,
Duélete de mí.
La mi pena intensa
Me aniquila así,
Sin que yo la intente
Jamás combatir;
Que morir de amores
Me es dulce morir:
Duélete, zagala,
Duélete de mí.
Quizá, cuando toque
Mi existencia al fin,
Ante tu faz bella
De rosa y jazmín,

El labio espirante
Te osará decir:
Duélete, zagala,
Duélete de mí.

INOCENCIA Y AMOR.

Allí en la fresca orilla
Del arroyuelo manso
Donde la brisa mece
Doseles de aguinaldos,
Y el aura voluptuosa
El cáliz perfumado
Blanquísimo del lirio
Columpia á sus halagos;
La encantadora niña,
La de los ojos garzos,
La de la tez de rosas
Y cuello de alabastro;
Por vez primera vide
Entre dolor vagando
Con expresión sentida
Bañar el rostro en llanto.
Allí, en mejores días,
Que por su mal pasaron,
En la apacible tarde
La vio risueña el campo,
De sus gayadas flores
Tejer con diestra mano,
Guirnaldas que en su frente
Las Gracias envidiaron....
Ora la tez marchita
Y sin color los labios,

Sin rosas las mejillas,
Y el pecho sin descanso;
   En esos mismos sitios
Donde triunfó su encanto,
Quejosa y abatida
Se encuentra suspirando.
   Que amor, travieso niño,
Hirió su pecho cándido
Con un harpón de fuego,
Oculto entre unos nardos.

LETRILLA.

   Turbada la lengua
Después que te ví,
El mal que me aqueja
No acierto á decir.
   Un tiempo, inocente!
En juego pueril
Sin penas gozaba
Mil dichas sin fin.
Mas, ay! que tus cartas
Amantes leí,
Y el mal que me aqueja
No acierto á decir.
   La tarde, la aurora,
El aura sutil,
Perdieron su encanto
Después que te ví.
Me riñe mi madre
Mirándome así,
Y el mal que me aqueja
No acierto á decir.

En duelo continuo
Llorosa, ay de mí!
Mis años floridos
Marchita el esplín.
No tiene remedio
Mi suerte infeliz,
Y el mal que me aqueja
No acierto á decir.
Mi pecho se abrasa,
Lo siento latir,
Si acaso tus ojos
Se fijan en mí.
Mi frente turbada
Se baña en carmín,
Y el mal que me aqueja
No acierto á decir.
¿Porqué te alejaste
De aquesta infeliz,
Que en vano un remedio
Te viene á pedir?
No burles mi llanto,
Que voy á morir;
Y el mal que me aqueja
No acierto á decir.

Á ISELIA.

El que por dicha pasa,
Iselia, dulce vida
Bajo el pajizo techo
De la cabaña amiga;
Y siente allá en el alma
La paz que en vano ansía,

El prócer opulento
Que alcázares habita,
Oh! ¡cuánto, cuánto es digno
De admiración, de envidia,
Por los que el alma sienten
Desencantada y fría!
En medio de la pompa
Que espléndida alucina,
El corazón enfermo
Divaga entre armonía.
Él busca alguna cosa
Que falta á su delicia,
Y en vano en la opulencia
Hallarla solicita.
Los títulos, honores,
El oro con su estima,
Le cansan y le abruman,
Y al cabo le fastidian.
Demándales consuelo,
Y en vez de medicina
Apura su ponzoña
Que bálsamo imagina.
—¿Adónde está la calma?
Dónde la paz? ¿Do habita
Esa verdad que el alma
Á comprender no atina?
¿Y acaso las riquezas
Con farsas, con intrigas
Podrán hacer dichosas
Las horas de la vida?
Nó, Iselia: á los mortales
Que así se descarrían,
Entre falaces goces
Les hiere dura espina.
En este triste valle
De penas y desdichas,

La calma y el reposo
Si es dable que subsistan,
   Están tan sólo, Iselia,
Temiendo á la perfidia,
En el oculto asilo
De dulce medianía,
   Teniendo por apoyo
Una conciencia limpia,
La religión por base,
Y la virtud por guía.

LA ESPOSA DEL PESCADOR.

   Ya llega la noche triste
Con sus sombras enlutadas;
El viento arrecia, y la lluvia
Á torrentes se desata.
Los horizontes se cubren
De mil nubes apiñadas:
Y no llega mi barquero,
Y se acerca la borrasca.
   Los relámpagos se cruzan,
La mar sórdida rebrama,
Chocan sus ondas furiosas
Y revientan en las playas.
Las pavorosas tinieblas
En torno á mí se derraman;
Y no llega mi barquero,
Y se acerca la borrasca.
   ¿Dónde estás, mi bien querido?
¿Dónde estás, prenda del alma,
Que no escuchas á tu esposa
Que entre suspiros te llama?

Ay! la mar es espantosa,
Con mil muertes amenaza....
Y no llega mi barquero,
Y se acerca la borrasca.
Oh, cielo! tú que me escuchas
Y ves derramar mis lágrimas,
Detén siquiera un instante
La cólera que te ensaña;
Que estoy sola, sin apoyo,
En la playa abandonada,
Y no llega mi barquero,
Y se acerca la borrasca.
Pobre mujer afligida,
Del mundo entero olvidada,
La noche con sus tinieblas
Llena de terror el alma.
Todo de espanto me hiela,
Todo de pavor me embarga,
Y no llega mi barquero,
Y se acerca la borrasca.
Mas, qué miro! Santos Cielos!
Una vela se adelanta!
Es él!... es él!... Los destinos
Su hermosa existencia salvan.
Oh, santo Dios! te bendigo!
Está ya en mis brazos... gracias!
Y pues llega mi barquero,
Que brame ya la borrasca.

ROMPIMIENTO.

¿Quién al mirar tu semblante
Y hermosura, no creyera
Que bajo un pecho divino
Se albergaba la inocencia?

Pero si mienten tus ojos
Y tus palabras arteras,
Y es falsa la compostura
De tu fingida modestia;
¿Porqué el cielo entre sus dones
Te dio esa faz placentera,
Esa sonrisa de virgen,
Y esos ojos de gacela?
Ay! yo apuré su ternura
Víctima de la apariencia,
Y en un abismo, insensato!
Me sumieron mis quimeras!
Mas al fin tu misma mano
Ha desgarrado la venda
Que ocultaba á mis miradas
Tantas manchas que te afean.
Tú misma, el traidor encanto
Deshiciste la primera,
Abriendo con tus perfidias
Al desengaño las puertas.
Tú misma de mi extravío
Hiciste torcer la senda,
Y á la razón me llamaste
Que desechó mi imprudencia;
Y corrido y afrentado,
Ora el alma se avergüenza,
Del culto que ante tus aras
Ofreció con tal demencia.
Y rotos los torpes lazos
En que un tiempo gimió presa,
Cuanto te amó en su delirio,
Hoy en su horror te detesta.

LETRILLA.

Cuando amor de rosas
Me ciñó la sien,
Y en dulce delirio
Me puse á tus pies;
Cuando era yo niño
Y empecé á querer,
Que fuera la dicha
Durable pensé.
Mas, ay! que son humo
Las horas del bien!
La pérfida amiga
Que un tiempo adoré
Rendido al influjo
De oculto poder,
Me mostró la dicha
Con doble interés,
Velada en su rostro
De rosa y clavel.
Mas, ay! que son humo
Las horas del bien!
De amor y ternura
La copa apuré,
Sintiendo en divino
Trocado mi sér.
La vida fue entonces
Fragante vergel,
Cubierto de flores
Que hollaban mis pies.
Mas, ay! que son humo
Las horas del bien!
Mi dulce ternura,
Mi encanto, qué fue?

Delirios de un sueño
Que huyeron con él.
La pérfida! y lloro?
¿Y lloro una infiel?
Mi dicha es perdida;
Mi dicha se fué!
Mas, ay! ¿no son humo
Las horas del bien?
   Llorar es mi suerte,
Llorar lo que fue,
Y en tristes memorias
Pasar la vejez.
Y si es dable acaso
Consuelo tener,
Á tanta perfidia
Llorando diré:
Mas, ay! ¿no son humo
Las horas del bien?

Á UNA AVE.

   No más con plácido canto
Interrumpas, avecilla,
El misterioso silencio
Que envuelve la noche amiga.
   Deja que al alma cansada
Descienda la paz tranquila,
Que marcha en pos de sus sombras
De adormideras ceñida.
   Esa tu voz querellosa,
Esa tu dulce armonía,
Alejan el blando sueño
De mis nubladas pupilas;

Porque refrescan al alma
Memorias que en otros días
Arrullaron mi existencia
Con plácidas alegrías.
Y ora, infelice! tan sólo
Cual punzadoras espinas,
Al renovarlas, el pecho
Con doble crueldad lastiman.
En las horas de inocencia
Cuando el amor y las risas
Coronados de ilusiones
Mis ensueños precedían;
¡Cuánto, cuánto se extasiaba
El alma y se embebecía
Oyendo el canto armonioso
Que entonabas, avecilla!
Era feliz, y tu canto
Aumentaba en mí la dicha,
Que hoy el destino azaroso
Convierte en amargo acíbar.
Y en congojoso cuidado
Á par que das tus cantigas,
Con lágrimas y suspiros
Mi acerbo pesar se explica.
Detén, pues, tu dulce canto,
Y no turbes, avecilla,
El misterioso silencio
Que las tinieblas me brindan.
Porque tu voz armoniosa
Que al dulce placer convida,
Renovando mis pesares
Me causa dolor y envidia.

Á ISELIA.

¿Adónde, ay Dios! te lleva
Ese dolor sombrío,
Que de tu rostro, Iselia,
Anubla los hechizos?
¿Porqué en sus verdes años
El corazón marchito
Del desencanto horrible
Ya toca al precipicio?
¿Acaso, hermosa mía,
El resplandor divino
Faltó de la esperanza
Á tu fatal destino?
Oh! nunca, pobre joven,
Fomentes tal delirio,
Que al corazón enferma
Y arrastra hacia un abismo.
Sembrado está de flores
Tu próspero camino;
Y el mundo entre esperanzas
Te ofrece grato asilo.
No cierres á sus voces
Ingrata los oídos,
Y en ellas las quimeras
Oirás de tu capricho.
Entonces la ventura
Vendrá á ocupar el sitio
Que en la turbada mente
Ocupan los delirios,
Gozando de la calma
Con recto raciocinio,
Tu corazón tan joven
Que aun no ha dañado el vicio.

EL AMOR.

¿Porqué de mis ojos
Ocultas, trigueña,
El mal que te agovia,
Con tanta reserva?
Tus labios marchitos,
Tu tez de azucenas,
¿No dicen tus ansias,
Tus cuitas secretas?
O, sí! los amores
En darte se empeñan,
En vez de delicias
Fastidio y tristeza.
Ayer eras, niña
Festiva y risueña,
La gloria de todos,
La flor de la aldea.
Mas, ay! que en tu pecho
De amor la saeta,
Te roba la dicha
Que un tiempo tuvieras.
En tanto, en sus aras
Incauta le quemas
Temblando perfumes
Al Dios que te apremia.
¿Porqué á sus caprichos
Así te sujetas,
Y al yugo insufrible
El cuello presentas?
Evita sus tiros,
Sus mañas desprecia,
Y vuelvan las risas,
Los bailes y fiestas

Á ser tu embeleso,
Á ornar tu existencia
Á darte alegría,
Á darte belleza,
Volviendo tus gracias,
Divina trigueña,
La gloria á estos campos,
Su flor á la aldea.

Á MI LIRA.

O, tú, que en mis verdes años,
Dulce, armonïosa lira,
Arrullaste mis ensueños
Con tu plácida armonía;
Tú, que en las cuerdas sonantes
Dijiste mis alegrías
En armónicos cantares
Que oyó el bien del alma mía.
Dónde estás? Abandonada
Mustios mis ojos te miran,
Secas las cándidas flores
Que en torno de tí crecían.
Mudos están los palmares,
Mudas las fuentes y brisas,
Mudos los piços arpados
De las dulces avecillas.
La tristeza y desencanto
Robaron tus armonías,
Pobre instrumento de amores,
Flor agostada y marchita!
Dónde están las ilusiones
Brillantes que en otros días

Inspiraban tus cantares
De dulce melancolía?
¿Dónde las tardes rosadas
Y las auroras tranquilas,
Que tus sentidos acentos
Saludaban, dulce lira!
¿Dónde de Iselia amorosa
La inspiradora sonrisa,
La languidez de sus ojos,
El carmín de sus mejillas?
Dónde están? Mi desventura
Con influencia maligna,
En desconsuelo ha trocado
Tanta ilusión, tanta dicha.
Ora, infelice! en el alma
Me hiere punzante espina,
Y los suspiros y el llanto
Sucedieron á las risas.
Pasaron las ilusiones
Que creó la fantasía,
Y sin alientos mis labios
Enmudecistes, oh, lira!

EN LA MAÑANA.

Hermosa amada mía,
No así de la mañana
Te robe los hechizos
El sueño entre sus alas.
Imagen de la muerte
Tus potencias embarga,
En tanto que Natura
Rïente se engalana.

Despierta: que ya luce
Sobre el oriente el alba
Y de los montes dora
Las crestas elevadas.
Despierta: que en las selvas
Las avecillas cantan
Á par de la armonía
De las corrientes aguas.
Ven á inspirar la esencia
Tan saludable y grata,
Con que la flor del campo
Aromatiza el aura.
Al pie de la colina,
Sentados en la grama
Veremos á lo lejos
Salir de las cabañas
Á paso perezoso
Las enseñadas vacas
Que á la ciudad vecina
Inteligentes marchan.
Veremos en las cercas
Cuán bellos se entrelazan
Del aguinaldo hermoso
Las florecillas blancas.
Y allá sobre los montes
Las nieblas condensadas
Ceder en remolinos
Su puesto á la mañana.
Oh! cuánto, cuánto es bello
Gozar en la alborada
Las dulces ilusiones
Con que delira el alma!
Despierta, pues, hermosa,
Ven, que no es bella el alba
Si de tus pardos ojos
La luz divina falta.

ANACREÓNTICA.

No de la gloria ansiosa
La humilde lira mía
En los cansados años
Entona sus cantigas;
Pues ya por la experiencia
Que dan los muchos días,
La gloria es un fantasma
Á mi ambición dormida.
¿Qué valen los aplausos
Que el mundo me daría,
Si en la trompa de Marte
Cantara sus conquistas?
¿Qué valen sus laureles
Si pronto se marchitan
Al soplo del orgullo
Y aliento de la envidia?
En hora buena canten
Los héroes en sus rimas
Los que en su pecho sientan
La belicosa chispa;
Saluden los pilotos
Que en ignorados climas.
Hallaron nuevos pueblos,
Fundaron nuevas villas.
Encomien los laureles
De Aquiles ó de Aníbal,
Ó las guerras sangrientas
Que vio la Palestina.
El horrísono estruendo
De las batallas diga,
Preconice la muerte,
La destrucción y ruina.

Con sus heroicos cantos
Logre obtener estima,
Y el carro de Belona
En su entusiasmo siga.
Que yo en la humilde choza
Tañendo mi flautilla,
Entre risas y flores
Acabaré mis días.
Me place en la mañana
Con mi bella Dorila
De la alfombra del prado
Coger las florecillas,
O bien de algún arroyo
Que resbala entre guijas,
Contemplar la corriente
De su argentada linfa;
Y luego que descanso
Me pide la fatiga,
Me place en mis tonadas
Cantar cosas sencillas.
Me place en blando verso
Pintar cómo la brisa
Retoza entre las flores
Que adornan las colinas.
Pintar á las palomas
Que en Mayo nos visitan,
Sus sentidos arrullos,
Sus amantes caricias.
Cantar me place el campo,
La agreste florecilla,
Las brisas de la tarde,
El alba purpurina,
Los encantos de Iselia,
El amor que me inspira,
La virtud sacrosanta,
Y la paz de la vida.

Estos objetos solos
Me ofrecen poesía
Y me llenan la mente
De encantos y delicias.
Á la Historia delego
Los héroes y conquistas,
Á la lira y al canto
La ilusión más florida.
Si me engaña la mente,
Me agrada su mentira,
Y al laurel yo prefiero
Los mirtos y la oliva.

CANTO DEL TROVADOR.

Por bien de mi vida miré tus encantos,
Tu cutis de rosa, tu talle gentil;
El arpa de amores te dio dulces cantos,
Ciñendo á tu frente las rosas de Abril.
Tu nombre divino lo oyó la espesura;
En trovas sentidas del dulce laúd:
Dijeron sus ecos tu mucha hermosura,
Tu amor, tu inocencia, tu casta virtud.
Las fuentes miraron tu rostro extasiante,
La luz de tus ojos volvió su cristal,
La tinta del alba bañó tu semblante
Llenando tus trenzas de aroma el terral.
Á tanta belleza perdida la calma
Con tímido labio te dije mi ardor;
—Tu imagen grabada la tengo en el alma,
Y siento en mi pecho la herida de amor...
Oh! dele tu labio con voz condolida
La calma al torrente de un pecho infeliz,
Y torna risueña la faz de mi vida,
Que el hado presenta con triste cariz.

LETRILLA.

Tiende sus sombras
La noche oscura;
Queda Natura
En la oscuridad.
Todo es silencio,
Todo reposo,
Y yo no gozo
Tranquilidad.
En mi retiro,
Solo, apartado,
Vela el cuidado
En mi razón.
Que ausente y triste
Del bien querido
Se siente herido
Mi corazón.
En vano intenta
La noche umbría
Al alma mía
Mandar quietud.
Entre sus sombras
Y augusta calma,
Quejas del alma
Vierte el laúd.
Como en las sombras,
Ve el claro día
De mi agonía
La intensidad.
Siempre fluctuando
En mis anhelos!....
Oh, Santos Cielos!
Piedad, piedad!....

ADIÓS DEL ENAMORADO.

Si á tu amante
Quiso el hado
De tu lado
Separar,
Mi cariño
Tierno y puro,
En mi pecho yo te juro
Para siempre conservar.
Triste y solo
En la ausencia
Mi existencia
Pasaré.
Mas tu imagen
Bendecida,
En el alma yo esculpida
Para siempre la tendré.
El recuerdo
De mi dicha
La desdicha
Calmará,
Y gozando
Su memoria
La ventura, aunque ilusoria,
Un consuelo me dará.
Joven bella,
Yo te adoro,
Y un tesoro
Tengo en tí.
Si la suerte
Nos separa,
En mi llanto se repara
Todo el bien que yo perdí.

Ay! no olvides
Mi tormento
Al momento
De partir....
Que recuerdas
Mi ternura,
Al que mire mi amargura
Pueda, hermosa, yo decir.

LETRILLA.

Oh! tú, más bella
Que el alba pura,
Cuando fulgura
Entre arrebol!
Casta doncella,
Cuyos ojuelos
Desde los cielos
Envidia el sol.
Yo te he mirado
Con harto empeño,
Sin ser ya dueño
De mi razón.
Bien lo he pagado
Por mi desdicha!....
Perdí la dicha
Y el corazón.
Perdí el reposo,
La blanda calma,
Teniendo el alma
Sin libertad.
Hoy caviloso
Me encuentra el día,

Con la agonía
De la ansiedad.
Ya no me place
Pulsar la lira,
Sólo me inspira
Tu almo primor.
Nada complace
Mi triste estado;
Sólo tu agrado,
Sólo tu amor.
Vuélveme, hermosa,
Mi dulce calma,
Vuélvele al alma
La libertad.
Y si enojosa
Te es mi demanda,
¿Porqué eres blanda
Á mi amistad?

FUEGOS DE AMOR.

Libre vuela en el confín
Del campo entre verdes galas,
Batiendo ligeras alas,
Inocente el tomeguín:
De goces cansado al fin
La ligereza mitiga,
Y al procurar su fatiga
Un descanso en la arboleda,
Advierte triste se queda
Prendido en la oculta liga.
De la llama en derredor
La mariposa se mece,

Porque la luz la embellece,
Y vida le da el calor.
Inocente! el resplandor
Con dulces delirios ama;
Y cuando tierna se inflama
Por el bien de su deseo,
Se acerca entre devaneo
Y muere en la ardiente llama.
   Ave fui que incautamente
En los vergeles de amor,
Vagaba de flor en flor,
Libre, feliz, inocente.
Fui mariposa imprudente,
Que sigue su instinto ciego,
Y al hallarme sin sosiego
En la amorosa fatiga,
Quedé prendido en su liga,
Quedé abrasado en su fuego.
   Amor con astucia extraña
Jugando nos precipita,
Y la inocencia que incita
Es la perfidia que engaña.
Mira el ave en la campaña
Sólo perfumes y flor;
La mariposa calor
En la luz artificiosa,
Y el ave y la mariposa
Son víctimas del amor.

Á UNA FLOR.

   Ve, florecilla, y adorna
La cabellera divina
De la joven inocente
Con que mi pecho delira.

Deja el lugar solitario
Donde mis ojos te miran,
Oculta entre las malezas,
Cercada de las espinas.
Abandona, flor hermosa,
Esta ignorada guarida,
Y en los cabellos dorados
Ve á ostentarte de mi niña.
Deja esta mansión ingrata.
Párte á la cercana villa,
Donde te espera el cariño
De una beldad peregrina.
Allí su halago amoroso
Hará eterna tu delicia,
Y entre sus blandos cabellos
Serás de todas envidia.
Ven á mis manos, no temas
Que yo de mi fe prescinda,
Y te llame, flor silvestre,
Con detestable perfidia.
Mi objeto es, flor solitaria,
Que tú, que mis ansias miras,
Tú, que oíste mis suspiros
Y presenciaste mis cuitas,
Seas la dulce mensajera
De tal copia de desdichas,
Y al bien que causa mis males
Se las reveles sencilla.
Quizá entonces apiadada
Del triste que así suspira,
Cambie mi vida de males
En torrente de delicias.
Ve, flor hermosa, no temas,
Que es inocente mi niña,
Y acogerá tu mensaje
Y á mí me dará la vida.

LETRILLA.

Cuando la aurora
Tiende su velo,
Tiñendo el cielo
De carmesí,
Entre la angustia
De mi destino,
Ángel divino,
Yo pienso en tí.
Y cuando el astro
Que al mundo dora,
Ya se enseñora
Sobre el cenit;
Á los fulgores
De su alma lumbre,
Con pesadumbre
Yo pienso en tí.
Si el astro hermoso
Con lento paso,
Hasta el ocaso
Llegarse vi;
En ese instante
De augusta calma,
Prenda del alma,
Yo pienso en tí.
Cuando las sombras
Entre beleño,
Desliza el sueño
Ya sobre mí;
En el reposo
Que da á mi vida,
Prenda querida,
Yo pienso en tí.

La aurora bella,
El medio día,
La noche umbría,
Me hallan, en fin,
Siempre ocupado
Con tu memoria,
Porque es mi gloria
Pensar en tí.

SÚPLICA.

Déjame, hermosa, en mi ilusión mentida,
Soñar el bien que el corazón desea;
Déjame, hermosa, embellecer la vida
Con darte adoración.
No el desencanto de mis sueños sea
Quien dé la luz á mi infeliz razón:
Si vida es el amor, ámame, y vea
Cumplida mi ilusión.
Feliz entonces te amaré rendido,
Oh! ángel de mi amor, constante y tierno,
Del cielo al mundo para amar venido,
Velado en juventud.
Será mi dicha nuestro amor eterno,
Afianzando la paz y la virtud
En el recinto del hogar paterno,
Tu amor y mi laúd.
Verás de gozo palpitar mi pecho,
Oirás la voz de mi canción melosa,
Y aquí á la sombra del pajizo techo
Respirarás amor.
Y tu vida tranquila y deliciosa
Correrá dulce sin probar dolor,
Como límpida fuente que amorosa
Resbala sin rumor.

ROMPIMIENTO.

LA AMADA.

Porqué con cruda violencia
Me trata tu amor así?
Porqué tanta indiferencia?
Acaso yo te ofendí?
Ay de mí!
Si recelas de mi fe,
Dadme la muerte, Señor!....

EL AMANTE.

Ingrata, yo te olvidé
Cuando olvidaste mi amor.

LA AMADA.

Olvidarle, cielo santo!
Faltar á mi fe sencilla!...
Responda por mí este llanto
Que corre por mi mejilla...
Tal mancilla
Yo nunca la sufriré.
Podéis dudar de mi honor?

EL AMANTE.

Ingrata, yo te olvidé
Cuando olvidaste mi amor.

LA AMADA.

Maldición! Tal terquedad
No arguye un criterio sabio:
Aunque mujer, la verdad
Sólo pronuncia mi labio.
Fiero agravio!
Tu pecho el pérfido fue!....
Mira la prueba, traidor!

EL AMANTE.

Yo? Nunca vendí mi fe....
Es ilusión.... un error....

LA AMADA.

¿Y es tu labio desleal
Quien pronuncia tal protesta?
¿La sortija de un rival
No lleva tu mano puesta?
¿Qué respuesta
De tu boca escucharé
Que me saque de mi error?....

EL AMANTE.

Perdona.... Yo te falté!....
Es verdad... yo fuí el traidor!

LA AMADA.

Ingrato! tu alevosía
Llevó al colmo su arrogancia:
Tu amor infiel me ofendía,
Y culpabas mi constancia....
Tu inconstancia
Al cabo patente fue....!
Yo te aborrezco, traidor

EL AMANTE.

Hermosa, si te falté....

LA AMADA.

No eres digno de mi amor.

UNA MEMORIA.

Esa memoria sencilla
Que conservas, ángel mío,
Cual una prenda inocente
Que te acuerda mi cariño;

Esa ternura inefable
Con que tus labios divinos
Me dijeron amorosos
Que la guardas con ahinco;

Hermosa, á mis desventuras
Le dan dulcísimo alivio;
Y el corazón ensanchado
Siente un no sé qué divino.

Hermosa entre las hermosas!
Tu candor casto y sencillo
Es la realidad perfecta
De mis sueños y delirios.

Oh! si pudiera mi lira
Pintar en sus dulces trinos
La ternura inexplicable
Que siento en el pecho mío!

Entonces sus dulces tonos
Levantándose al empíreo,
Fueran dechado sublime
De los amores más finos....

Mas, qué pronuncian mis labios?...
Qué es lo que insensato digo?...
Mi corazón está enfermo....
Perdona sus extravíos.

—Así á la margen agreste
Del Yumurí cristalino
En una noche de Mayo
Cantaba triste Narciso,

Mientras que hermosa la luna
Con melancólico brillo,
Bañaba su rostro mustio
Por los pesares marchito.

Á MI LIRA.

Dulce embeleso de mi amor un día,
Único alivio á mis continuas penas,
Tú, que aliviaste mi congoja y llanto,
Plácida lira:

Ven, y tus cuerdas de armonioso acento
Den á los vientos mis secretos males,
Y á tus preludios, consolado el pecho
Vuelva á la calma.

No más tu ausencia, melodiosa lira,
Robe á las auras los melosos ecos
Que en otros tiempos de mayor ventura
Dabas acorde.

Oigan las fuentes cristalinas puras
Las quejas tristes que en el alma abrigo,
Y en sus cristales á mi dulce amiga
Llévenlas presto.

Quizás oyendo tu cadencia hermosa,
Benigno acoja el despreciado ruego,
Y dé á la frente del dichoso amante,
Mirtos y rosas.

Entonces siempre en delicados tonos
Amor tan sólo cantarás, mi lira,
Y tus sonidos llevarán los ecos
Hasta su estancia.

Pero entre tanto que mi cruel hermosa
Blanda se muestre á mi tormento triste,
Ven, lira mía, y en dolientes ayes
Llora mis cuitas.

LETRILLA.

Mientras que el ave
En la enramada
Á la alborada
Canta su amor,
En abandono
Yo en mi retiro
Triste suspiro
Mi sinsabor.
Ay! ¡cómo es triste
Sentir el alma,
Sin paz, sin calma,
Sin libertad!....
Y ver que pasa
La triste vida
Siempre sumida
En la ansiedad!
¿Porqué has turbado,
Hombre alevoso,
Ay! el reposo
Del corazón?
¿Porqué me olvidas
Ingrato amante?
¿No fue bastante
Mi adoración?
Mi tierno pecho
Te amó rendido:
Tú con olvido
Pagas mi amor,
Dándome en pago
De mi ternura
Sólo amargura,
Pena y dolor.

Mas sin embargo
Que me has faltado,
Yo no he triunfado
De mi pasión.
Y hasta la tumba
Que cerca miro,
Irás, Dalmiro,
En mi corazón

EN UN ÁLBUM.

¡Oh, cuán hermosa, idolatrada amiga,
Es la mirada de tus ojos bellos!
Por burlarse el amor de mi fatiga
Puso el hechizo que idolatro en ellos.
Cual perfumada brisa
Que los campos de Cuba refrigera,
Es de tu boca cándida, hechicera,
La plácida sonrisa.
Tu airoso, esbelto talle
Que en divina impresión arroba el alma,
Seméjase á la palma
Que el aura mece en el fecundo valle.
Tus mejillas de lirios
Entrelazados de purpúreas rosas,
Aumentan mis delirios
Despertando la envidia en las hermosas.
Tu garganta torneada
Que al jazmín rivaliza en la blancura,
Tu divina cintura,
Tu frente al fin, y tu candor, mi amada,
Causan mi dulce encanto,
Causan el fuego que mi pecho inspira,
Causan la voz de la armoniosa lira,
Mi eterna dicha y mi continuo canto.

EL NAUFRAGIO.

Combate el Noto
La navecilla
Que de la orilla
Distante está.
El cielo oculta
Su azul sereno:
Ruge sin freno
La tempestad.
Oh! ¡cuán remota
La tierra se halla!
¿Porqué la playa
Quiso dejar?
Pobre barquero,
Vuelve la prora,
Y á quien te adora
No hagas penar.
Vuelve, que aguarda
Tu tierna esposa,
Mustia, llorosa,
Tu salvación.
Mas, ay! en vano
Son ya sus quejas,
Pues tú te alejas
Sin compasión.
Y el mar se agita,
Y ruge el viento....
El firmamento
Se oscureció.
La débil barca
Se agita, cruge....
Y al fiero empuje
Despareció.

ADIÓS.

Plácida noche,
Clara y brillante,
Lleva á mi amante
Mi triste voz.
Lleva mi queja,
Mi despedida,
Mi voz sentida,
Mi último adiós.
Cuando aparezca
En el oriente
Resplandeciente
El almo sol,
Ya mi existencia
Habrá cesado,
Y mi cuidado
Y mi dolor.
Ay! no pensara
Que el inconstante
Pérfido amante
Me hiciera tal.
Yo que amorosa
Lo idolatraba....
¿Porqué me daba
Una rival?....
Pérfidos hombres!
Crueles, arteros
Sois.... embusteros
En el querer.
Tomad ejemplo
De la firmeza
En la flaqueza
De una mujer.

Mírame, oh noche!
Bañada en llanto,
Entre tu manto
Pronta á morir.
La angustia extrema
De aqueste instante,
Al cruel amante
Vele á decir.
Ser siempre suya
Juró mi acento:
Mi juramento
Debe creer.
Por eso muero
Con entereza.
¡Ved la flaqueza
De la mujer!....

A MI AMADA AUSENTE.

Ya el aura mansamente
Se mece entre las flores;
Bañada en resplandores
Su frente muestra el sol.
Corónase el oriente
De un pabellón de grana,
Y llega la mañana
Teñida de arrebol.
Naturaleza entera
Despierta de su sueño,
Y todo más risueño
Se ofrece al despertar.
El bosque y la pradera
Convidan con su encanto,

El ave con su canto,
Con su ternura el mar.
En tan hermoso instante
Es plácido y divino
Salirse sin destino
El campo á recorrer.
La nueva luz brillante,
El cuadro tan variado,
El aire perfumado,
Nos llenan de placer.
Y es grato en el retiro
Donde el silencio inspira,
Ensayar en la lira
Dulcísima canción.
Ó bien algún suspiro
Dejar que lleve el viento,
Á aquélla que en tormento
Nos tiene el corazón.
Pero si el hado esquivo
Con bárbara violencia,
En prolongada ausencia
Nos tiene nuestro amor;
Entonce el atractivo
Del alba y su hermosura
Conviértese en tristura,
Tormento y sinsabor.
Que en el objeto amado
Se cifra la alegría;
Sin su presencia el día
Es triste oscuridad.
Ausente de su lado
El orbe está desierto,
Y todo es desconcierto,
Tortura y ansiedad.

LETRILLA.

Si el alma te adora
Con loca pasión,
Cesa, mi señora,
Cesa en tu rigor.
Cuando el avecilla
Con mélica voz,
La vuelta saluda
Del ardiente sol,
Y en trinos hermosos
Publica su amor,
Entonces, ay triste!
Con su canto yo
Repito en mis quejas
Mi eterna canción!
—Cesa, mi señora,
Cesa en tu rigor.
Las brisas ligeras
Que mecen la flor,
La voz de los ecos
Que imitan mi voz,
La pena que oculta
Mi pecho abrigó,
Y el mismo latido
Que da el corazón,
Parecen decirte
Con triste canción:
—Cesa, mi señora,
Cesa en tu rigor.
Mas, ah! tú desprecias
Mi eterno dolor,
Y al ay! no respondes
Que el pecho lanzó.

En vano es la queja!
La suerte feroz
Me acosa, me oprime,
Con crudo rigor....
Qué hacer? Qué decirte?
Mi eterna canción:
—Cesa, mi señora,
Cesa en tu rigor.
La muerte benigna
Con paso veloz,
Se acerca apiadada
De tanta aflicción.
Y yo la bendigo,
Porque es un favor
Al triste que gime
Prestar su crespón....
Se acerca, y te digo
Al darte mi adiós:
—Cesa, mi señora,
Cesa en tu rigor.

LETRILLA.

Si no has de apiadarte
Zagala, de mí,
Déjame que llore
Mi suerte infeliz.
La tu gracia bella
Entre hermosas mil,
Cual divina rosa
Que ostenta un jardín,
Triunfante, hechicera,
Extasiado vi

Ligera en la danza
Cual un colibrí....
Mas, ay! que al mirarte
Comencé á decir:
—Déjame que llore
Mi suerte infeliz.
Porque en tu semblante
Y talle gentil,
Á par del encanto
También advertí
Rigores, zagala,
Que mi suerte al fin
De eterna amargura
Habrán de cubrir;
Por eso, zagala,
Me puse á decir:
—Déjame que llore
Mi suerte infeliz.
Si acaso mi queja
Llegase hasta tí,
Y el ay! de mi angustia
Quisieres oír;
Tal vez apiadada,
Mirándome así,
Mitigues, hermosa,
Tan triste sufrir;
Pero si no tienes
Piedad ya de mí,
Déjame que llore
Mi suerte infeliz.
Acaso la muerte
Pondrá pronto fin
Á tanto infortunio,
Á tanto sufrir.
Mas mientras se llega

Piadosa hasta mí,
Y acaba en mi pecho
De amores la lid,
Permite decirte,
Pues voy á morir:
—Déjame que llore
Mi suerte infeliz.

Á MI AMADA.

Si acaso pueden las penas
Dar con secretos enojos,
El llanto, niña, á tus ojos
Y á tus rosas azucenas;
Las horas dulces, serenas,
Que huyeron por un instante,
Tornarán al pecho amante
Tal vez con una mirada.
Como la calma deseada
Vuelve el alba al navegante.
Yo vi turbado, una flor
De Julio en la siesta ardiente,
Doblar lánguida la frente
Marchita por el calor:
Sin perfume, sin color,
Muriendo la vi á deshora;
Mas la noche bienhechora
Entre sombras y sosiego,
Logró con su blando riego
Mostrarla viva á la aurora.
Tú eres la flor que marchita
Amor con su fuego extraño,
Conspirándose en tu daño

La esperanza que te quita.
Tu tierno pecho se agita,
Y así lloras, ángel mío,
Mas es tu lloro el rocío
Del alba, que á tu mejilla
Vuelve el encanto que humilla
El pecho y el albedrío.
A consolarte salí
En tu pena, y vuelvo herido
De un dolor desconocido
Que nunca jamás sentí.
Punzante le siento aquí,
Bárbaro, crüel, opresor....
Afirman que no es dolor
Esta emoción que me daña,
Y que la mente se engaña,
Pues lo que siento es amor.
Ay! es cierto, ángel de amores,
Soñada esperanza mía,
Á mi pecho la alegría
Devuelve con tus favores.
Así le darán las flores
Con su purpúreo color,
Á tu rostro seductor
Nuevo encanto y atractivo....
Así me verás cautivo
En las prisiones de amor.

CONTRADICCIÓN.

No me mires, zagaleja,
Que eres infiel por demás:
Infiel eres como bella,
Y es temible tu mirar.

No me mires, por Dios, niña,
No me mires, por piedad,
Así, con esa mirada
Temible para un zagal.
En un tiempo, torpe engaño!
Creyó mi simplicidad
Que ser pérfida y hermosa
Era un delirio, y no más.
Pero, triste! ya contemplo
Que es la hermosura falaz
Como el abismo que encubre
Terso manto de cristal.
—Así celoso y sentido
Damón se empezó á quejar
Del bien que en el alma adora
Y acusa con tal crueldad.

Y la niña
Candorosa,
Pudorosa,
Se turbó.
Y del llanto
Tristemente,
La corriente
Deslizó....
Á su lloro
Delirante
El amante,
Con dolor,
De esta suerte
Dice ansioso,
Temeroso,
Su pasión.

—Mírame, hermosa zagala,
Mírame, sí, por piedad,
Que la vida es tu mirada

Para el pecho de un zagal.
En tus ojos de paloma
No cabe, nó, falsedad....
Mírame, niña hechicera,
Mira, mira á tu zagal.
Perdóname, que mi queja
Fue un delirio irracional;
Y son, niña, tus miradas
Mi amor, mi felicidad.

LA CORONA DE AMISTAD.

Á UNA AMIGA EN SUS NATALES.

Apenas el sol doraba
Las cumbres de Camarioca,
Y las aves en su canto
Saludaban á la aurora,
En un remanso apacible
Que del Canímar las ondas
Entre los mangles espesos
Con raro capricho forma;
Sentado yo en mi barquilla
Cantando estaba una copla
Á los ensueños que un tiempo
Hicieron mi edad dichosa;
Cuando en las alas del viento,
Dejando la mente absorta,
Llegó dulce á mis oídos
Esta canción melodiosa:
—Oh tú! que con voz sencilla
Lloras tus cuitas aquí,
Torna, torna en tu barquilla

Á la hermosísima orilla
Del tranquilo Yumurí.
Torna, y tus dulces cantares
Entona con blando acento,
Y en lugar de tus pesares,
Llena de vivas los vientos,
Colma de gozo los mares.
Y esta corona, propicio
Que el cielo te facilita,
Cual un amistoso indicio,
Ciñe á la frente de Anita,
En su fausto natalicio.—
Dijo la voz, y en mi barca
Vi fragante una corona
De jazmines enlazados
Con claveles y amapolas.
Tomé el presente extasiado,
Y al punto viré de borda
Para ofrecer á tus plantas
El regalo de una diosa.
De una diosa sacrosanta
Que tierna Amistad se nombra
Y que apenas los mortales
Conocen sus bellas obras.
Ella te ofrece ese emblema
De las prendas que te adornan,
Y que embellecen las gracias
Que brillan en tu persona.
Benigna acepta el presente,
En tanto que yo la proa
Vuelvo al Canímar sombrío
Á lamentar mis congojas.

LETRILLA.

¿Porqué te miro
Marchita y mustia,
Llena de angustia
Y de pesar?....
¿Porqué tus ojos
Tan amorosos
Siempre llorosos
He de mirar?....
Cándida niña,
Qué mal te llena?....
Cuál es tu pena?....
Cuál tu dolor?....
¿Porqué has perdido
La dulce calma?....
¿Acaso el alma
Te oprime amor?
Ay! tus miradas
Bien lo publican,
Ellas explican
Tanto afanar.
Ellas revelan
Lo que sentiste....
Tu llanto triste
Es de pesar?....
Niña inocente,
Cesa en las quejas
Con que semejas
El sinsabor.
Tu mal es dulce,
Dulce tormento;
¿Tu sentimiento
Es el amor?....

DESDE EL CAMPO.

Ven ya, ciudadana hermosa,
Á mi sitio de labor;
Bajo el techo de mi choza
Hallarás la paz dichosa
Y el amor.

En las sencillas costumbres
De mi albergue silencioso,
Hallarán tus pesadumbres
Un bálsamo delicioso
Que te volverá el reposo
Y el amor.

Aquí el aire perfumado
Refresca la mustia frente;
El corazón marchitado
Respira en su puro ambiente
El néctar azucarado
Del amor.

El ave con sus cantares,
La fuente con su murmullo,
El valle con sus palmares,
La tórtola con su arrullo,
Te cambiarán los pesares
En amor.

Aquí la aurora despierta
Del campo las gayas flores;
Y cuando llama á la puerta,
Pacíficos labradores
Saludan sus resplandores
Con amor.

Aquí la piña sabrosa,
El naranjo y limonero,

En la cosecha abundosa,
Brindan el fruto primero
Que consagra alguna hermosa
Al amor.

Ven ya, ciudadana mía,
Del campo á inspirar la esencia,
No pierdas un solo día,
Que tu divina presencia
El valle, la flor ansía
Y el amor.

Mas, ay! que tu pecho esquivo
Insensible á la ternura,
Desconoce el atractivo
Del campo, flor y verdura,
Y del halago expresivo
Del amor.

Viciada en el fausto y pompas
De la ciudad corrompida,
¿Cómo es posible que rompas
Tu bella ilusión mentida,
Por gozar la dulce vida
Del amor?....

¿Cómo dejar el arreo
Que la bella señorea,
Por el frívolo deseo
De ocultarse en una aldea
Buscando con necia idea
El amor?....

Así los pechos profanos,
Así discurren impíos!....
Y mis cantos? Sueños vanos,
Poéticos desvaríos....
¿Conocen los ciudadanos
El amor?....

EL CÉFIRO.

De flor en flor volando
En caprichosos giros,
Vagaba en la floresta
El blando cefirillo.
Hurtábale el perfume
Al delicado lirio;
Á la encendida rosa,
Violetas y jacintos.
Las flores intentaron
En vano al airecillo,
Echar con sus encantos
Los amorosos grillos;
Que el céfiro risueño
Burlando sus designios,
Con intranquila planta
Jamás paró sus giros.
Mas, ay! que en los cabellos
De Iselia inadvertido,
Creyendo ser claveles
Sus labios purpurinos,
En su inocente juego
Tropieza el airecillo....
Y queda prisionero
Entre sus blondos rizos.

EN EL ÁLBUM DE UNA SEÑORITA.

Es el Álbum de una hermosa
Pensil de fragantes flores
Que cultivan los amores,
El cariño y la amistad.

Cada página revela
Una flor de su conjunto:
Es el Álbum todo junto
Digna ofrenda á la beldad.

La pluma allí del amante
Dice sus penas secretas,
El arpa de los poetas
Los sueños del corazón.
La amistad con el cariño
Este jardín hermosean,
Y en vez de flores emplean
Las flores de la ilusión.

La vista que errante vaga
Por esta floresta hermosa,
Cual versátil mariposa
No sabe dónde posar.
Inspira el alma extasiada
El perfume de su ambiente,
Y al cabo también se siente
De entusiasmo arrebatar.

Y planta en sus cuadros bellos
Con insólito contento,
La flor de su pensamiento
Que quiere que luzca allí;
Y gozando con su esencia
Dice el alma enaltecida:
—Esta flor recién nacida
Pertenece toda á mí.

Tal en mi pecho ha pasado,
Hermosa, al mirar las flores
Que ofrecieron los amores
En aras de tu beldad.
Tal la impresión deliciosa
Que posó sobre mi frente,

Al inspirar ese ambiente
De cariño y de amistad.

Y luego busqué en mi seno
El germen de una flor bella....
También pensaba con ella
Ofrecerte mi oblación.
Mas, ay triste! de mi pecho
Hizo morada el tormento....
Ha muerto mi pensamiento!
Ha muerto mi corazón!

ROMANCE.

Ese sol que al mundo llena
Con su luz y resplandor,
Testigo en mejores días
De nuestra mutua pasión,
Hoy entre aljófar y gualda,
Coronado de arrebol,
Alza su disco en Oriente
Brillante porque es el sol.
Pero nó porque tu pecho
Ingrato, que amor juró,
Cumpliera su juramento
Como el mío lo cumplió.
El astro fúlgido mira
En su trono de esplendor,
Cómo levanta la frente
Como ayer la levantó.
Él sigue su movimiento
Según lo ha marcado Dios,
Y tu pecho se ha mudado
No siendo inconstante el sol!....

—Antes faltará su lumbre
(Dijo tu labio traidor)
Que falte á sus juramentos,
Isaura, mi corazón.—
Y apenas su lecho de oro
Nueve veces visitó,
Falso, insensible, perjuro
Fuistes, ingrato al amor.
Olvidaste tus promesas,
¡Nunca lo pensara yo!
Y el sol su disco levanta
Brillante, porque es el sol.

Así á la aurora lloraba
Isaura con triste voz,
Perfidias del cruel amante....
Más que amante, seductor;
En tanto que el fementido
Jura á Celmira su amor,
Poniéndole, como á Isaura,
Por testigo al mismo sol.

LETRILLA.

—Deja que parta á la villa,
Mi madre, que Juan se va.
—Calla, calla, picarilla,
Que si es bueno él volverá.

—Partirá, mi madre, y luego
Dará traidor al olvido
De mi amor el puro fuego
Que lleva mal encendido:

Si parte, veré perdido
Un pecho que tengo ya
Cautivo en mi redecilla....
—Calla, calla, picarilla,
Que si es bueno él volverá.

—Madre, escuché de sus labios,
Y he visto á más en sus ojos
Palabras que dan agravios,
Miradas que dan enojos;
Si me obsequia con abrojos
En lo presente, ¿qué hará
Cuando se mire en la villa?....
—Calla, calla, picarilla,
Que si es bueno él volverá.

—¿Acaso, madre, es locura,
Que piense yo, en mi inocencia,
Que el cáncer de amor se cura
Con los años y la ausencia?
Ay! mi madre, la paciencia
Sin duda me faltará....
Dónde ocultar mi mancilla?....
—Calla, calla, picarilla,
Que si es bueno él volverá.

—Volverá? Cuánto lo dudo!
No me atrevo ni á pensarlo!
¿Quién rompe imprudente el nudo
Con la esperanza de atarlo?
Si consiento en desatarlo
Y toma vuelo y se va,
Madre, entonces quién lo pilla?
—Calla, calla, picarilla,
Que si es bueno él volverá.

LETRILLA.

Ay! triste del hombre
Que vive apartado
Del bien adorado
De su corazón.
Es muerte la vida
Con tal desventura,
Eterna amargura
Tan cruel situación.
La tórtola tierna
Se queja y suspira
Si ausente se mira
Del bien de su amor.
¿Qué mucho que el hombre
Que piensa y que siente,
Si está de él ausente
Le agovie el dolor?....
Oh! luz de mis ojos!
Morena querida,
Devuelve la vida
Á un fiel amador.
Me falta, oh hermosa!
Tu blanda mirada,
Tu faz sonrosada,
Me falta tu amor.
—Así el tierno Alexis
Cantando lloraba:
Ausente se hallaba
Su plácido bien.
—¿Porqué no le escucha
Su dulce morena?....
—Consuela su pena,
Consuélale. Ven!

Mas, ay! que los celos
Turbaron su dicha;
Y en pos la desdicha
Su dulce querer....
Sensibles amantes,
Volved á la calma,
Renazca en el alma
La paz y el placer.

QUEJAS.

Á par de mis quejas
Volad, oh suspiros!
Y al dueño que adoro
Contad mis martirios.
Decidle que el pecho
Turbado, intranquilo,
Le pide lloroso
La paz que ha perdido.
Contadle mis cuitas,
Mi amor, mis delirios,
Y el fuego que al alma
Le dan sus hechizos.
Decidle.... Mas cese
De hoy más mi suplicio
Al bien que idolatro
De darle martirio.
Oculto en la choza
El llanto continuo,
Acaso á mis penas
Dará algún alivio.
Ignore por siempre
La infiel, que he sufrido

Por sólo adorarla
Tormentos continuos.
  Ignore por siempre
Que yo he padecido
Tormentos eternos
Porque ella ha querido.
  Oh! nunca mis ayes
Le den á su oído
La voz de las ansias
Que triste comprimo....
  Ingrata! mi rostro
Se mira marchito,
Y apenas del pecho
Se siente el latido.
  Porqué tal desgracia?
¿Porqué he merecido
Que cruel me maltrate
Así mi destino?....
  Volved á mi pecho,
Volved, oh suspiros!
Ignore la ingrata
Cuanto he padecido.

ROMANCE.

  No más con mentido acento
Me ofrezcas tu fe, perjura,
Que la dolencia de amores
Agravio y desdén la curan.
  Estoy curado, traidora,
De ese amor que fue locura,
En cuyas redes, artera,
Prenderme otra vez procuras.

Juguete de tus caprichos,
Gimiendo en cadena ruda,
Sufrí con tranquila frente
Mil agravios y amarguras.
Pensé obligarte, oponiendo
Á tus rigores blandura,
Á tus traiciones firmeza,
Á tus desdenes ternura;
Mas en vano: mis finezas,
Mi pasión constante y pura,
Aumentaron la insolencia
De tu alma inconstante y dura.
¿Y ora que pruebas el cáliz
Que tú hiciste de amargura,
Con lágrimas y sollozos
Brindarme tu amor procuras?
Nó, traidora: la experiencia
Es madre de la cordura,
Y la dolencia de amores
Agravio y desdén la curan.

EN UN ÁLBUM.

Por más que con ceño esquivo
Indiferente á mi ruego,
Iselia turba el sosiego
Y el encanto primitivo
Que me hiciera concebir;
Yo la adoro, y mi ternura
Aumenta con los agravios;
Y se apagan en mis labios
Al canto de su hermosura
Las quejas de mi sufrir.

Mi pecho en consorcio extraño
Lucha con pasiones varias;
Y en lugar de las plegarias,
Da á la ilusión de un engaño
Las formas de su ilusión.
Lloro en secreto, y risueño
Del arpa en los blandos sones
Son de placer las canciones,
De llanto su inspiración.
Como el ave querellosa
Lanza su queja anhelante,
Y oyéndola el caminante
Tierna, expresiva, melosa,
Juzga que el llanto es amor;
Así mis cantos sentidos
De amor y esperanza bellos,
No son lo que dicen ellos,
Que son los tristes gemidos
De mi angustia y mi dolor.

Á CUBA.

¡Quién no te ama, Cuba hermosa,
Tierna virgen inocente!....
¿Quién al brillo refulgente
No se inspira de tu sol?
Á la blanda transparencia
De tu cielo siempre hermoso,
Á tu aspecto delicioso
Quién no dice:—Soy cantor?
Si en las tardes silenciosas
Busco al pie de tus palmares
Dulce alivio á los pesares

Que contristan mi razón,
Como bálsamo divino
Tu belleza, Cuba mía,
Mi letal melancolía
La convierte en ilusión.
   El perfume de tus flores
Raras, bellas y sin nombre,
Que tal vez desprecia el hombre
Porque ignora su valor;
En el alma que contempla
Tu belleza primitiva,
Dulce Cuba, ¡cuánto aviva
La ternura de mi amor!....
   Á la sombra deliciosa
De tus selvas solitarias
En tristísimas plegarias
He pintado mi aflicción.
Allí el bien que el alma adora,
Sorprendente y misterioso,
Más divino, más radioso
Se ha mostrado á mi ilusión.
   Allí he visto su semblante
Como el alba cuando asoma,
Y sus ojos de paloma
Y sus labios de carmín;
Allí he visto su albo seno
Palpitante de ternura,
Y he mirado mi ventura
Que tocaba ya á su fin.
   ¡Ilusiones de la mente,
Brillantes cual nuestro cielo!
Oh! ¡nunca rasguéis el velo
Que cubre la realidad!....
Permitid que en vuestros sueños
Se columpie el alma mía....

¡Es tan bella poesía
La ilusión á mi ansiedad!....
  Solitario en mi retiro,
De ellas sólo me alimento:
Con mi hermoso pensamiento
Entretengo mi dolor.
En la flor de tus praderas,
En tu brisa perfumada
Miro, Cuba, á mi adorada
Bajo un prisma seductor.
  Y por eso en mis quimeras,
Al poder de tus encantos,
Son de amor mis dulces cantos
Y mis sueños de placer.
Porque en medio de tus palmas,
De tus cañas y tus flores,
Miro, Cuba, los amores
Á los pies de una mujer.
  Tierra virgen, tierra hermosa,
No me quites mis delirios
Inocentes cual tus lirios,
Extasiantes cual tu sol.
Tú me anuncias con tu encanto
Todo el bien que el alma ansía,
Como el alba anuncia el día
En su manto de arrebol.
  Que en tus brisas, en tus flores,
En tu cielo, en tus palmares,
En tus bosques seculares
Y tu clima abrasador,
Ven mis ojos, Cuba mía,
Bajo un velo trasparente
La mujer que ornó mi frente
Con los mirtos del amor.

Á MI HIJA DORMIDA.

¡Cuánto es bella, dulce niña,
La blancura de tu frente
Y la sonrisa inocente
De tu angélico candor!....
Aquí en torno de tu cuna
Los ángeles se remecen,
Y tus mejillas se ofrecen
Á sus ósculos de amor.
En el seno de tu madre
Duermes dichosa, ángel mío,
Cual la gota de rocío
En el cáliz de una flor.
Y mi pecho se extremece
De una ternura inefable
Al mirar tu rostro amable
Y el cariño de las dos.
Entre un mundo de ilusiones
Te idolatro y te bendigo
Como padre, como amigo
Que se desvela por tí.
En tu infancia será apoyo
De tu inocencia mi mano....
Cuando me mires anciano
También lo serás de mí.
Entonces, niña querida,
Tú serás joven y hermosa,
Y la vejez achacosa
Mis miembros extenuará.
Y cuando llegue el momento
Que á la tierra dé el tributo,
Tú serás la que de luto
Mi tumba visitarás.

EN LA TUMBA

DE LA DULCE POETISA CUBANA SEÑORITA DOÑA

ADELAIDA DEL MÁRMOL.

Permite, virgen bella,
Que de la margen del San Juan plateado,
La sien ceñida de ciprés y acanto,
El pecho conturbado,
Llegue también á derramar mi llanto
En tu sepulcro helado.

—

Permite que el derecho
Triste y terrible que le dio el destino
Á mi suerte infeliz, use doliente.
Llorar sólo convino
Á quien de adelfas se ciñó la frente
Que halló por su camino.

—

Aun llevan en sus ondas
Del Yumurí las linfas cristalinas
El raudal de mi llanto dolorido.
Sus márgenes divinas
Al doliente cantor, lloran perdido,
De las *Flores y Espinas**.

—

Desde su tumba fría,
Triste, agoviado de la adversa suerte,
Peregrino infeliz y sin ventura,
Á tu sepulcro inerte,
Renovando el dolor y la amargura,
Vengo á llorar tu muerte.

---

* Miguel T. Tolón.

Tu espíritu divino
Lleno de gloria en el celeste coro
Ay! no conturbe el terrenal tributo....
Cual ángel yo te adoro,
Como á poeta te consagro luto,
Como mujer te lloro.

—

De la triple corona
Que dio á tu frente celestial encanto,
Del fuego puro que en tu pecho ardía,
De tu entusiasmo santo;
Sólo nos deja la segur impía
Los ecos de tu canto.

—

Los ecos misteriosos
Que repiten las cañas y palmares,
El alto monte y la arboleda umbría,
La voz de tus cantares
Que en torno llevan de la tumba fría
Las brisas de los mares.

—

Eterno monumento
Son, Adelaida, de la noble historia
Que á la patria legaste en tu partida;
De llanto á tu memoria,
De alto renombre á tu preciosa vida,
De tu talento gloria.

—

Marchitadas las rosas
Se ven de tus mejillas virginales;
Sin luz los ojos que envidiaba el cielo;
Tus labios sin corales....
Esos despojos los reclama el suelo,
Despojos son mortales.

Mas no la luz divina
Que se apague en la tumba el cielo quiere
Del genio que adornó tu inteligencia.
La Parca sólo hiere
Lo humano y material en su inclemencia:
El genio nunca muere.

TRISTE SITUACIÓN.

Ay! triste del que canta cuando en el pecho ar-
Un dardo envenenado le punza el corazón, [diente
Y el llanto de amargura por la mejilla siente
Correr pausado en tanto que entona su canción.
Ay! triste del que advierte cuán presto se desliza
Por senda de pesares su triste juventud;
Y es fuerza que á sus labios asome una sonrisa
Que encubra sus tormentos, que oculte su inquietud.
Ay! triste del que finge brillantes ilusiones,
Y lleva el desencanto de muerte en su interior.
Y en vez de sordos ayes y lúgubres canciones,
Las dulces cantilenas nos da del trovador.
Con impostura tanta, cruel como homicida,
Abruma su existencia, enferma el corazón.
Mas, ay! á tal extremo arrastran en la vida
Las leyes del destino, la triste situación!
Y el vulgo, que tan sólo consulta la apariencia,
La plácida ventura envidia del cantor,
Sin sospechar que el triste arrastra una existencia
De lágrimas y luto, de angustias y dolor.
Pero, ¿qué importa el llanto del alma atribulada
Si es fuerza con delicias su pena simular?....
¿Acaso sospechamos, del ave encarcelada,
Que puede ser lamentos su plácido cantar?....

Á LA ESPERANZA.

Ven, y derrama tu eficaz influjo,
Dulce Esperanza, en mi turbado seno,
Dale á mi pecho y anhelar continuo
Blando consuelo.

El horizonte de mi vida triste
Que amenazante con espanto veo,
Bajo tu prisma, bendecido numen,
Muéstrame ledo.

Haz que las sombras que tu rostro velan,
Y que me roban tu semblante bello,
Ay! se disipen, y á mi pecho manda
Mágico acento.

Las ilusiones de más dulces días
Con que arrullaste mis dorados sueños
Vuélvanme hermosas la apacible dicha
Que ansia mi pecho.

Oh! si benigna al abundoso lloro
Con que te implora mi turbado acento,
Á las congojas de mi pecho triste
Dieras remedio;

El arpa entonces, bendecido numen,
Tus alabanzas levantara al cielo....
Mas, ay! que siempre á mi anhelar, esquivo
Tu rostro encuentro!

Ven, que en mi angustia por favor imploro,
Dulce Esperanza, tu eficaz remedio:
Dale á mi pecho y anhelar continuo
Blando consuelo.

CANCIÓN.

Cuando mi pecho triste
En arpa querellosa
La pena que le acosa
Pretende demostrar,
En lúgubres endechas
Sus quejas manda al viento;
Mas, ay! que mi tormento
No alcanzan á pintar.

—

Los bosques silenciosos,
Las selvas solitarias
Oyeron mis plegarias,
Mi angustia y mi dolor.
Yo dije mis martirios,
Con aflicción vehemente,
Al céfiro, á la fuente,
Al pájaro, á la flor.

—

En vano: mi agonía
De nadie fue escuchada,
Mi angustia despreciada
Entre sarcasmos fue.
Al céfiro, á la fuente,
Al ave y á las flores
Á par de mis dolores
Gozarse los miré.

—

Á tal indiferencia
Sellé mi triste labio,
Sufriendo del agravio
La fiera sinrazón.

Mi mal lloré en secreto
Con el pesar profundo
De no hallar en el mundo
Siquiera compasión.

RECUERDOS TRISTES.

Este era el sitio
Donde solía
Pasar las siestas
Mi dulce amiga!
Aquí á la sombra
Con que convida
Esta arboleda
Fresca y sombría,
La oí amorosa,
Enternecida,
En dulces quejas
Cantar sus cuitas.

¡Cuán insinuante
Fue su cantiga!....
Desde esa tarde
Amé yo á Silvia.
¡Cuán venturosa
Corrió mi vida
Entre ilusiones
De amor divinas!....
Era mi encanto
Ver sus pupilas,
Su tersa frente
Y sus mejillas.
Prendas bajadas
Me parecían

Del mismo cielo
Para mi dicha.

¿Dónde los sueños
Que embebecían
Las bellas horas
De aquellos días?
¿Dónde las gracias
Que Venus misma
Entre recelos
Vio con envidia?
Ay! se acabaron
Por mi desdicha,
Que en el sepulcro
Se esconde Silvia!....

En su corteza
La seiba altiva
Tiene aun grabada
Su dulce cifra....
Ay! sus pisadas
Se ven distintas
Junto á la falda
De la colina.
Esta guirnalda
No está marchita,
Y por sus manos
Fue entretejida.
Por donde quiera
Halla la vista
Dulces recuerdos
Que me contristan.
Allí su choza,
Allí la mía,
Aquí la tumba
Que oculta á Silvia!....

Á MATANZAS.

Oh Matanzas! tus colinas
Tan divinas,
Tan propicias al amor;
Cuántas veces me ofrecieron
Y le dieron
Un consuelo á mi dolor!

En tus fértiles alturas
Donde puras
Dan las brisas expansión,
Se respira tenue ambiente:
Dulcemente
Se restaura el corazón.

Y se pasan blandas horas
Voladoras
Con encanto seductor.
Como pasa mansamente
La corriente
De un arroyo sin rumor.

Cuantas veces querelloso
El reposo
Fuí á tus lomas á pedir....
Cuando el pueblo ya traspuse,
Ya me puse
Á cantar y sonreír.

Porque entonces el exceso
De un gran peso
Insufrible, abrumador,
Poco á poco iba pasando
Y dejando
Dulce tregua á mi dolor.

Y vi el cielo despejado;
Admirado
Vi del *Valle* la extensión;
Y en la choza del labriego
El sosiego
Que ha soñado el corazón.

Y bendije á Dios clemente
Que á mi mente
Le hizo ver felicidad.
Y volví mi pensamiento
Al tormento
Que se llama sociedad....

Allí el hombre delirando,
Adorando
Ante un ara criminal
Los honores y riquezas,
Las grandezas
De este mundo material.

En la mente en ese instante,
Delirante,
En confusa reunión,
Mil ideas se agolparon
Que dejaron
Aterrada la razón....

Mas tus bellas lontananzas,
Oh Matanzas!
Cual la esencia de una flor,
Que de en medio á la maleza
La pureza
Nos indica con su olor;

Han logrado consolarme,
Y mostrarme
Con dulcísima impresión,
Que á pesar del cieno inmundo

De este mundo
De avaricia y corrupción,
Aun existe alguna cosa
Misteriosa,
Que halla el hombre en su interior,
Que le dice que hay belleza,
Que hay pureza,
Que hay ternura, que hay amor.

Á LA POESÍA.

¡Feliz el que inspirado
En arpa resonante
Canta en sus versos lo que el alma siente!
Ya en trino delicado
Se muestre tierno amante,
Ya se pinte infeliz en son doliente;
El numen que le inspira
Acrecienta el placer que le enagena;
Ó bien calma su pena
Con los suspiros de la blanda lira.
¡Destello luminoso,
Emanación del cielo,
Inmortal y divina Poesía!
¿Porqué tu influjo hermoso
Esquivas al anhelo
Con que te llama la eficacia mía?....
¿Porqué tu dulce encanto
Niegas al triste que tu gracia implora?....
Inspírame si canto,
Dame suspiros cuando el alma llora!...
Si de la infancia bella
Los juegos inocentes

Muestran delicias sin temer engaños;
Si al contemplar su huella,
Felices y rïentes
Tornan las horas de los verdes años,
Entonces, alma diosa,
Dale á mi voz el juvenil contento,
Y al alma candorosa
El blando hechizo del pueril acento.

Pero si acaso horribles
Conturban las pasiones
La dulce calma que aposenta el pecho;
Si son irresistibles
Las tristes sensaciones,
Y está el encanto á su poder deshecho;
En ayes prolongados
Mande la lira lúgubres gemidos;
Y en valles y collados
Resuene la expresión de sus quejidos.

De mirtos y de rosas
La sien entretejida
Cante el amor y su abrasante llama:
Proclame á las hermosas
Cual numen de la vida
El tierno afán que al corazón inflama;
Y entre perfume y flores,
Ensueños y delirios y quimeras,
La voz de los amores
Hagan las horas del vivïr ligeras.

Mas nunca de la guerra,
Horror de las naciones,
¡Oh, numen bello, al canto me aficiona!
El corazón se aterra,
Á los bélicos sones
De la trompa de Marte y de Belona.
Á la orilla nacido

De manso arroyo entre envidiable calma,
Tu voz tan sólo pido
Para cantar lo que me hechiza el alma.
Mas, ay! ¿entre rigores
Vuelves el rostro airado,
Á quien te adora en su entusiasmo ardiente?
¿Con tus ansiadas flores,
Oh, numen venerado!
No veré nunca coronar mi frente?
¿Porqué tu dulce encanto
Niegas al triste que tu gracia implora?
Inspírame si canto,
Dame suspiros cuando el alma llora.

Á LA HABANA.

DESPUÉS DEL HURACÁN DE 1846.

¿Y ésta es la Habana? ¿La opulenta Habana,
La ilustre, comercial y poderosa?....
La que en los mares de Colón ufana
La frente altiva alzaba majestuosa?....
Tierra infeliz!.... En tu recinto un día
Fijaba la ventura su morada....
Hoy pasea tus calles la agonía
En su fúnebre carro entronizada!....
Entre ruinas y muertos y despojos,
Se contempla abatida tu grandeza;
Y sólo encuentran por doquier los ojos
Miseria y luto, y ayes y tristeza.
Tus templos, tus palacios, tus paseos,
Todos sucumben al terrible amago.
Teatros, academias y liceos

Acallaron su voz con el estrago.
Las naves de tu puerto destrozadas,
Tus plazas y tus quintas destruidas,
Tus familias confusas y aterradas
Lloran tus glorias, con dolor, perdidas....
Todo aparece triste y pavoroso:
Todo sombrío á la enlutada mente:
El mismo sol de Cuba esplendoroso
Nace velada la encendida frente.
Yo contemplo este cuadro con espanto:
Y mis ojos de lágrimas se llenan....
La voz conturba el doloroso llanto:
Ayes tan sólo del laúd resuenan.
¿Y quién pudiera, desgraciada Habana,
En calma el pecho, contemplar tu duelo?....
¿Quién no llora al mirar la furia insana
Con que te ha herido en su inclemencia el cielo?
Infelice ciudad! Patria adorada
Donde por dicha se meció mi cuna!
Tú eras ayer de América envidiada,
Protegida de Dios y la Fortuna.
Tú eras ayer emporio de grandeza,
Albergue de la dicha y los placeres;
Orgullosos mostraban tu riqueza,
Tus calles, tus palacios, tus mujeres....
Hoy sólo llanto, confusión, rüina,
Circundan tu recinto atribulado,
Y el alma absorta á comprender no atina
Porqué el cielo te puso en tal estado.
Sólo puedo en tan lúgubre momento
Cruzar al pecho las temblosas manos:
Levantar hasta Dios el pensamiento:
Respetar sus decretos soberanos.

AL COMERCIO.

Vuelva á mis manos la olvidada lira
De cuerdas resonantes,
Aquélla donde el alma que se inspira
En conceptos brillantes,
Cual águila caudal que se levanta
Con poderoso vuelo,
En su entusiasmo se remonta al cielo,
Y desde el cielo su entusiasmo canta.

—

Dejad al numen que de ardor me llena
Pulsar sus cuerdas de oro:
Dejad que pise en mi emoción la arena
Do en cántico sonoro
Del comercio las glorias enaltecen
Los nobles trovadores:
También aspiro á recoger las flores
Que en su recinto perfumadas crecen.

—

Sí; cantaré, porque en el pecho siento
La inspiración divina,
El influjo sublime, el ardimiento
Que al corazón domina,
Si la voz imperiosa de la fama
Con eco irresistible
Nos presenta su lauro inmarcesible
Y á su templo inmortal tal vez nos llama.

—

¿Y quién no aspira á coronar su frente
Con el laurel sagrado?....
La antorcha del comercio, refulgente,
Desde el orbe ilustrado,
¿No ofrece su alma luz al arpa mía?....

Tal vez estoy llamado
Á ofrecer en mi cántico inspirado
Gloria al comercio en tan felice día.

—

Cese un instante mi temor profundo...
Ante mis ojos miro
Llevar su gloria y su adelanto al mundo
La poderosa Tiro;
Á los fenicios dominar los mares
De climas más remotos,
Y de Grecia y Cartago á los pilotos
Á la cultura levantar altares.

—

El comercio es el numen poderoso
Que en su misión los guía.
El océano mugiente y borrascoso
No entibia la osadía;
Acrecienta el aliento denodado
Que vence su arrogancia;
Y al poder del esfuerzo y la constancia
Su terrible poder es dominado.

—

Como premio del triunfo peregrino,
En su inmensa llanura
Ofrece el mar un próspero camino
Del hombre á la cultura.
El comercio los pueblos señorea,
Cambia sus producciones,
Y de oscuras y bárbaras naciones
Pueblos felices el comercio crea.

—

En el mundo de entonces su alta estima
Fomenta y la difunde;
Al genio creador llama y anima;
El entusiasmo cunde,

Y á la luz de la antorcha esplendorosa
Con que se inunda el suelo,
De la ignorancia se desgarra el velo,
Sube al zenit la ilustración radiosa.

—

El comercio forzando su barrera
Atravesó los mares.
¡Inmenso teatro á su feliz carrera!
Las ciencias, los altares,
Las artes de la Europa son llevadas
Á climas ignorados;
Y en cambio de sus frutos codiciados
Son las enseñas del saber plantadas.

—

Surca Colón el piélago profundo
En frágiles bajeles;
Y ante sus ojos se presenta un mundo
Que aumenta los laureles
De la España que el orbe preconiza.
Sus fértiles riberas
Ornó la religión con sus lumbreras,
Las fecunda el comercio y civiliza.

—

Se desquician los ídolos sangrientos
De las manchadas aras,
Derrocado su horror por los cimientos.
Las afecciones caras
Que siente el hombre por el hombre mismo,
Renacen, y á su encanto
Huyen temblando de pavor y espanto
La ignorancia, el error y el fanatismo.

—

De su oprobio la América levanta
Gloriosa la cabeza;
Y presenta á la Europa que se espanta

La copia de riqueza
Que redobla el comercio diligente,
Y un pueblo soberano
Que sucede al salvaje americano,
Rico, feliz, glorioso, inteligente.

—

El comercio da vida á las regiones
Donde la planta asienta;
Afianza la paz de las naciones,
Á los tronos sustenta,
Á los pueblos instruye y moraliza;
Su bienestar procura,
Y, germen del progreso y la ventura,
En el orbe ilustrado se entroniza.

—

La evangélica luz, alma lumbrera,
Propaga y la difunde
En su brillante, rápida carrera;
Y del error confunde
El mezquino poder y bastardía.
Su influjo, su eficacia,
Los pregonan la América y el Asia,
El África, la Europa y la Oceanía.

—

Donde llega á tocar el alta prora
De su nave triunfante,
De ilustración la esplendorosa aurora
Asoma fulgurante.
Atleta poderoso, en sus empresas
Se muestra omnipotente;
Á su voz se levanta el ancho puente,
El puerto, la ciudad, las fortalezas.

—

Encadena en sus cárceles de acero
El vapor poderoso,

Traza de hierro mágico sendero,
Corta el monte altanero,
Socaba el fondo del profundo río,
Su cavidad pasea,
Mientras encima la bandera ondea,
Blasón del triunfo, comercial navío.

—

¿Y qué clase de bien, qué nombradía
La Antilla afortunada
Sin el comercio ilustrado tendría?....
Estéril, ignorada
En sus vírgenes bosques seculares
Yaciera en la impotencia;
Y en lugar del cultivo y la opulencia
Cubieran su recinto los manglares.

—

¡Elemento sublime de adelanto!
Tu imperio poderoso
Quiso mostrar el desacorde canto
Que ensayo, temeroso
De empañar ese brillo refulgente
Que el universo admira;
Mas si me falta una acordada lira,
Por tí me sobra un entusiasmo ardiente.

AL AMANECER.

El sol derrama su lumbre
Por el claro firmamento,
Y del terral el aliento
Roba el perfume á la flor.
Las aves con dulcedumbre
Saludan el nuevo día,

Con la mágica armonía
De sus cánticos de amor.

—

Las nieblas sobre los montes
Se apiñan y desparecen,
Y las praderas ofrecen
La pompa de su verdor.
Los nublados horizontes
Despejan la faz sombrosa,
Y de zafir y de rosa
Ostentan bello color.

—

Á la magia encantadora
De la mañana apacible,
¿Qué pecho habrá que insensible
No se sienta conmover?....
Una voz consoladora
Deja percibir su acento,
Aliviando el sufrimiento
Entre sueños de placer.

—

Las hermosas ilusiones
Que entre raudales de llanto
El pesar y el desencanto
Crueles hicieron huir;
Cual fantásticas visiones
Que arroban nuestros sentidos,
Las orlas de sus vestidos
Dejan bellas percibir.

—

Un instante de ventura
Viene á hermosear la existencia,
Con la risueña apariencia
De flores, cantos y luz.
Pero luego se apresura

La tarde en ligero coche,
Y en pos le sigue la noche
Velada en negro capuz.

—

Y torna el alma afanosa
Á apurar los sinsabores
Y los horribles temores
Que afligen el corazón.
Y en ansiedad tormentosa,
Entre angustia y agonía,
Se aguarda que vuelva el día
Á darnos una ilusión.

Á LICIO.

Tristes son los instantes de la vida
Que el hombre pasa en reflexión sumido,
Con el pecho, entre dudas, oprimido,
Buscando, en vano, á su dolor salida.

Tristes son los momentos agitados
En que el alma se ofusca y anonada,
Y ve al través del porvenir la nada,
Y los axiomas de su fe burlados.

Tristes son los fantasmas que en la mente
La espantada razón desliza y crea,
Si la duda espantosa señorea
La luz divina de su llama ardiente.

Abatido, entre angustias y agonía,
Se anonada el espíritu y fallece;
Y á par que pugna, la flaqueza crece
Y á ciegas marcha por la incierta vía.

Acrecienta su estado la maleza,
El error predomina en los sentidos,
Adelanta con pasos fementidos;
Y en mil escollos la razón tropieza.

Sin norte sigue la fatal influencia
Que el alma arrastra á su infernal caída,
Y se lanza al oprobio del suicida
Ó al abismo tal vez de la demencia.

Miserable mortal! Dónde esa llama
Que ilumina inefable tu sendero,
Y rey del orbe colocó el primero
Al débil sér que su señor se aclama?

¿Dónde su luz y su esplendor divino?
Insensato! apagaste sus blandones,
Y entre sombras te llevan las pasiones
Lejos, muy lejos del feliz camino.

Tente: retorna á la razón perdida;
Atiende sus consejos saludables;
Y donde viste sombras espantables
La esperanza verás, la luz, la vida.

Entonces cesarán las agonías
Que la duda fatal logra causarte;
Dejarán las nieblas de espantarte;
Vendrá la luz á embellecer tus días.

AL SOL.

Oh, sol resplandeciente!
Tu luz consoladora
Devuelve la alegría
Al pecho triste que gimió en las sombras.

Á par del embeleso
Que da tu blanca aurora,
De animación llenando
El bosque, el valle, y la natura toda;

Tu luz brillante y pura,
En la mañana hermosa,
Aleja con su encanto
Ese tormento que mi pecho acosa.

Contemplo embelesado
La bóveda grandiosa
Del alto firmamento,
Lleno de luz y aljofaradas motas.

Contemplo las praderas,
Las fuentes bulliciosas,
Las flores y las aves
Que en torno cercan mi cabaña umbrosa.

Ó bien desde la *Cumbre*
Sentado en una roca
Contemplo en lontananza
El color bello de la mar remota.

Entonces despejada
La mente cavilosa,
La omnipotencia admiro
Del Sér divino que mi pecho adora.

Le pido fortaleza,
Resignación grandiosa;
Y siento que hasta el alma
Baja, del cielo, lo que ardiente implora.

Entonces en la lira,
Oh, sol! canto tu pompa;
Y el valle solitario
Oye los himnos que mi plectro entona.

DESENCANTO.

Cuando en el pecho oculta,
Cual cáncer roedor, mora la pena,
Y su tormento abulta
Negra tristeza de congojas llena,
Que en el misterio el corazón sepulta:

Cuando pasa la vida
Entre las sombras del pesar velada,
Como lava escondida
Bajo la cima de montaña helada
Que muestra al valle su apariencia erguida:

Cuando el silencio triste,
Tímido y mustio nuestros labios sella,
Y en torno se reviste
De la aparente complacencia aquélla
Que en disfrazar la realidad consiste:

Cuando el llanto que brota
Del lastimado corazón doliente
Retorna gota á gota
Al sitio mismo donde nace ardiente,
Dejando al mundo su existencia ignota:

Entonces, oh martirio!
El numen santo, el entusiasmo hirviente,
Cual agostado lirio,
Lánguido dobla la marchita frente,
Y en vez de realidad halla el delirio!....

La indiferencia helada
Que muestra el mundo al padecer ageno,
Al alma tribulada,
Fiera derrama en lo interior del seno
La copa del dolor emponzoñada.

El instinto sagrado
Que del mundo moral formó un santuario,
Del corazón borrado,
Encuentra sólo en fúnebre sudario
Al mundo material muerto y velado.

Naturaleza muda
Ya no responde á la ilusión divina.
De su esplendor desnuda,
Torva aparece, lánguida, mezquina,
Muerta la fe, en su lugar la duda.

Momento infortunado!
Momento vago entre la muerte y vida:
Fatídico nublado....
Ay! tú destruyes la ilusión querida,
Al genio envuelves con tu manto helado!

Tu influjo prepotente
Á la recta razón tuerce la vía;
Marchitas en la frente
Las flores de la dulce poesía;
Matas el fuego al entusiasmo ardiente.

Con el ciprés y acanto
Cambias los mirtos y purpúreas rosas;
Las risas con el llanto;
Y las nobles acciones generosas
Con tu negro antifaz, oh desencanto!

En la aridez sombría
De tu imperio fatal ni un rayo alcanza
Del esplendor que envía
El astro bienhechor de la esperanza....
¡Eres la noche de un hermoso día!....

AL PAN DE MATANZAS.

Quién eres tú, gigante, en cuya frente
Se detienen las nieblas apiñadas,
En tanto que á tus plantas, humilladas
Rugen las tempestades sordamente?....
Tu fantástica forma sorprendente,
Tus crestas á los cielos levantadas,
Tus abismos, tus rocas despeñadas,
¿Qué misterios encubren á la mente?....
¿Y pretendo tu origen misterioso
Penetrar, al través del tiempo inmenso
Que miraste pasar?.... De luz un rayo
Ilumina mi espíritu; y, lloroso,
Que eres la tumba perdurable pienso
Del pueblo antiguo que habitó en Yucayo.

Á LA NOCHE.

Detén, oh triste noche! tu rápida carrera,
Tus sombras, tu silencio, me presta por piedad;
Detén tu negro manto tendido por la esfera,
Y pueda entre sus pliegues gozar la soledad.

Oh noche! de tu sombras el pecho en el retiro
Acógese, y encuentra consuelo á su aflicción:
En medio á tu pavura ahógase el suspiro
Que lanza de su fondo temblando el corazón.

¿Y es cierto, triste noche, que el Sér Omnipotente
Cubrió tu faz augusta de intensa oscuridad,
Por dar al desdichado que gime eternamente
Motivo á su delirio, sustento á su ansiedad?

¿Qué dice tu silencio terrífico, profundo?
¿Tus ropas tenebrosas de fúnebre crespón?
¿Acaso nos revelan sublimes lo que el mundo
Era antes que el Eterno le diera animación?

¿Anuncia tu silencio de sombras el arcano
Que al hombre le atormenta y punza el corazón,
Cuando la fe perdida, contrasta torpe, insano
Las leyes infalibles que dicta la razón?

¿Quién eres, pues, oh noche! que así la mente asombras
Con dudas y temores que en vano es descifrar?...
Los genios invisibles que ruedan por tus sombras,
¿Convidan al reposo, convidan á llorar?....

Es dulce por la noche soltar la rienda al llanto,
Dejar que vuele el alma á un mundo de ilusión,
Tender la mano al arpa, y dar en tierno canto
Los sueños del poeta, la mística oración.

Ó bien de alguna estrella mirar la luz remisa
Por entre los celajes que mece el vendabal,
Y que extasiado el alma fantásticos revisa
Tornando á su capricho un cuadro excepcional.

Imagen de la muerte, oh dulce, oh blando sueño!
Ceñido de amapolas llegar te siento.... Ven!
Y al triste que te invoca prestando tu beleño
El fuego devorante refresca de su sien.

Las arpas de los vientos arrullen mi reposo,
El fresco de tus alas halague mi quietud,
Del ave de la noche el cántico luctuoso
Confúndalo la brisa quebrada en el bambú.

Detén, oh triste noche! tu rápida carrera,
Tus sombras, tu silencio, me presta por piedad....
Mas, cielos!.... ya la aurora rutila por la esfera,
É insomne me sorprende... oh Dios!... la claridad.

LA LLUVIA.

Oh! bien venida seas,
Apetecida lluvia,
Á los sedientos campos
De la abrasada Cuba!

La primavera hermosa
Entre las flores mustias
Ansiaba tu venida
En las selvas oculta.

Los campos agostados
Llamábante en su angustia;
Los hombres y las bestias,
Y las fuentes enjutas.

El murmurante arroyo
Entre guijas parduzcas
Desliza ya sus aguas
Cristalinas y puras.

Sedientos los ganados
Gozosos se apresuran
Para gustar el néctar
Que ofrecen las lagunas.

Los valles y los bosques
Se cubren de verdura,
Y alfombras de esmeralda
Tapizan las llanuras.

La flor rompe su broche,
El aire se perfuma,
Y el sol templa sus rayos,
Y anímase natura.

El labrador sus tierras,
Con las aguas fecundas

Henchido de esperanzas
Entre cantares surca.

Todo es placer y gozo,
Todo de aspecto muda;
Las fuentes, los labriegos,
Los bosques, las llanuras.

Y el campo florecido
Parece que saluda
Y da la bienvenida
Á la deseada lluvia.

Á UN NIÑO.

Esa expresión divina
De angélica pureza
Que admiro en tu semblante,
Aun no tocado de las crudas penas,

Me acuerda, tierno niño,
Las horas de inocencia,
Que un tiempo venturoso
También rodaron por mi frente enferma.

Me acuerda los cuidados,
Las caricias maternas,
Los juegos de la infancia,
Y aquella calma que voló con ella.

Y de tan bellos días
Cuya memoria lleva
Aquí grabada el alma
Cual una flor que en el desierto queda,

La imagen apacible
Al corazón despierta;

Y en vano á sus halagos
El llanto triste refrenar intenta.

Mas, duerme, hermoso niño:
Tu cuna y tu inocencia
Profanan los suspiros
Que el desencanto de la vida lleva.

No turben tu reposo
Los ayes de mis quejas,
Que en pos de esa ventura
Es el dolor quien llamará á tu puerta.

Entonces, pobre niño,
Vendrá la inteligencia
Tu angélico semblante
Á marchitar con sus heladas huellas,

Y en tanto que tu sueño
Arrulla la inocencia,
No escuches los quejidos
Que al hombre arranca esta mansión de penas.

DESVARÍOS.

Hermoso sol: resplandeciente y pura
Vuelvo tu luz divina á contemplar,
Sin que calme el horror de mi amargura,
Sin que cese mi angustia y mi anhelar.

En vano rasgas de la noche umbría
Ese velo de fúnebre crespón,
Si entre sombras suspira el alma mía,
Y entre sombras se queja el corazón.

En vano el brillo de tu ardiente coche
Vuelve la vida y la esperanza á dar;
Yo invoco siempre en mi aflicción la noche,
La noche amiga al llanto y al pesar.

—

Detén, oh sol! tu rápida carrera,
Detén tu luz, detenla por piedad!....
Déjame, oh sol! que con la noche muera.
Que me daña, ay de mí! tu claridad.

—

Cuando natura en misteriosa calma
Duerme apacible mientras velo yo,
Entonces siento más tranquila el alma,
Porque presumo que mi mal pasó.

—

Ese silencio aterrador me inspira,
Ese silencio mueve el corazón;
Él es quien presta á la enlutada lira
Tétricos himnos de doliente son.

—

Él es quien ciñe de ciprés y acanto
La sien que anubla eterno sinsabor;
Él da la voz al dolorido canto,
Él presta el ay! que me negó el dolor.

—

Por eso, triste, en mi aflicción os llamo,
Oh dulce calma! oh densa oscuridad!....
Por eso, oh noche! con delirio te amo,
Por eso os busco, ay Dios! en mi ansiedad!

—

Y en vano el sol en rutilante coche
Vuelve la vida y la esperanza á dar;
Yo siempre ansioso llamaré á la noche,
La noche amiga al llanto y al pesar.

EN LA MUERTE DE O'CONNELL.

Á MI AMIGO RAFAEL VALDÉS.

Oh, triste Irlanda, desgraciado suelo!....
Ciñe tu frente de ciprés y acanto,
Hoy que te roba en su inclemencia el cielo
El hombre ilustre cuyo noble anhelo,
Irlanda triste, consoló tu llanto!....
Los campos del Erín están desiertos:
El hambre y el contagio los pasea;
Están sin naves los hermosos puertos,
Y la triste aflicción se enseñorea
Sobre las tumbas de sus hijos muertos.
Sus gloriosos recuerdos ya pasados,
Como ensueño fugaz desparecieron....
Hoy de Erín que sucumbe, atribulados
Los ecos que sus glorias repitieron,
Repiten sus lamentos congojados.
Ay! una antorcha de esplendor divino
En su triste dolor le daba aliento;
Era O'Connell la antorcha que el camino
Á la Irlanda mostró, cuyo destino
Hizo más blando su eficaz talento.
La esperanza tornando á sus hogares
Casi la nave la condujo al puerto;
Mas, ay Irlanda! á tus yermados lares
Volverán las desgracias á millares,
Porque la antorcha del Erín ha muerto.
La copa de tu amarga desventura
Con su muerte se mira rebosada.
Acabó para siempre tu ventura!
¡Esa tumba que miras socabada,
De O'Connell y de Irlanda es sepultura!....

LA RESURRECCIÓN.

El sol resplandeciente,
Aguijando su cuádriga ligera,
Se lanza del Oriente,
Inundando de luz en su carrera
La tierra, el mar, y la anchurosa esfera.

—

Las sombras denegridas
Desplomadas se abaten á su lumbre,
Las aves tristecidas
Abandonan la voz de pesadumbre,
Y á sus cánticos tornan de costumbre.

—

Las marchitadas flores
Vivifican sus pétalos fragantes;
Se alegran los pastores;
Y las límpidas fuentes murmurantes
Besan las guijas que besaron antes.

—

Naturaleza en tanto
Se levanta radiosa de alegría
Cuándo el Empíreo santo
En torrentes de amor y de armonía
Sus cantos de alabanza repetía.

—

Que el Justo, el Santo, el Fuerte,
El Divino Cordero sin segundo,
Glorioso con su muerte,
Torna al Padre, triunfante en lo profundo,
Dejando salvo y redimido al mundo.

LA TARDE DEL AMOR.

I.

Sentada está en la ancha playa
La infortunada Celmira,
Llenos de llanto los ojos,
De palidez las mejillas....
Desdichada! no le arredra
Ser la noche oscura y fría,
Que insensible queda el cuerpo
Si en el alma se ha fatiga.
¿Qué aguarda allí la infelice?
Aguarda que vuelva el día
Á iluminar sus pesares,
Á prolongar sus desdichas.

II.

Pobre joven! Desolada
Corrió en pos de las caricias
Del seductor engañoso
Que de hiel llenó sus días.
Oyó con placer su labio
De serpiente, de mentira,
Llamarla ángel, esposa,
Virgen del Señor ungida,
Jurarle su amor eterno
Á sus plantas de rodillas;
Y dar por testigo al cielo
De sus promesas fingidas.
Entonces sintió en su pecho
La infortunada Celmira
Un volcán que la abrasaba,
Un torrente de delicias.
Por la noche soñó amores,

Amores pensó en el día;
Amor respiró su seno,
Ardió amor en sus pupilas.
El perfume de las flores,
El aura, las blandas brisas,
El arrullo de las fuentes,
Y las pardas golondrinas,
Todo es nuevo á sus sentidos,
Todo fantástico!—Admira
Una nube pasajera.
El gorgear del avecilla;
La creación se presenta
Bajo de formas divinas;
El Edén es ya la tierra,
Es la gloria donde habita.
En tropel las sensaciones
Por su frente se deslizan;
Y embriagada de deleite
En sus brazos, ay! dormita....

III.

Pasó el tiempo: se despierta.
¿Dónde tus glorias, Celmira?....
Sentada está en la ancha playa,
Y aguarda que vuelva el día
Á iluminar sus pesares,
Á prolongar sus desdichas.

Á ORILLAS DEL YUMURÍ.

Ay! cuántas veces en tu agreste orilla,
Tranquilo Yumurí, corrió abundoso
El llanto de dolor por mi mejilla!
Tu aspecto silencioso,

¡Cuántos recuerdos despertó en la mente!
Recuerdos que conservan tristemente
Tus ásperos breñales,
Que en misterio los velan tus cristales,
Que murmura la voz de tu corriente.

—

Los genios invisibles que en la noche
Baten sus alas en tu margen bella,
La flor que rompe el perfumado broche,
La esplendorosa estrella
Que su trémula luz quiebra en tus aguas,
La voz de tus manglares y majaguas
Me acuerdan los *areitos* seductores
Que entonaban los indios pescadores
Al compás del remar de sus piraguas.

—

En estos sitios que mejores días
Vieron la virgen del Yucayo hermosa
Entre sombras, perfumes y armonías,
Aquí donde amorosa
La tierna madre acarició al infante,
Prenda divina del amor constante
Que embelleció á dos seres,
¿Porqué busco y no encuentro los placeres
Con que ha soñado el corazón amante?....

—

Tiempos felices! La inocencia pura
En estos sitios levantó su templo.
Leyes y culto les dictó natura....
Hoy, mísero, contemplo
En altos muros el caney cambiado.
Sucedieron las sedas y el brocado
Al natural adorno;
Y la pura inocencia huyó de en torno
Del hombre culto y del salón dorado.

Espantadas las aves del estruendo
Del populoso inmenso caserío,
Á regiones extrañas van huyendo.
Melancólico el río,
Hoy lentamente su cristal desliza,
Sin que halaguen su curso una sonrisa,
Ni un canto, ni un suspiro....
Sólo sus mangles solitarios miro;
Sólo se escucha suspirar la brisa.

EN LA MUERTE

DEL DISTINGUIDO POETA CUBANO DON RAMÓN DE PALMA.

No te asombre
Que es flor de una mañana la existencia.
Lo que dura un engaño vive el hombre.
Vive la flor lo que duró su esencia.

RAMÓN DE PALMA.

Será que siempre á mi inacorde lira,
Cansada y polvorosa,
El luto sólo entre aflicción inspira?....
¿Será que misteriosa
La vena del dolor, adversa suerte,
Es la que nunca el corazón agota?....
¿Cuál es la culpa, cuáles los caminos
Del hombre triste que nació sensible?
Acaso le ordenaron los destinos
Apurar la amargura gota á gota?....
¿Acaso su potencia irresistible
Como materia inerte,
Ofusca la razón, y confundida
La llega á convencer, ay! que en la vida
Única realidad sólo es la muerte?....
Mísero amigo! Tu postrer instante,
Esa horrible verdad triste y sombría,

Cual ella misma descarnada y fría,
Á mi espantada faz pone delante!....
«*Que es flor de una mañana la existencia*»
Me aseguran tu rostro macilento,
Y esa frente sin luz ni inteligencia,
Trono en que ayer resplandeció el talento.

—

Hoy llora Cuba su perdido vate,
Y de negro crespón fúnebre viste....
Lágrimas, luto le mandó su estrella,
Por el cantor de la esperanza bella,*
Por el cantor del desengaño triste.**
Y tú la ves desde el excelso asiento
Donde tu genio y tu virtud blasona,
Ostentando la fúlgida corona
Que el mundo siempre le negó al talento.
Allí sin mancha, límpido tu nombre,
Miras la vida terrenal, sombría;
Y el arpa de oro que pulsaste un día
En el mezquino sublunar planeta.
El arpa del poeta
Porque el mortal se asombre,
Nos repite con mística armonía:
«*Lo que dura un engaño vive el hombre*».
Esa voz misteriosa hasta mi oído
Como bálsamo baja de consuelo,
Y mi llanto enjugando dolorido,
Alzo los ojos y contemplo al cielo.
Patria del justo, centro del poeta,
Con divina intuición dulce y secreta
Tu excelsa beatitud la mente mide....
Allí inmortal tu espíritu reside,
Amigo idolatrado. Allí el anhelo

* J. J. Milanés.
** R. Palma.

Cesó por fin que lastimaba el pecho;
Que hallando el mundo á su ilusión estrecho
Soñaba ansioso la ilusión del cielo.
Allí moras feliz....
Oh, dulce amigo!
¿Porqué de nuevo el comprimido llanto
La pálida mejilla conturbada
Inunda á mi pesar?—Ay, te he perdido!....
El fúnebre sonido
Que el cóncavo metal lanza asordado,
Á tu sepulcro helado
Hace que torne las miradas hora....
Allí está Cuba—desolada llora—
Lloran las musas y los patrios ríos....
Lloran los ojos míos!
Ay! es la ofrenda pura
Que consagra la patria á tu existencia;
Flor cuyo aroma fue la inteligencia,
Y la santa virtud que siempre dura:
Flor que aun tronchada en la mansión oscura
—«*Vive la flor lo que duró su esencia*».
No turben, pues, amigo idolatrado,
Mis lágrimas amargas tu reposo.
El hombre entre miserias contrastado
Lo que ensalza en espíritu extasiado
Lo llora el corazón triste y quejoso.

ANSIEDAD.

Vuelve á mi pecho, bendecida calma,
Vuelve, que ansioso imploro tu favor:
Ay! no abandones en su angustia el alma
Que en lucha horrible la venció el dolor.

Aquí en el pecho siento
Un no sé qué insufrible,
Un mal inconcebible
Que ofusca la razón.
Un tormentoso anhelo,
Un divagar sombrío,
Que en lúgubre extravío
Enferma al corazón.

Vuelve á mi pecho, bendecida calma,
Vuelve, que ansioso imploro tu favor:
Ay! no abandones en su angustia el alma
Que en lucha horrible la venció el dolor.

—

Mi anhelo es sin objeto,
No sé lo que pretendo,
Yo mismo no comprendo
Qué causa mi ansiedad.
Velado está á la vista
Mi porvenir de nieblas,
Encuentro las tinieblas
Si busco claridad.

Vuelve á mi pecho, bendecida calma,
Vuelve, que ansioso imploro tu favor:
Ay! no abandones en su angustia el alma
Que en lucha horrible la venció el dolor.

—

El misterioso encanto
De una ilusión divina,
Me acosa, me fascina,
Y es causa de mi mal.
Y acá entre los ensueños
De un delirar profundo,
Me lanzo de este mundo
Á un mundo inmaterial.

Vuelve á mi pecho, bendecida calma,
Vuelve, que ansioso imploro tu favor:
Ay! no abandones en su angustia el alma
Que en lucha horrible la venció el dolor.

—

Pretendo en las quimeras
De mi entusiasta anhelo,
La perfección del cielo
Aquí en el mundo hallar.
Y sólo encuentra el pecho
En su ilusión perdido,
Al mundo corrompido,
Miseria en el mortal....

Vuelve á mi pecho, bendecida calma,
Vuelve, que ansioso imploro tu favor:
Ay! no abandones en su angustia el alma
Que en lucha horrible la venció el dolor.

Á LA FELICIDAD.

Oh ciego! tente
En tu afán importuno,
Que entrar en su sagrario no consiente
El Excelso á ninguno.
MELÉNDEZ VALDÉS.

Dulce felicidad! Sombra engañosa,
Al miserable que con loco anhelo
Tu incierta planta en sus delirios sigue,
No turbes mi razón.
Si aquí en el suelo
No existe tu beldad; si no consigue
Pisar el hombre el templo sacrosanto
Donde tu faz escondes;

Si se oculta á la vista tu tesoro,
Y á su tétrica voz jamás respondes;
Déjame, o diosa! á quién constante adoro
Con santo culto entre mortal quebranto,
Que en vez de dulce canto
Ensaye triste lloro.
Sombra de mi ilusión! ¡oh, cuántas veces
Soñé apurar en tu dorada copa
El divino licor hasta las heces!....
En los floridos años
De tierna juventud, cuando sonríe
Natura toda al cándido mancebo
Que ignora los engaños;
Cuando al pecho le manda que confíe
La inexperiencia hermosa,
Que de flores adorna su camino;
Entonces, alma diosa,
Se sueña tu existencia,
Se sueña con tu angélica presencia
Y con tu encanto y tu favor divino....

Perdida la ilusión, hallé en mi estancia,
Testigo triste de mis tristes males,
La fuente del placer, sin sus raudales,
La rosa del amor sin su fragancia.

Ay! sin embargo, la esperanza bella,
Dulce felicidad, mostró á lo lejos
Tu mágico esplendor.
Á sus reflejos
La débil planta continuó en la vía
Que en sus delirios se trazó la mente:
Tu templo refulgente
Un poco más allá siempre veía;
Y anhelando llegar á su recinto,
Enredado en confuso laberinto,
El rumbo incierto la razón perdía.

Pasó la juventud, con sus quimeras
Pasaron sus delirios seductores,
Pasaron sus fantasmas hechiceras,
Y el ensueño pasó de los amores.

La ciencia solamente
Con sus triunfos y aureola refulgente,
Llenó la fantasía:
Mostró el saber á la agitada mente,
Su estima y su valía:
Y entregado al estudio pretendía
Ceñir de lauros la inspirada frente:
¡Feliz al sabio en su misión creía!....

Ay! ¡cuán estéril se mostró el camino
Á mi loca ambición!.... ¡Cuántos estorbos
Halló mi nulidad!... Oh! ¡cuán mezquino,
Inútil me juzgaba!....
En vano me entregaba
Á sondear de las ciencias los arcanos,
Buscando tu beldad. Sólo encontraba
Sombras y dudas, desencanto y duelo;
El amargo, el terrible desconsuelo
De ese vano saber de los humanos!....

¿Y dónde, oh, numen! hallaré tu templo?
Dónde resides tú? Dó está tu asilo?
¿Porqué siempre á lo lejos te contemplo,
Sin encontrar el hilo
Que á tu estancia me lleve peregrina?
¿Porqué en mi oído atónito retumba
Tu nombre que me encanta y alucina?
Sacrosanta deidad! ¿Será la tumba
Donde se encuentra tu mansión divina?

DESPEDIDA.

Á Antes que vuelva el alba
Á derramar sus perlas
En los fecundos campos
De nuestra Cuba bella,
  Al soplo de las brisas
Que bañan sus praderas,
Yo partiré en la nave
Que de mi hogar me aleja.
  Y lejos de las playas
Donde feliz naciera,
Donde pasé mi infancia,
Donde mi amor se queda;
  En un extraño clima,
En una extraña tierra,
Iré á llorar mis cuitas,
Iré á ocultar mis penas.
  Ya no veré las palmas,
La eterna primavera
Que en Cuba bendecida
Inspiración me dieran.
  Ya no veré su cielo
De hermosa transparencia,
Sus noches apacibles,
Su aurora siempre bella.
  Á cambiar sus encantos
El hado me condena,
Por las eternas noches
Y las continuas nieblas.
  Pero mi pecho amante,
Oh Cuba, hermosa tierra,
No dejará en olvido
Tu sol y tus bellezas.

LA CREACIÓN.

Creó Dios, para gloria de su ciencia,
Tierra, cielos y luz el *primer* día:
Y separó de la tiniebla umbría
Su brillante fulgor y transparencia.
El *segundo* recibe la existencia
El Firmamento, y al *tercero* cría
Las plantas que la tierra producía
Á la voz de la Suma Omnipotencia.
Los planetas, la luna y las estrellas,
Los forma el *cuarto* con el sol dorado,
Para que al mundo su poder asombre.
En el *quinto* creó las aves bellas;
Y haciéndole señor de lo creado,
Le dio en el *sexto* la existencia al hombre.

UN SUEÑO.

Soñaba yo que por la senda hermosa
De la virtud la humanidad corría,
Y el sol de la verdad resplandecía
Llenando el orbe de su luz radiosa:
La torpe envidia, la calumnia odiosa
Abaten su poder y bastardía;
Y á la voz del progreso se veía
La sociedad aparecer dichosa.
Un pueblo sólo es el linaje humano,
Triunfa la ilustración, y por su empeño
Su templo cierra para siempre Jano....
A tan mágico cuadro y halagüeño,
Al arpa de oro le tendí la mano
Por cantar tanto bien... Mas era un sueño!...

AMOR Á LA VIDA.

Dón apreciable llámase á la vida
Que sufre el hombre resignado y fuerte:
Cual la nave del Boreas combatida,
Siempre en batalla con la adversa suerte:
La serie de sufrir no interrumpida,
Eso es vivir; su término, la muerte....
Y el hombre siempre en la continua lucha,
Temblando, el paso de la muerte escucha.

Sin pan y sin hogar y sin abrigo,
Mira nacer en trabajoso día,
Entre harapos y llantos, el mendigo,
Nuevo plazo al dolor de su agonía;
Y el sol que luce para ser testigo
De los tormentos de su suerte impía,
Como el sol de esperanza considera
Que alarga el tiempo á su infeliz carrera.

Las penas, los pesares, los tormentos,
Nos punzan, nos agobian y anonadan....
Náufragos somos.... brindan sus momentos
Tablas amigas que en el golfo nadan....
Vivir es apurar los sufrimientos;
Tememos que las Parcas nos invadan,
Y al dolor y á las penas nos asimos,
Pues con sufrir y con penar vivimos.

El hombre sin la vida, en polvo inerte
Transformado entre horror se considera;
Y si el reposo se lo da la muerte,
Quiere penar para vivir siquiera.
Por eso el hombre resignado y fuerte
Sigue su rumbo en la tormenta fiera;
Que si vida es la lucha tan seguida,
Quiere luchar para tener la vida.

DESPUÉS del HURACÁN de 1846.

PLEGARIA.

Velado el sol de Octubre de nubes denegridas,
Á Cuba amedrentada la niega su esplendor;
Las aves temerosas ocupan sus guaridas;
Los hombres se anonadan de pánico terror.

El sobresalto llena los ámbitos del suelo
Que bañan procelosos los mares de Colón;
Y la tormenta horrible, mugiente sobre el cielo,
Anuncia á los cubanos la muerte y destrucción.

Recuerdos pavorosos aumentan los temores,
Los tétricos indicios fomentan el afán;
Levantan á los cielos los tristes labradores
Suspiros y plegarias temiendo el huracán.

Las ruinas espantosas que aun yacen apiñadas,
Del cataclismo horrendo terrífico padrón,
Detienen con su aspecto las ávidas miradas;
Aumentan el espanto que angustia el corazón....

Piedad, Señor! tu mano refrene los horrores
Del monstruo que sus alas pretende sacudir....
Detenga á tu mandato sus bárbaros furores....
¡No quieras nuestros campos de nuevo destrüir!

Los ayes dolorosos de tantos desgraciados
Que aun buscan entre ruinas los restos de su ho-
Los árboles gigantes que miras destrozados, [gar,
Los restos de las naves que aun flotan en el mar,

Detengan, Señor Santo, tu cólera irritada,
Acalmen de tu enojo la justa indignación:
Contempla ante tus plantas á Cuba prosternada
Pidiendo á tu clemencia piedad en su aflicción.

En tí, Señor augusto, se funda su esperanza;
Á tí, que la atribulas, suplica con afán
Que tiendas en tu cielo el iris de bonanza,
Y alejes de sus playas, Señor, el huracán.

LA VUELTA AL CAMPO.

Tranquilos valles, solitarios bosques,
Campos que un tiempo mis delicias fueron,
Ora que torno á vuestra grata estancia
Cuanto he perdido con dejaros siento.

Érame triste meditar á solas
De la ciudad entre el confuso estruendo
Las dulces horas de envidiable calma
Que en estos sitios de placer corrieron.

Érame triste recordar mi choza,
Mis bellas palmas y mis mangos bellos,
El manso arroyo que en la siesta estiva
Me daba amigo sus cristales tersos.

Érame triste contemplarme aislado,
Entre paredes solitarias preso,
Apenas viendo por los altos muros
El claro sol y el azulado cielo.

Érame triste sujetar la vida
Á tal estado al corazón violento,
Á mí que sólo la expansión me anima,
Y el campo hermoso coronó mi anhelo.

Mas ya por dicha, bendecidos sitios,
Tornan mis ojos con placer á veros,
Torno á inspirar las perfumadas brisas
Que tantas veces la salud me dieron.

Ya no me abruma el oropel mentido
Con que se adorna el ciudadano artero,
Ni esa fingida ilustración dañosa
Que vicia el alma y nos enerva el cuerpo.

Aquí no escucho las malignas frases
Que allá se envuelven en discursos bellos,
Letal ponzoña que en dorada copa
Sin sospechar entre placer bebemos.

Aquí tan sólo las parleras aves
Que dan al alba sus cantares tiernos,
Embebecen, arroban los sentidos,
Siempre á gozar de su emoción dispuestos.

Aquí las cumbres de las altas sierras,
Los anchos bosques de verdor cubiertos,
Enaltecen el alma y la subliman
Elevando hasta Dios el pensamiento.

Aquí la augusta soledad que inspira,
Llena de dulce sensación el pecho,
Sin el estorbo de encontrar al paso
Tantos delirios de los hombres puestos.

¡Salve, tranquilos, solitarios bosques,
Sitios que un tiempo mi ventura hicieron!
Ora que torno á vuestra grata estancia,
Cuanto he perdido con dejaros siento!

Mas ya mi vida á vuestra bella sombra
Quiero pasar, y terminarla quiero
Sin más cuidados que mis mansas aves,
Sin más amigos que mi amigo plectro.

Á DALMIRO.

Ven á gozar, Dalmiro,
El delicioso aspecto
Que nos ofrece el campo
En estos sitios que habitó el veguero.

—

Sacude los cuidados,
El enfadoso tedio,
Las cortesanas formas,
Y esos delirios que te impone el *pueblo;*

—

Y en el traje sencillo
Que estilan los labriegos,
Ven á buscar al campo
Nuevos hechizos y primores nuevos.

—

Aquí bajo la sombra
De hospitalario techo,
Donde la paz reside,
Y la santa virtud halló su asiento;

—

Pasaremos tranquilos,
Entre amor y silencio,
Los postreros instantes
Que de existencia nos permita el cielo.

—

Los afanes campestres,
Los cuidados domésticos,
Los libros escogidos
Y la lectura de extasiantes versos,

—

Robarán nuestras horas
Con plácido embeleso,

Sin temer las intrigas,
La envidia torpe y pérfidos manejos.

—

Daremos al olvido
Nuestros males acerbos,
Los pasados disgustos,
Y las angustias que sufrido habemos.

—

Y cuando llegue el día
En que morir debemos,
Bajo una enhiesta seiba
Á la sombra feliz descansaremos.

EN LA MUERTE DE UNA NIÑA.

Llorar!... Siempre llorar! Destino impío!
En la noche, en la tarde, en la mañana,
Siempre, siempre llorar!... El plectro mío
Juguete es triste de la muerte insana!...

—

Restos sagrados! Misterioso asilo!...
Permitid que con llanto sempiterno
En mi cansado, querelloso estilo
Venga á turbar vuestro reposo eterno.

—

Y ¿quién puede tan lúgubre derecho
Disputarle á mi voz? En esta tierra
Cuanto era caro á mi afligido pecho
Por mi desgracia y mi dolor se encierra.

—

Esas losas que miran vuestros ojos,
Esas tumbas que cubre el polvo vano,
De mi padre contienen los despojos,
De un hijo tierno y un querido hermano.

Hora miro otra tumba preparada
Aguardar esa víctima inocente,
Y la llaga sangrienta, mal cerrada,
De nuevo el pecho desgarrarse siente.

—

Y ¿quién no llora de dolor conmigo
Al mirar esa virgen candorosa,
Por el hado sangriento y enemigo
Caer marchita en la profunda fosa?

—

El que adore una hija tiernamente,
Podrá ver este cuadro sin espanto?
¿Podrá mirarlo con tranquila frente
Sin dar rienda al dolor y rienda al llanto?

—

Es verdad que inmaculada
Tiende esta virgen su vuelo
Á la celeste morada;
Pero deja en desconsuelo
Su familia atribulada.

—

Como un ángel del Señor
No es mucho que así le cuadre;
Mas, ay! mirad á esa madre
Que morirá de dolor
Llorándola con su padre.

—

Ella, en dulce lontananza,
Vio con ternura prolija
En tanto bien su bonanza;
Pero, muerta ya la hija,
¿Qué le queda á su esperanza?

En tan triste desconsuelo
Fue su ventura ilusoria....
¿Qué mucho que aquí en el suelo
Dé causa al eterno duelo
Un ángel que va á la gloria?...

—

Virgen del Yumurí, mi acerbo lloro
No turbe tu reposo, si es profano;
Si Dios te llama á su celeste coro,
Yo su decreto omnipotente adoro,
Yo respeto su juicio soberano.

SONETO.

No luce el sol en el oriente un día
Sin que nazca en mi pecho una esperanza;
Mas ese bien de la ilusión no alcanza
Á dar consuelo á mi desgracia impía.

El prisma hermoso de la infancia mía
Hízome ver la dicha en lontananza,
Y soñar ese bien que no se alcanza
Y con delirio el corazón ansía.

Pasaron mis risueñas mocedades:
El cabello se encuentra encanecido,
Sin fuerza ni vigor mis facultades.

Despierto del letargo en que he dormido;
Quiero gozar al fin las realidades,
Y encuentro sólo que ilusión han sido.

Á UN PAJARILLO.

No presumas, avecilla,
Que con bárbaro designio
Robarte intenta mi mano
Los polluelos de tu nido.

Mi pecho amante pretende
Gustar de tu amor sencillo,
Y aprender dulces amores
En esos tus blandos píos.

Si en la tarde, silencioso,
Adviertes que con ahinco
Miro la rama dichosa
Donde duermes, pajarillo,

No son dañados intentos
Los que allí mis ojos fijos
Tienen absortos, mirando
Esa ventura que envidio.

No el sanguinario deseo
Del cazador maldecido
Lleva mis pasos al bosque
Que llena de amor tu pico.

La desgracia, que insensato,
Yo mismo con mis delirios
He fijado en la existencia
Que llevo entre mil suspiros;

Es la que así, caviloso,
Me arrastra á estos bellos sitios
Á contemplar en las aves
Lo que en los hombres no he visto.

Mas parece que la suerte,
Siempre esquiva á mis designios,
Pone el espanto y el duelo
Donde quiera que yo piso.

En estos bosques frondosos
Do tiene el amor su asilo,
También me hieren el pecho
Los dardos de mi destino.

Á mi presencia enmudecen
Sus moradores sencillos,
Y entre la oculta maleza
Buscan temblando un abrigo.

Cesa el concierto amoroso,
Quedan desiertos los nidos,
Y hasta sus alas parece
Que plegan los cefirillos....

¿Porqué tanta desventura
Ha de preceder mi sino,
Cuando en mi pecho se alberga
El alma pura de un niño?

¡Hasta las aves esquivan
Mi amor, mi queja y suspiros;
Y toman como un agravio
Las muestras de mi cariño!...

¿Y qué resta á la existencia
Que lleva tan triste giro,
Sin ilusión, sin amores,
Por un valle maldecido?

El desconsuelo y la queja,
El llanto no interrumpido,
Entre los brazos helados
Del desencanto y fastidio.

Á LA SEÑORA DOÑA

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.

Tú, á quien de Cuba los alisios vientos
Gratos mecieron la encantada cuna
Entre flores, perfumes y talentos
Con próspera fortuna:
Tú, que del Genio el resplandor divino
Llevas impreso en la inspirada frente,
Como la antorcha que te dio el destino
Para alumbrar el inmortal camino
De tu entusiasmo de mujer vehemente,

Tornas al suelo de la patria hermosa
Que halagara tus juegos inocentes,
Á ofrecerle, cual hija cariñosa,
Tus lauros refulgentes,
Tal como suele poderosa nave
Tender las velas á opulento clima,
Para volver con la corriente suave
Hacia la tierra que apreciarla sabe
Con las riquezas que su amor sublima.

Tornas á Cuba, tierra de las palmas,
Emblemas de los genios y la Gloria,
Á embellecerla con las nobles almas
Que ilustran ya su historia.
Ven, que la patria que engrandeces tanto,
Tierra es de luz, de flores y armonía;
Ella te brinda con su dulce encanto,
Y Cuba es digna de inspirar tu canto
Con torrentes de amor y poesía.

Aquí hallarás el pensamiento humano
Que el alto triunfo del saber conquista,

Y hará latir tu corazón de artista,
Tu corazón cubano.
Aquí hallarás á la gentil pradera,
El alto monte y la caverna umbría,
Dando á tu numen si emoción quisiera,
Con el horror de la tormenta fiera,
Su doble encanto y su expresión sombría.

Aquí del cielo el zafirino manto,
Aquí del aura el perfumado aliento,
Ofreciéndole ardor á tu talento,
Á tu robusto canto.
Y verás en las tardes sonrosadas
El carmín que no alcanzan los pinceles,
Y las aves callando avergonzadas
Á las mágicas notas inspiradas
De tu arpa siempre á tu entusiasmo fieles.

Aquí hallarás los tiernos, misteriosos,
Gratos recuerdos de la edad sencilla,
Que murmuran del Tínima en la orilla
Los cristales ruidosos.
Oirás tus dulces cantos repetidos
Por la voz inocente del veguero,
Y verás nuestros campos florecidos,
Con los ensueños de tu amor queridos,
Con los encantos de tu amor primero.

Y verás con tus ojos inspirados
Todo el tesoro que tu patria encierra,
Y los amores que guardó tu tierra
Ante tu amor postrados.
Y verás los laureles merecidos
Que á tu frente le dan musas hispanas
Aumentarse por Cuba, entretejidos
Con las palmas que ostentan sus ejidos,
Con las flores que bordan sus sabanas.

LA TARDE DE LA VIDA.

CANTO DEL ANCIANO.

La risueña ilusión llena de engaños
Nos fascina en la dulce juventud:
La vejez con sus tristes desengaños
Nos muestra en lontananza el ataúd.

—

¿Adónde, oh Dios! me lleva
La cruel melancolía
Que oprime el alma mía,
Y ofusca la razón?....
¿Acaso está en mi mano
Hallar fácil remedio
Al amargoso tedio
Que siente el corazón?....
La risueña ilusión llena de engaños
Nos fascina en la dulce juventud:
La vejez con sus tristes desengaños
Nos muestra en lontananza el ataúd.

—

En los pasados días
Cuando tranquila el alma
Gozó la dulce calma
De la primera edad;
Con bellas esperanzas
Un porvenir divino
Al fin de su camino
Miró mi mocedad.
La risueña ilusión llena de engaños
Nos fascina en la dulce juventud:
La vejez con sus tristes desengaños
Nos muestra en lontananza el ataúd.

En medio de esos sueños
Llegó la adolescencia,
Con ella la experiencia,
Y el desencanto en pos.
Detúveme abismado
Vencida la distancia,
Y á la dichosa infancia
Le di mi último adiós.

La risueña ilusión llena de engaños
Nos fascina en la dulce juventud:
La vejez con sus tristes desengaños
Nos muestra en lontananza el ataúd.

—

Del bullicioso mundo
Falaz, llegué á las puertas,
Y hallándolas abiertas,
Sin precaución entré
En medio de su estruendo
Yo nada comprendía....
¡Al fin de la ancha vía
La tumba divisé!....

La risueña ilusión llena de engaños
Nos fascina en la dulce juventud:
La vejez con sus tristes desengaños
Nos muestra en lontananza el ataúd.

—

Las horas deliciosas
Del joven van ligeras
En pos de las quimeras
Que forja su razón.
Pero adelanta, y toca
El fin de la partida;
Y encuentra que es la vida
Un sueño, una ilusión!

LA BONANZA.

DESPUÉS DEL HURACÁN DE 1846.

Dios, desechástenos y nos destruiste:
Te enojaste, y tuviste compasión de nosotros.
Conmoviste la tierra y la turbaste:
Sana sus quiebras porque está conmovida.
Diste á los que te temen una señal,
Para que huyan de la faz del arco,
Y se libren tus amados.
DAVID, PSALMO LIX, V. 3, 4 y 6.

Salve, Señor! tu mano omnipotente
Detuvo al fin el huracán bravío,
Que sañoso en su furia amenazaba
Al orbe consternado
Arrancar de su asiento en su pujanza;
Cuando rasgando el nebuloso velo,
Del hombre y sus angustias apiadado,
Pusistes en el cielo
El iris de la paz y la bonanza.

Salve, Señor! los pueblos te bendicen
Porque hiciste cesar los remolinos
Que indómitos bramaron
Á la voz de tu cólera irritada:
Y en la «Perla del Mar» amedrentada
La muerte y los estragos derramaron....
Cuba, Señor, bendice tu clemencia
Acatando sumisa tus enojos;
Y en tus aras postrándose de hinojos
En cánticos de amor y de alabanza,
La voz eleva hasta tu excelso asiento,
Á tí, Señor, que con piadosos ojos
Miraste su malicia y su escarmiento,
Suspendiendo el rigor de tu venganza.

Fulminaste conflicto y pesadumbre
En tus lluvias y vientos desatados
Á los hombres que huyeron tus caminos;
Pero viste también con mansedumbre
Los ayes tribulados,
Los lamentos continuos
De la cándida virgen, del anciano,
Del tierno niño y de la casta esposa;
Y enfrenaste al punto con tu mano
La tormenta rabiosa.
Á tu voz inmortal cesó el estrago:
Tendió la brisa sus ligeras alas,
Y las aves dejaron sus guaridas;
Calmó la mar sus ímpetus violentos
Y el fragor de sus ondas agitadas:
Mostráronse las nubes revoladas
Del sol poniente con los rayos de oro;
Y en los campos que baña su tesoro,
Repuestos del espanto,
Se escucha al fin el armonioso canto
Del pastor que recoge sus manadas.
Torna natura á su esplendor, y bella
En la calma deseada
Aparece la luna sobre el cielo,
Á mirar de la bóveda estrellada
La confusión que al suelo
Dejó en su furia la tormenta airada.
Su tibio rayo macilento, inunda
Las chozas y palacios destruidos,
Las naves y los templos y artesones;
Y lucen las estrellas
Sobre cuadro tan mísero y sombrío;
Como lucen los fúnebres blandones
Que derraman su luz entre querellas
Cabe la tumba de un cadáver frío.

Mas, nó, Señor; mi labio no murmura
De tu justicia el formidable fallo
Que el hombre mereció.... Yo te bendigo,
Y proclamo tu nombre y tu clemencia;
Que si diste severo ese castigo
Como amago tan sólo á los mortales,
También dará tu suma omnipotencia
Al mísero un abrigo,
Sustento al desamparo y la indigencia,
Remedio al fin para calmar sus males.

¡Oye, Señor, las férvidas plegarias
Que Cuba penitente, atribulada,
Levanta en su aflicción hasta tu trono!....
¡No olvides las virtudes que algún día
Te fueron gratas y premió tu mano!....
No mires su abandono
Ni la conducta que observara impía
Olvidando á su Dios en la opulencia
Que Él mismo derramara en sus hogares.

Mira sus hijos tristes que á millares
Con el llanto fatal de la indigencia
En los lánguidos ojos arrasados,
Se postran en tus aras consternados
Por sustento y hogar. Mira sus campos,
Sus mares y poblados,
De escombros apiñados
En confuso desorden y espantoso,
Levantar hasta tí, Señor piadoso,
El ay! de expiación.... Acalma un tanto
Tu tremendo furor.... Vuélvele á Cuba,
Dios de Jacob, tu gracia y tu clemencia,
Bendice de sus campos las simientes,
Y devuelve á sus pueblos florecientes
La perdida virtud y la opulencia.

LAS CAMPANAS DEL PALACIO.

¡Cuán tristes son los sonidos
De esas lúgubres campanas!....
Centinelas que pregonan
El tiempo que raudo pasa.
¡Cuán misteriosos los ayes
Que por la atmósfera vagan
Cuando su cóncavo seno
El *tan* de su queja exhala!....
En las horas de la noche,
Cuando el insomnio maltrata
Al mísero que en el día
Acosa la suerte aciaga;
En esas horas terribles
En que se bulle en la cama
Como en un lecho de fuego
Que alma y cuerpo nos abrasa;
Cuando fijas en la mente
Están las negras fantasmas
Del presente que nos punza,
Del porvenir que amenaza;
Entonces, entonces, cielos!
Sin saber lo que nos pasa,
Una por una se cuentan
Las lúgubres campanadas.
Al expirar los sonidos
Que un instante nos embargan,
Suspensa el alma, afligida,
Que suene otro golpe aguarda.
Y otra vez, y otras, y otras,
Las vibraciones metálicas
Llegan, hieren los oídos,
Y el corazón nos desgarran.

En una noche de insomnio
Yo no sé qué cosa extraña
En los fatídicos ecos
Encuentro de las campanas;
Yo no sé qué pesadumbre
Misteriosa, incierta, vaga,
Se apodera de mi pecho
Cuando sus quejas exhalan.
Yo no sé.... Mas, ay! anuncian
Con sus lenguas funerarias,
Que en alas de la desdicha
Mi triste existencia pasa.
Anuncian que vuela el tiempo,
Que la juventud se escapa,
Que la ilusión se disipa,
Que la realidad se palpa;
Anuncian que en el pasado
Queda muerta la esperanza,
Y el porvenir sus tinieblas
Densas, muy densas, dilata.

AL RÍO YUMURÍ.

Manso río, á tus riberas
Coronadas de manglares,
Vengo yo, de mis pesares
Las angustias á calmar.
Aquí á solas mis canciones,
Que suspiros son dolientes,
A la voz de tùs corrientes
Me es dulcísimo entonar.

Manso río, bella estancia
De la paz y la inocencia,
Ay! no turbe mi presencia
Tu silencio secular.
Vengo aquí, porque en mi infancia
De mi padre en compañía,
Cuánta dicha! yo venía
Tu belleza á contemplar.

—

Hora triste y solitario,
Entre angustia y pesadumbre,
Vengo aquí, por la costumbre,
Vengo aquí, para llorar.
En el lecho funerario
Mi padre, que me traía,
Duerme ya, y el alma mía
Viene su sombra á evocar.

—

Me parece ver su frente
En tus aguas retratada;
Por el eco reflejada
Me parece oír su voz.
Manso río, tristemente
Recuerdo aquí su cariño
Y mis placeres de niño,
Que el tiempo robó veloz.

—

Hoy me cercan los cuidados,
Y las penas me entristecen....
Mas, sin embargo, me ofrecen
Siempre tus aguas placer.
En tus riscos elevados
Me place extasiarme á solas;
Y contemplar en tus olas
Lo instable de nuestro sér.

Vengo aquí, porque tus ondas
Me acuerdan tan bellos días,
Que tantas desdichas mías
Cubrieron de lobreguez.
Vengo aquí, por la costumbre,
Á preguntar á tus flores,
Recuerdos de mis amores,
Recuerdos de mi niñez.

EL PASEO Á LA CUMBRE.

Ven conmigo, hermosa, ven,
Á gozar la vista bella
De esa loma que descuella....
Á su falda está un edén;
Con nosotros va también
La pasión más casta y pura;
Nos convida la frescura
De la tarde á tal paseo,
Y coronan mi deseo
Tu candor y tu hermosura.

—

¿No ves esa seiba allí,
Que una humilde choza cubre?....
Desde su pie se descubre
El valle de Yumurí.
Lo ves?.... Partiendo de aquí
El subir es muy sencillo;
Al pie de este caimitillo,
Que á la derecha nos queda,
Hallaremos la vereda
Siguiendo por este trillo.

Subamos, no te acobarde
El trecho que andar debemos;
Pronto en la cumbre estaremos;
Está tan fresca la tarde!....
Mira el mar: parece que arde
Á la luz del sol poniente....
—Qué cuadro tan sorprendente!....
Qué risueñas lontananzas!....
—Mira debajo á Matanzas
Mostrarse confusamente.

—

—Ves esa loma?.... Es el Pan.
—Qué magnífico aparece!
—Al ponerse el sol ofrece
La apariencia de un volcán.
—¿Y aquellas lomas que están
Hacia el oriente apiñadas;
En el cielo dibujadas,
Do parece alguna toca?....
—Esas son de Camarioca
Las montañas celebradas.

—

—Y el Abra?....—Nos queda allí;
Mas, sigamos adelante....
Lo ves?.... Ya tienes delante
El valle de Yumurí....
—Cuán bello se ve de aquí....
Lo miro, y apenas creo
Que es verdad lo que yo veo,
Latiéndome el corazón;
Me parece una ilusión
Fingida por el deseo.

—

—Mira, hermosa, esa llanura
Tapizada de esmeralda....

Contempla cuánta hermosura
Adorna la bella espalda
Del valle de Yumurí.
—Á su aspecto delicioso
Mi corazón se suspende....
—Me parece, ángel hermoso,
Que todas sus galas tiende
Porque las mires de aquí.

—

—Cuántas palmas esparcidas!
Cuánta variedad de flores!
—Figuran entretejidas
Los caprichosos labores
De un alfombrado oriental.
—¿Y esos arroyos tranquilos
Que con sus linfas de plata
Presentan temblantes hilos?....
—El alfombrado remata
Con sus orlas de cristal!

—

¿Ves esa choza pajiza
Bajo ese mango frondoso
Que el aguinaldo tapiza
Y con su manto floroso
Evita el ardor del sol?....
—¡Qué delicioso retiro
Para un tierno enamorado!....
—Con el bien por que suspiro
En él del mundo olvidado
Viviera felice yo....

—

¡Con qué dulce incertidumbre,
Entre la niebla importuna,
El valle desde la cumbre
Cual una inmensa laguna

Lo viera al nacer el sol!....
En sus fantásticas aguas
Tal vez me parecería
Ver indígenas piraguas
En que la pesca traía
El salvaje pescador.

—

Nacieran en mi memoria
Recuerdos tristes y bellos;
Yo descifrara su historia
Desde los tiempos aquéllos
En que el indio la habitó.
Historia desconocida
Del hombre civilizado,
Entre los tiempos perdida....
En su retiro apartado
Tal vez la encontrara yo.

—

Porque un risco, una montaña,
Que alza al cielo su cabeza,
Es una historia, aunque extraña,
Do guarda naturaleza
Recuerdos de lo que fue.
Recuerdos que revelados
De sus mudos monumentos
Quedaran patentizados,
Arcanos que mil talentos
Miraron sin comprender.

—

Aquí se extasia la mente,
Se exalta la fantasía:
¿Tu pecho, hermosa, no siente
La magia, la poesía
De este sitio seductor?....
—Las siento en el pecho mío;

Este lugar me ha encantado
Con su valle y con su río....
Los vates que le han cantado,
Mira, si tienen razón....

—

—Hijos son de tal venero
Sus cánticos y alabanzas.
—Oh! sí, que venga el viajero,
El poeta, aquí á Matanzas,
Si buscan inspiración.
—Mas ya al ocaso se inclina
Del sol el ardiente coche;
Bajemos por la colina,
Y antes que llegue la noche
Digamos al valle adiós!

EL FANATISMO.

De puñales, antorchas y veneno
Sobre escombros y víctimas sentado,
El «Fanatismo» se presenta armado
De humana sangre enrojecido el seno.

Torvo el mirar, de compasión ageno,
Y de celo frenético obcecado,
La muerte y destrucción lanza indignado
Al orbe de pavor y espanto lleno.

El Infierno se goza en su demencia;
Y las hordas que alzaron sus halagos
Hacen un monstruo aborrecible al hombre.

Triunfa el error, y triunfa la impudencia;
Y entre ruinas y lágrimas y estragos,
De un Dios clemente se profana el nombre.

MEDITACIONES.

INTRODUCCIÓN.

Desde los frescos palmares
Donde las brisas ligeras
Baten gozosas las alas,
Y en torno á sus copas juegan;

Donde es bello y apacible
Pasar las estivas siestas,
Y las noches estrelladas
De la hermosa primavera;

Recordando las congojas,
Las cuitas y amargas penas
Que me dieron las ciudades
En horas las más acerbas;

Bendigo yo mi retiro
Y la Suma Omnipotencia
Que embellece estos lugares
Con los dones de su diestra.

Aquí libre y sin cuidado
De las intrigas secretas
Del aleve cortesano
Que en farsas sólo se emplea,

Olvidado de los hombres
Y su cansada etiqueta,
Paso las horas tranquilo
En la choza que me alberga.

Con el más sencillo traje
Y el alma siempre serena,
Por la tarde y la alborada
Gozo el frescor de las selvas.

Admiro y contemplo absorto
La hermosa naturaleza.
Y en su libro sacrosanto
Aprendo sublimes reglas.

Á par que el cuerpo se nutre
Con las rústicas faenas,
En mi estado solitario
Se nutre la inteligencia;

Nó con el brillo aparente
De aquesas fingidas ciencias,
Esqueletos adornados
De riquísimas libreas

Que blasonan los mortales,
Y solamente se emplean
Para ocultar la perfidia
Y corromper la inocencia;

Sino con la ciencia hermosa
De meditación austera,
Que enseña á elevar el alma
Hasta el Sér que la sustenta;

Que enseña á evitar los vicios,
Á conocer las flaquezas,
Á prevenir el castigo
Que por ellos nos espera.

Aquí es donde el alma absorta
Hasta el Empíreo se eleva,
Y ante el trono del Eterno
Adora su Omnipotencia:

No en los mundanos caprichos
Toda la vida se emplea,
Que el retiro misterioso
El recto camino enseña.

Una flor, un leve insecto
Que en el polvo se aposenta,

Al espíritu ilustrado
Hasta dónde no le lleva?....

Mas, oh vanidad del hombre!
Tú eres señor de la tierra,
Y en su cieno y su inmundicia
Tu orgullo y tu trono asientas!....

Desconoces que eres polvo,
Y erguido te enseñoreas,
Sin mirar que está la Parca
Siempre continuo á tu puerta.

Á su voz caerás deshecho
En polvo inerte en la huesa....
Y dónde tus vanidades?
Dónde tu fausto y grandeza?....

Despareció el torbellino
En que rodaste en la tierra,
Y hora, cual mendigo triste,
Ante el juez temblando llegas.

¿Qué alegarás, miserable,
Que hablar en tu obsequio pueda?...
¿Tus títulos, tus honores,
Tus puestos y tus riquezas?...

Cuáles fueron tus virtudes?...
Cuáles tus cristianas prendas?...
¡En las puertas de la tumba
Dejastes tus apariencias!...

Pero basta, que abismado
En tan profundas ideas,
Á un campo de espinas lleno
La mente exaltada vuela....

Yo canto las soledades
Y la paz de las praderas,
La pureza, las virtudes
Que es dable que el hombre tenga;

Si á la sociedad mi pluma
Sus dardos tal vez asesta,
No es porque, odioso misántropo,
Á los hombres aborrezca;

Sino á los crímenes sólo
Que en la sociedad se albergan,
Á sus traidoras intrigas,
Á los vicios que la infestan.

MEDITACIÓN PRIMERA.

Oh! cuánto es apacible,
Sentado aquí en la grama,
Mirar embebecido
La bóveda estrellada!

Mirar la transparencia
Del aire, que embalsaman
Las flores, que en la noche
Dan su perfume al aura!...

Este silencio augusto
De la natura en calma;
La luna que en las copas
Refleja de las palmas;

El murmullo suave
De las flexibles ramas,
Y la impresión divina
Que tal conjunto causa,

Arroban los sentidos;
Y en reflexión sagrada
La mente hasta los cielos
Con su poder levanta.

Oh, soledad dichosa!
Feliz aquél que pasa
En tu tranquilo seno
Las horas ignoradas!...

Feliz quien sin cuidados
Y sin zozobra el alma
Con la conciencia limpia
Puede apreciar tu estancia.

Y lejos del bullicio
Del mundo y sus falacias,
Del oropel que ciega,
Y la ambición que daña,

En la pajiza choza
Mira llegar con calma
El término que al hombre
La Providencia marca.

MEDITACIÓN SEGUNDA.

Devuélveme, noche triste,
La paz que me roba el día,
Y no acrecientes, oh noche!
Con tus sombras mis desdichas.

Descorre el fúnebre velo,
Y á mi súplica, benigna,
Ocultando en tus tinieblas
Mi acerbo dolor, alivia.

Oh! no viertan las estrellas
Esa su luz peregrina
Sobre el zafir de los cielos
Donde aparecen tranquilas!...

El aspecto pavoroso
De la tempestad sombría
Es lo que anhela mi pecho
Que las desgracias contristan.

¿Qué importa mirar el sol
Que en lecho de pedrería
Aparece en el oriente
Como el padre de la vida;

Si dentro el alma se siente
Un pesar que nos lastima
Y tiende un manto de luto
Delante de nuestra vista?

¿Qué importa el canto del ave,
El susurro de la brisa,
Las perfumadas praderas,
Las fuentes mansas y limpias?

Cuando en el pecho reside
La negra melancolía,
La naturaleza entera
Bañada está de su tinta.

Todo aumenta la amargura,
Todo á llorar nos convida,
La flor, la fuente, las aves,
Y el sol que embellece el día.

Por eso mi voz te llama,
Noche hospitalaria, amiga,
Para ocultar en tus sombras
Mi eterna melancolía.

Por eso te pido, oh noche!
La paz que me roba el día,
Porque, imagen de la muerte,
Tu negro crespón me alivia.

MEDITACIÓN TERCERA.

Cuando una tarde es serena
En la estación de las lluvias,
Y el cielo está trasparente
Y el fresco arroyo murmura;

Cuando el poniente se adorna
De azul, de gualda y de púrpura,
Y el mar como un terso lago
Yace sin olas ni espumas;

Si en tu pecho hay sentimiento
De poéticas dulzuras,
Y tienen en tu alma entrada
Los encantos de Natura;

Entonces ven á los campos
De la siempre hermosa Cuba,
Y gozarás de la magia
Que intenta pintar mi pluma.

Unidos los dos iremos
Á posar sobre una altura
Que da vista á un valle hermoso
Que altas montañas circundan.

Sentados en la eminencia
Sobre alfombras de verdura
Levantaremos la mente
Á reflexiones profundas.

No son altivas ciudades
Que adornan soberbias cúpulas
Las que darán á los ojos
Sus maravillas ilusas.

Ni los muros derruidos,
Ni las torres con su altura

Ocuparán los instantes
Que á su atractivo se excusan;

La hermosa naturaleza
Con su pompa agreste y muda
Nos brindará su tesoro
De maravillas ocultas.

Elevará hasta los cielos
La inteligencia entre dudas,
Y ante el trono del Altísimo
Vendrá á postrarse confusa.

Ante el sublime ropaje
De estas hermosas llanuras,
Ante la brisa apacible
Que tantas flores perfuman;

Al acento melodioso
Que el ave tierna modula;
Al armónico sonido
Del pino que se columpia,

¿Quién puede sentir el alma
De sentimientos desnuda,
Sin convicciones el pecho,
Sin desengaños las dudas?

Oh, tú, que enervado y loco
Sigues del error la ruta,
Sin esperanza en el seno,
Porque el porvenir te asusta,

En una tarde tranquila
De la estación de las lluvias,
Ven conmigo á una pradera
De la siempre hermosa Cuba.

MEDITACIÓN CUARTA.

Sí: la hermosa transparencia
De la tarde bonancible,
El ambiente perfumado
Por los céfiros sutiles;

Del sol los lánguidos rayos
Que bañan con sus matices
Las colinas y los bosques
Que á lo lejos se aperciben;

El susurro de las aguas,
Los trinos que se repiten
De las aves bulliciosas
En torno de los jardines;

Todo despierta en mi pecho
Las impresiones sublimes
Que hermosearon mi existencia
En sus horas más felices.

Los mirtos que marchitados
La pálida frente ciñen,
Y cuyas hojas arrancan
Los hados que me persiguen;

Una ilusión halagüeña
Su fresco verdor revive,
Haciendo tornar al pecho
La esperanza que se extingue.

Nuevos dorados ensueños
Que en dulce placer compiten,
Nuevas quimeras hermosas,
Nuevos cálculos sutiles,

Alejan de la memoria
Los tormentos que la afligen,

Y la flor de la esperanza
Llena de aroma revive.

Salud, momentos dichosos!
Dejad que así me alucine!....
¡Dejad que goce en mis sueños
Mis ilusiones felices!....

Ay! las fantásticas glorias
Que en la mente se conciben
Son el consuelo que queda
Á los pesares del triste.

MEDITACIÓN QUINTA.

Pasó ya de mi vida
La edad dulce y risueña,
Y los goces tranquilos
Que brinda la inocencia.

Llegaron los cuidados,
Siguiéronles las penas,
Y el llanto y amargura
Llamaron á mi puerta.

Del cabello negrísimo
Blanquearon las madejas,
Y la frente marchita
Rugosa se presenta.

Pasaron, ay! los años
Como nubes ligeras,
Y la vejez cansada
Á largos pasos llega.

El áspero camino
Que atrás mi vida deja,

Sellado con mi sangre
Y con mi angustia queda.
Yo, triste peregrino
Sobre la ingrata tierra,
Tan sólo hallé traiciones,
Perfidias y bajezas,
Ilusiones de niño
Soñó la inexperiencia,
Y al tratar á los hombres
Cayéronse deshechas.
Pedí al amor sublime
Perfecta una belleza,
Á la amistad amigos,
Al sabio pedí ciencia;
Mas, ay! que todos juntos
Me burlan y se alejan,
Pasando cual fantasmas
Veladas de tinieblas.
¿Qué falta ya á mi vida
Desencantada y yerta?
Le falta el gran recurso....
Dormir sobre la huesa.

MEDITACIÓN SEXTA.

Oh! cuánto me enajena
En la apacible tarde,
De mi choza, tranquilo,
Sentir la brisa meciendo los ramajes!
Oír el dulce acento
Con que cantan las aves,
La calma de la noche
Que envuelta llega en el terral süave.

Ó bien de la llanura
Mirar, con paso grave
Las yuntas, del trabajo
La reja vuelta hacia el corral llegarse.
Gustar la miel sabrosa
Que guardan los panales
En el oculto tronco
Donde la abeja sus guaridas hace.
Mirar los aguinaldos
Amantes enlazarse
En caprichosos grupos
Que el aire llenan de su olor fragante.
Ó bien del tiplecillo
Las cuerdas resonantes
Pulsar al blando acento
De las estrofas que inspiró mi amante.
Ó en grupo con mis hijos
Cantar algún romance
Do la virtud sublime
Quede del vicio y la opresión triunfante.
Que aquí donde el silencio
Habita entre palmares
Hallé un oculto asilo
Donde el trabajo consoló mis males.

MEDITACIÓN SÉPTIMA.

El blando *terral* de Cuba
Tiende amoroso las alas,
Y disipa con su aliento
Del cielo las nubes pardas.
La diáfana trasparencia
De la bóveda azulada

Llena de placer el pecho,
Llena de emoción el alma.

El perfume de las flores
Que en el éter se derrama,
El melancólico ruido
De las hojas agitadas;

La tranquilidad sublime
De una noche fresca y clara,
Con impresión deleitosa
Nuestros sentidos extasia....

Sentado aquí, en la ribera,
Teniendo al lado á mi amada,
La inspiración en el pecho
Y entre las manos el arpa;

En esta noche apacible,
Llena de encantos y magia,
Mi situación no cediera
Por los goces de un monarca.

La augusta naturaleza
Con voz misteriosa me habla,
Y ante mis ojos extiende
Una por una sus galas.

El ambiente que me cerca
Con aromas se embalsama;
En torno de mí, apacible
Siento el frescor de las auras.

Ese mar resplandeciente
Hora contemplo á mis plantas;
Sobre mi cabeza el cielo
Su bóveda azul levanta.

Todo arroba los sentidos,
Todo en conmoción sagrada
Eleva mi pensamiento,
Y adoro la excelsa causa.

En ese espacio infinito
Donde la vista no alcanza,
Y la humana inteligencia
Entre conjeturas vaga;

En ese tul trasparente
Que me abisma y anonada,
La Omnipotencia Suprema
Se ofrece al mortal velada.

Ese conjunto admirable
De mil estrellas de plata
Que en continuo movimiento
Siguen su senda marcada;

La armonía de sus giros,
Lo ajustado de su marcha,
La estupenda maravilla
Del orden que las enlaza;

Todo revela á la mente,
De tal grandeza admirada,
Que detrás de esos prodigios
Está de Dios el alcázar.

Su trono de luz radiante
Cubre esa cortina mágica,
Y sirve de pavimento
Tanta belleza á sus plantas.

Las tempestades sumisas
Plegan á su voz las alas;
Á sus mandatos los truenos,
Los terremotos se calman.

Allí están nuestros destinos;
Allí el Omega y el Alfa;
Allí el misterio insondable;
Allí la esencia increada!....

Ah! ¡cómo el alma se eleva
Á las divinas moradas

Mirando el cielo apacible
En una noche estrellada!....
La frente palidecida
Al soplo de las desgracias;
El corazón pesaroso
Que apura la hiel amarga,
En una noche tranquila,
Fresca, silenciosa y clara,
Sacuden los duros hierros
Con que el destino los carga.
Y libres, con raudo vuelo
Las inmensidades salvan,
Y hasta el trono del Altísimo
En su entusiasmo se lanzan.
Entonces ya no es el hombre
Que mueve sus formas bastas;
No es el reptil de la tierra
Que por el cieno se arrastra:
Es sólo la inteligencia,
Emanación sacrosanta
Del mismo Dios, que se eleva
Sobre las alas del águila.
La inteligencia divina,
Que sus grandezas abarca,
Y penetra sus misterios,
Y sus verdades alcanza.
—Inspiración misteriosa!
Noble atributo del alma;
¿Quién tu excelso poderío
Con la materia amalgama?....
Sér increado y eterno:
Tú que al espíritu mandas,
Tú, que en su esencia pusiste
Parte de tu augusta llama,

Haz que los hombres impíos,
Cuyas creencias erradas
Por triste senda tortuosa
Miran en su fin la nada,

En una noche apacible
Vuelvan como yo la cara
Hacia ese tul trasparente
De la bóveda estrellada.

Y en su grandeza conozcan,
Llena de emoción el alma,
Que está tu presencia augusta
Bajo sus pliegues velada.

MEDITACIÓN OCTAVA.

Aquí, junto al albergue
Donde mi bien querido
En abandono goza
La dulce calma de tan bellos sitios:

Aquí, do mansamente
El murmurante río
Extiende sus cristales
Entre guijuelas y olorosos lirios;

De la ciudad cansado
Quiero fijar mi asilo,
Sin pretensión ni orgullo
Volviendo al pecho su placer sencillo.

Será la choza humilde
Hospitalario abrigo
Que calme los pesares
De que el juguete por mi mal he sido.

En cambio á tantas penas
Y angustias que he sufrido,
Veré correr mis años
Como las horas de inocente niño.

Serán mis compañeros
Los más selectos libros
Y el arpa, donde canto
Con triste voz los desengaños míos.

Y en medio de los bosques,
Entregado á mí mismo,
Seré feliz acaso
Entre el amor, el canto y el olvido.

MEDITACIÓN NOVENA.

Salud, tranquilos valles,
Donde en mejores días
Pasé de la inocencia
Las horas fugitivas!....

¡Salud, campos hermosos,
Asilo de delicias,
Donde la paz se alberga
Y la virtud se anida!....

¿Porqué dejé la estancia
De la cabaña amiga,
Sus goces inocentes,
Su olvido y sus delicias?....

Oh! nunca abandonara
La soledad sombría
Por la apariencia y fausto
De la ciudad vecina!....

Tranquilo en el regazo
De dulce medianía
Cercado de estas gentes
Humildes y sencillas,

Mi corazón de joven
Quizá no sentiría
El desencanto horrible
Que ya le martiriza.

Duraran las creencias
Brillantes y divinas
Que en los primeros años
Hacen amar la vida.

Quizá no conociera
Las pérfidas intrigas
Del cortesano odioso,
De la mujer lasciva.

Mirara al mundo todo
Bajo el brillante prisma
Que en mis ensueños de oro
Creó la fantasía.

Perfectos á mis ojos
Los hombres brillarían,
Y el alma no sintiera
Desencantada y fría.

Pero pasaron, cielos!
Las horas bendecidas
En que era la inocencia
Mi bienhechora amiga,

Y en la aspereza horrible
De la difícil vía,
Las fuerzas ya agotadas,
Siento acabar mi vida.

EL CARRETERO Y EL ECO.

En un pantano atascado
Á orillas del Yumurí,
Hecho estaba un renegado
El carretero Juan Prado,
Bravo como un callarí.

Cual carretero de ley,
Juró como un condenado;
Y al gritar desesperado:
Perlas finas!... Tesia!! Buey!
Oyó que del otro lado
Una voz le dijo:
—Ey!

Mal rayo de Dios bendito!
Quién demonios me llamó?
Qué quiere?... Lo ves, maldito,
Ya el eje se me torció.
—Sio.

Á callar á sus gallinas
Si las tiene ó las robó....
Tesia, bueyes!... Perlas finas!...
Á mí *naiden* me calló.
—Yo.

Pues salga, salga al camino
Si es tan cheche y es tan curro,
Que salga, salga el *endino*
Y verá cómo lo aburro.
—Burro.

Burro! será el atrevido,
Insolente, deslenguado....
Venga acá, que está partido
Un cuchillo que he comprado.
—Prado.

Me conoces?.. No respondes?
Habrase visto un *aquél!*...
Vamos, sal.... Dónde te escondes?
Vive Dios! á que es Manuel?
—El.

Muchacho! con mil regiones....
Ven acá por un momento,
Que con estos canjilones
Estoy casi que reviento.
—Viento.

Viento dices? Habrase visto!
Qué vientos ni qué Marica....
Manuel, Manuel, anda listo,
Que estoy como pica-pica.
—Pica.

No es Manuel, cuando me deja
En el pantano atascado....
Paisano... al que está apurado
Se ayuda y no se aconseja.
—Ceja.

Gran demonio! Quién te entiende?
Te escondes tras la zaranda?
¿Ó eres acaso algún duende
Que vives en la otra banda?
—Anda.

Ya quisiera, sí por cierto;
Venga, y agarre la vara....
Que estoy aquí, como un muerto
Dentro el *joyo*, no repara?
—Para.

¿Y no ve que estoy parado,
Y el lodo está muy reseco?
Salga usted, señor tapado,
Y verá si lo desfleco.
—Eco.

Es verdad... el eco es todo...
Y yo, pregunta... pregunta...
Dijo Juan... picó su yunta,
Y logró salir del lodo.

Esto yo mismo lo ví,
Y es un hecho verdadero
Que sucedió á un carretero
Á orillas del Yumurí.

ROMANCE.

CUBA.

I.

Está entre las dos Américas
La virgen Cuba situada:
El Atlántico la besa,
Y el mar Caribe la baña.
Tiene al Norte la Florida,
Al Sur le queda Jamaica,
Al Este Santo Domingo,
Y Méjico á la otra banda.
La Reina de las Antillas
Por su extensión se le llama;
Y en riquezas y comercio
Á todas las aventaja.
Eran los Reyes Católicos
Los monarcas en España
Cuando Cristóbal Colón
Halló esta tierra ignorada.
Tierra de luz y de flores,
Tierra tan rica y tan vasta,

Que el gran genovés marino
La juzgó parte del Asia.
  Y como digna de un Príncipe,
Creyéndola hermosa alhaja,
Por obsequiar á don Juan,
Le puso por nombre Juana.
  Á Ocampo le cupo en suerte
La ventura de bojearla,
Y sacar la Europa entera
Del error en que se hallaba;
  Y cupo á Diego Velázquez
La gloria de conquistarla,
Con trescientos españoles
Que trajo de la Sabana.
  Fundó en ella siete villas,
Y le acompañó «Las Casas»,
El Apóstol de la América
Que hoy preconiza la Fama.
  Los naturales, mansísimos,
No resistieron sus armas,
Sin embargo que esta tierra
Era entonces muy poblada.
  Mas en sus plácidos valles
Y en sus tendidas sabanas,
En sus bosques apacibles
Y levantadas montañas,
  Jamás la voz de la guerra
Ni el rumor de las batallas
Con la voz se había mezclado
De sus brisas y sus palmas.

II.

  Cuba es hoy floreciente,
De la América envidiada
Por su cultura y fomento,
Por su posición geográfica.

Tiene magníficos puertos
En sus costas dilatadas,
Y entre ricas producciones
El café, tabaco y caña.
Mas siendo su superficie
Cuatro mil leguas cuadradas,
Puede decirse que Cuba
Hoy se encuentra despoblada.
Pues su población entera
Tan sólo á un millón alcanza, (*)
Cuando en tan vasto terreno
Pudiera ser triplicada.
Sin embargo, la Isla cuenta
Doce ciudades fundadas,
Ciento y ocho poblaciones,
Diez villas y muchas casas.
Siendo notables y bellas
Como capital la Habana,
Trinidad, Bayamo y Cuba,
Puerto-Príncipe y Matanzas.
Entre sus puertos magníficos
Y bahías celebradas,
Las mayores son Guantánamo,
Nipe, Nuevitas y Jagua.
Dos son sus mayores ríos,
Por el caudal de sus aguas;
El Cauto y Cuyaguateje,
Y ambos en el Sur derraman.
Hacia la parte de Oriente
Se ve su mayor montaña,
Llamada Pico Turquino
Por la color azulada.
Está en la Sierra Maestra,
Cual vigilante atalaya

(*) La población de la Isla, según el censo de 1877, es de 1.434.747 habitantes, de los cuales, 471,572 son de color.

Que custodia los tesoros
Ocultos en sus entrañas.
En sus fértiles praderas
Crecen verdes y lozanas
Las estimadas caobas,
Las utilísimas palmas,
En cuyas copas frondosas
Baten las brisas sus alas,
Templando el calor ardiente
De nuestra zona abrasada.

MATANZAS.

III.

Siendo don Carlos Segundo
Monarca de las Españas,
En donde estaba Yucayo
Mandó fundar á Matanzas.
Severino Manzaneda,
Gobernador de la Habana,
Las regias disposiciones
Las puso en persona en planta.
El obispo Compostela
(Diego Evelino llamaban)
Bendijo la primer piedra
Del templo que allí se alzara.
Fue consagrado á San Carlos
En honor del buen Monarca
Que á la población naciente
De ciudad el nombre daba.
Treinta familias vinieron
Para poblar de Canarias,
Y se les dieron terrenos
Y otras franquicias y gracias.

Por largos años estuvo
La nueva ciudad sin marcha,
Estancada en su progreso,
En su cultura atrasada.
Mas de improviso, la triste,
Pobre y pajiza Matanzas,
Sacudiendo su letargo
Hacia el progreso se lanza;
Y con asombro de Cuba
Con una carrera mágica,
La que ayer era una aldea
Hoy es rival de la Habana.
La ciudad de los dos ríos,
Se ostenta hermosa y gallarda
De ilustración un modelo,
De riqueza una sultana.
Con su *Valle* de delicias,
Con su *Cumbre* y con su *Abra*,
Ha dado numen al genio
Para desplegar sus alas.
En su poético suelo
Se oyó de Zequeira el arpa,
Y orillas del Yumurí
Heredia también cantaba.
Allí con mágico acento
Sonó la lira dorada
Del trovador sin ventura
Que en genio á todos ganaba.
Allí, en fin, cantó Iturrondo;
Y la cuna de oro y nácar
De Milanés, fue mecida
Por las musas y las gracias.
Y una juventud ardiente
Allí hermosa se levanta,
Para hacer con sus talentos
Perla de Cuba á Matanzas.

LA ROSA.

Nace fragante, delicada, hermosa,
Rica en colores, tímida y galana,
Entre perlas que riega la mañana,
En verde tallo la encendida rosa.
El aura la acaricia voluptuosa;
En agradarla el colibrí se afana;
Y la rosa gentil de la sabana,
Es el hechizo y la adorada diosa.
Pero si envuelto en polvoroso aliento
Con torpe labio y bárbara inclemencia
Besa la flor el huracán violento,
Entonces mustia, sin color ni esencia
Muere infeliz, cual muere en un momento
Al contacto del vicio la inocencia.

LA ALONDRA.

Hay una Alondra en nuestro hermoso valle
Que tierno atisba un cazador atento:
Ave divina cuyo dulce acento
Al coro volador manda que calle.
Y calla, y se suspende al escuchalle...
Que de la Alondra al divinal concento
Plega sus alas de placer el viento,
Y no hay ave ni flor que no avasalle.
Triunfante, su expresión desde su nido
El valle todo con su voz encanta,
Y está el amor ante sus pies rendido;
Nada turba el trinar de su garganta,
Y si suena en el bosque algún gemido
Es de la voz del cazador que canta.

INDICE.




WIDENER LIBRARY
HX U3ZV D